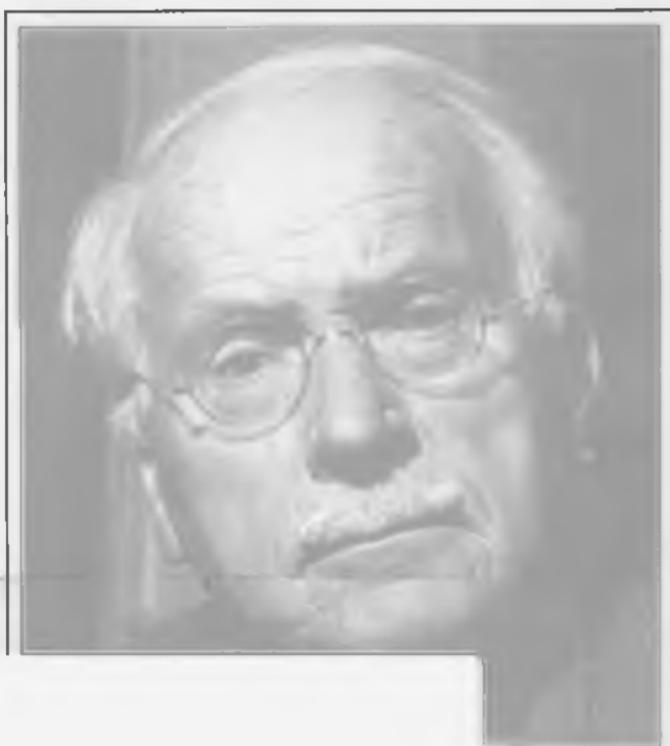


DANIELLE KASWIN-BONNEFOND

CARL GUSTAV JUNG



BIBLIOTECA NUEVA

DANIELLE KASWIN-BONNEFOND

CARL GUSTAV JUNG

Traducción de Manuel Talens

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
PROV. COLME
FACT. 143018
FECHA 6/2009
PRECIO 190.
F2 _____

BIBLIOTECA NUEVA

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL

CLASIF. BF173
I 85
K371R

MATRIZ 1134840
NUM. ADQ. 633028

Título original: *Carl Gustav Jung*

La traducción de este libro ha recibido la ayuda del Ministerio Francés de Cultura-Centro Nacional del Libro.

- © Presses Universitaires de France, 2006
- © Danielle Kaswin-Bonnefond, 2006
- © Traducción de Manuel Talens, 2006
- © Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2006
Almagro, 38
28010 Madrid

ISBN: 84-9742-438-7

Depósito Legal: M-22.288-2006

Impreso en Rógar, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

633028

ÍNDICE

I.	PREÁMBULO	13
II.	CUADRO CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE JUNG	17
II.1.	Primeros años	17
II.2.	Psiquiatra en Burghölzli	17
II.3.	El tiempo del psicoanálisis	18
II.4.	La psicología analítica	19
III.	INTRODUCCIÓN	23
IV.	BIOGRAFÍA. LOS PRIMEROS AÑOS. LA FORMACIÓN	25
IV.1.	La infancia	25
IV.2.	La adolescencia	31
IV.3.	La Universidad	33
IV.4.	La psiquiatría	35
IV.5.	Las influencias	39
IV.5.1.	La religión	39
IV.5.2.	Las referencias culturales	41
IV.5.3.	La ascendencia paterna: Karl Gustav Jung (1794-1864)	44
IV.5.4.	Junto al universo religioso, el mundo de los espíritus	46
V.	LOS AÑOS PSICOANALÍTICOS	49
V.1.	El encuentro	53
V.2.	La Escuela de Zúrich	58
V.3.	El viaje a Estados Unidos, septiembre de 1909	60

V.4.	Primeros desacuerdos	63
V.5.	La libido	65
V.6.	La ruptura	67
VI.	DESPUÉS DE FREUD	73
VI.1.	El hundimiento	73
VI.2.	El traspíe: la colaboración con el nacional-socialismo	77
VI.3.	La evolución ulterior	78
VII.	JUNG Y LA PSICOSIS: EL ALIENISTA Y EL TEÓRICO ..	81
VII.1.	La práctica de la psiquiatría y las experiencias de asociaciones	82
VII.2.	Principios terapéuticos	84
VII.3.	Las concepciones de Jung sobre la psicosis ..	86
VII.4.	El incesto en Jung	90
VIII.	ALGUNOS ELEMENTOS DE TEORÍA	95
VIII.1.	El método	96
VIII.2.	El arquetipo y el inconsciente colectivo ...	97
VIII.3.	El sueño	102
VIII.3.1.	La función del sueño en Jung ..	103
VIII.3.2.	El trabajo sobre el sueño	105
VIII.3.3.	Polémica	107
VIII.4.	La transferencia	109
IX.	LA APORTACIÓN DE JUNG AL MOVIMIENTO Y A LA TEORÍA DEL PSICOANÁLISIS	111
IX.1.	Un papel fundamental en la apertura internacional	111
IX.2.	La confrontación de las ideas	112
X.	ALGUNOS COMENTARIOS A GUISA DE CONCLUSIÓN ..	113
	BIBLIOGRAFÍA RAZONADA	127

TEXTOS ESCOGIDOS	129
Sigmund Freud, <i>Ma vie. Souvenirs, rêves et pensées</i>	129
«La experiencia de las asociaciones», <i>L'homme à la découverte de son âme</i>	132
«La teoría de los complejos», <i>L'homme à la découverte de son âme</i>	134
24 Jung—Carta del 13 de mayo de 1907, <i>Correspondance 1906-1914, Sigmund Freud-Carl Gustav Jung</i> ..	138
Prefacio a la cuarta edición, <i>Métamorphoses de l'âme et ses symboles</i>	141
«Introducción», <i>Types psychologiques</i>	145
«Descripción general de los tipos», <i>Types psychologiques</i>	149
«El método sintético o constructivo», <i>Psychologie de l'inconscient</i>	150

I

PREÁMBULO

Poca justicia se le hace a un maestro cuando se sigue siendo siempre el alumno: «Dejo que Zaratustra hable por mí», le escribe Jung a Freud el 3 de marzo de 1912.

Ambos hombres cesarán de escribirse a finales de ese mismo año; Jung rechaza las bases teóricas de la sexualidad a las que Freud presta la mayor importancia. Al cabo de siete años de una fructuosa colaboración, Jung se encuentra en una etapa evolutiva de su pensamiento y aspira a afirmar sus propios conceptos.

Freud y Jung se encontrarán una última vez en el Congreso de Múnich, en septiembre de 1913. La ruptura afecta de manera considerable a los dos hombres, representa un traumatismo para ambos, incluso si adquiere el valor de traumatismo organizador, tanto para cada uno de ellos como para su obra. Al final del Congreso, Jung vuelve a Küsnacht y se hunde en esa regresión mayor que denominará en sus memorias la *Confrontación con el inconsciente*, origen de un enorme trabajo de reorganización interna. Esta experiencia dolorosa y dramática constituye el giro decisivo de la vida de Jung. Su desplome interior, junto a un gran aislamiento, lo arrastrarán a una penosa introspección que transformará en método tras su remi-

sión, método que llamará «psicología analítica» para distinguirse de Freud. No tardará en preferir la denominación de «psicología compleja».

Centraré mi relato en el período en el que Jung participa activamente en el desarrollo y en la difusión internacional del psicoanálisis, en su aportación a la teoría y a los conceptos y en la influencia que sus apasionados intercambios tuvieron sobre Freud.

Para este estudio, además de las obras completas de ambos, poseemos los instrumentos excepcionales que son las correspondencias y la autobiografía de Jung, escrita a la edad de ochenta años en colaboración con Aniela Jaffé, *Mi vida, recuerdos, sueños y pensamientos*¹: «Mis obras se pueden considerar como las estaciones de mi vida; son la expresión de mi desarrollo interior, porque el consagrarse a los contenidos del inconsciente forma al hombre y determina su evolución, su metamorfosis. Mi vida es mi acción, mi trabajo consagrado al espíritu es mi vida; no es posible separar la una del otro»².

Podemos observar la desviación con respecto al pensamiento freudiano, si bien Freud escribe también que lo más importante de sus pacientes es él mismo y, en 1908, en el prefacio de la segunda edición de *La interpretación de los sueños*, precisa: «Para mí, este libro tiene otro significado, un significado subjetivo, que sólo percibí una vez acabada la obra. Comprendí que era un pedazo de mi autoanálisis, mi reacción ante la muerte de mi padre, el

¹ Para los títulos en castellano de las obras de Jung nos remitimos a las traducciones ya publicadas por la Editorial Trotta (Madrid) o a nuestra propia traducción en el caso de las no publicadas; para los de Freud, a las traducciones históricas, bendecidas por el maestro, de Luis López Ballesteros. [*N. del T.*].

² *Ma vie [Mi vida]*, París, Gallimard, 1966, pág. 258.

acontecimiento más importante, la pérdida más desgarradora de una vida del hombre»³. Pero Freud no se queda ahí y despliega su búsqueda en la comprensión del trabajo psíquico en el que se origina la emergencia de la pulsión, ese concepto fronterizo entre lo somático y lo psíquico, que impone el reconocimiento de la sexualidad infantil y su imbricación con las identificaciones.

Para Jung, la realidad psíquica es inmanente: la imagen primordial es un engramado, «un depósito, es decir, la forma fundamental típica de una cierta experiencia psíquica y continuamente repetida... También es probablemente la expresión psíquica de una disposición anatómofisiológica determinada»⁴.

³ Pág. 4.

⁴ *Types psychologiques [Tipos psicológicos]*, Ginebra, Librairie de l'Université Georg et Cie, pág. 434.

II

CUADRO CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE JUNG

II.1. PRIMEROS AÑOS

- 1875: El 26 de julio, nacimiento de Carl Gustav Jung, hijo de Johann Paul Achilles Jung, pastor, y de Émilie Preiswerk, en Kesswil, Turgovia, Suiza.
- 1876: Seis meses después de su nacimiento, la familia se establece en Laufen en una casa presbiteral, junto a los saltos del Rin.
- 1879: Instalación en Petit-Huningue, cerca de Basilea.
- 1884: Nacimiento de Gertrude Jung (1884-1935), hermana de Carl Gustav.
- 1886: Entrada en el Liceo de Basilea.
- 1895: Entrada en la Facultad de Medicina de Basilea.
- 1896: Fallecimiento de su padre, el pastor Johann Paul Achille Jung.
- 1898: Participación en sesiones de espiritismo con su prima Helen Preiswerk, de diecisiete años de edad, a la que utiliza como observación para su tesis.
- 1900: Fin de sus estudios de medicina.

II.2. PSIQUIATRA EN BURGHÖLZLI

- 1900: El 10 de diciembre, entrada en Burghölzli, en Zúrich; asistente del profesor Eugen Bleuler, que le hace descubrir a Freud.
- 1902: Publicación de su tesis *De la psicología y de la patología de los fenómenos llamados ocultos*, en la que cita a Freud y *La interpretación de los sueños*.

- 1902-1903: Semestre de invierno en el servicio de Pierre Jane, en La Salpêtrière (París).
- 1903: Matrimonio con Emma Rauschenbach (1882-1955), hija de un industrial de Schaffhausen. Tendrán cuatro hijas y un hijo. Trabajos experimentales sobre las asociaciones verbales.
- 1904: Sabina Spielrein, hospitalizada en Burghölzli, es la primera paciente a la que Jung psicoanaliza. Se inscribe en la Facultad de Medicina al año siguiente.
- 1905: Privatdozent de psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad de Zúrich. Es nombrado médico de la clínica psiquiátrica.
- 1906: Jung le envía a Freud su libro *La psicología de la demencia precoz* y defiende a Freud en el Congreso de Múnich. Principio de la correspondencia entre ambos hombres.

II.3. EL TIEMPO DEL PSICOANÁLISIS

- 1907: 3 de marzo, primer encuentro con Freud en Viena.
- 1908: Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis en Salzburgo. Compra de la propiedad de Küsnacht, a orillas del lago de Zúrich.
- 1909: Jung dimite de sus funciones médicas en Burghölzli e inicia el ejercicio privado de la psiquiatría en Küsnacht. Invitación a la Clark University, Worcester, Massachusetts. Viaje a los Estados Unidos con Freud y Ferenczi. Doctor *honoris causa* por la Clark University. Redactor jefe de la revista *Jahrbuch für psychologische und psychopathologische Forschungen*.
- 1910: Fundación de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis en el Congreso de Nuremberg. Jung es presidente de la Sociedad. En el momento del nacimiento de su hijo Franz, escribe el artículo «De la importancia del padre para el destino del individuo», que aparece en el primer número de la revista.
- 1911: Publicación de la primera parte de *Metamorfosis y símbolos de la libido*. Sabina Spielrein escribe su artículo «La destrucción como la causa del devenir», que influirá a Freud para la «pulsión de muerte» y a Jung para el «proceso de transformación».
- 1912: Año de la disidencia. Publicación de la segunda parte de *Me-*

- tamorfosis y símbolos de la libido*. Presentación en Nueva York, en la Fordham University, del *Ensayo de presentación de la teoría psicoanalítica*, en el que expone sus divergencias con Freud. Interrupción de la correspondencia entre Freud y Jung.
- 1913: Primera presentación de sus teorías, bajo la denominación de «psicología analítica», en la Psycho-Medical Society de Londres. Reección como presidente de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis en el Congreso de Múnich en septiembre. Ruptura definitiva con Freud y, luego, dimisión del Comité de redacción de *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*. Dimisión de la cátedra de la Universidad de Zúrich.

II.4. LA PSICOLOGÍA ANALÍTICA

- 1914: Dimisión de la presidencia de la Sociedad Internacional de Psicoanálisis. Abandona la Sociedad con el grupo de Zúrich-Conferencia ante la British Medical Association, en Aberdeen (Escocia).
- 1914-1919: Período de hundimiento psíquico. Confrontación con su propio inconsciente y con su «mito».
- 1916: Fundación del Club Psicológico en Zúrich (donación McCormick). Conferencia en París sobre las relaciones entre el Yo y el Inconsciente. *Siete sermones a los muertos. La función trascendente*.
- 1918: Jung es movilizado para su servicio militar con grado de capitán. Dibuja mandalas y ataca el estudio de los textos gnósticos.
- 1920: Viaje privado a África del Norte.
- 1921: *Tipos psicológicos*.
- 1923: Fallecimiento de Émilie Jung, la madre de C. G. Jung. Aprende a trabajar la piedra y comienza, a orillas del lago de Zúrich, a varios kilómetros de Küsnacht, la construcción de su casa de Bollingen: «La Torre».
- 1925: Viaja por América. Encuentro con los indios *pueblos* en Nuevo México. Conferencias en Swanage, en Inglaterra: «Sueños y simbolismo». Expedición a Kenia, estancia en Elgonys.



Jung en 1909. © Sigmund Freud copyrights

- 1928: Empieza a estudiar la alquimia.
Dialéctica del Yo y del inconsciente. Sobre la energía psíquica.
- 1929: *Problemas psicológicos del tiempo presente.*
- 1932: Jung obtiene el Premio de Literatura de la ciudad de Zúrich. Es presidente interino de la Sociedad Médica Internacional de Psicoterapia y editor del *Zentralblatt für Psychotherapie und ihre Grenzgebiete.*
- 1933: Presidente de la Allgemeine Ärztliche für Psychotherapie. Encargado de curso en la Escuela Politécnica Confederal de Zúrich.
- 1933-1952: Participación en los encuentros de Eranos, en Ascona.
- 1934: Fundación y presidencia de la Sociedad Internacional de Psicoterapia Médica en Bad Nauheim.
- 1935: Profesor titular de la Escuela Politécnica de Zúrich.
- 1936: Harvard. *Wotan.*
- 1938: Viaja por la India invitado por el gobierno británico de la India con ocasión del 25 Aniversario de la Universidad de Calcuta. Doctor *honoris causa* por las Universidades de Calcuta, Allahabad y la Universidad hindú de Benarés. Doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford.
- 1939: Miembro honorario de la Academia Real de Medicina de Londres.
- 1940: *Psicología y religión.*
- 1941: *Introducción a la esencia de la mitología*, en colaboración con Ch. Kérényi.
- 1933: Profesor de psicología médica en la Universidad de Basilea. Dimite al año siguiente por razones de salud.
- 1944: *Psicología y alquimia.*
- 1945: Fundación y presidencia de la Sociedad Suíza de Psicología Práctica. Doctor *honoris causa* por la Universidad de Ginebra.
- 1946: *Psicología de la transferencia. Psicología y educación.*
- 1948: Fundación del Instituto C. G. Jung en Zúrich. *Simbología del espíritu.*
- 1950: *Formaciones del Inconsciente.*
- 1951: *Aion.*
- 1952: *Sobre la sincronicidad. Revisión de las metamorfosis del alma y sus símbolos. – Respuesta a Job.*
- 1953: Comienzo de la edición, por parte de las publicaciones de Bolligen, de las *Collected Works* de C. G. Jung.
- 1954: *Ratces de la conciencia.*
- 1955: Doctor *honoris causa* por la Escuela Politécnica Confederal de Zúrich.
El 27 de noviembre, fallecimiento de Emma Jung.

- 1956: *Mysterium Conjunctionis*.
 1957: *Presente y futuro*. Principio de la redacción de *Mi vida* con Aniela Jaffé.
 1958: *Un mito moderno*.
 1960: Ciudadano de honor de Küssnacht.
 1961: *El hombre y sus símbolos*, que termina varios días antes de su muerte.
 El 6 de junio de 1961, fallecimiento de C. G. Jung en su casa de Küssnacht.

III

INTRODUCCIÓN

Jung, europeo cultivado, recorrió el mundo y, aunque alcanzó fama internacional y honores académicos, fue siempre un gran solitario, encerrado en lo que él denominaba su *daimon*, a la búsqueda apasionada del conocimiento, que alternaba con largos períodos de actividades manuales terapéuticas.

Al final de su vida, escribe: «Estoy contento de que mi vida haya tomado este curso... Estoy asombrado de mí mismo, decepcionado, satisfecho. Estoy entristecido, agobiado, entusiasmado. Siento todo eso, pero no llego a ponerlo junto... A pesar de toda la incertidumbre, siento la solidez de lo que existe y la continuidad de mi ser, tal como soy... La vida es sentido y disparate, o bien posee sentido y disparate. Tengo la ansiosa esperanza de que el sentido prevalecerá y ganará la batalla»¹.

En general, el nombre de Jung no deja indiferente; muchos le reconocen, los seguidores y los «adeptos», como uno de los pensadores eminentes del siglo xx, incluso un genio; para otros es ante todo un místico que

¹ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 407.

pretendía ser profeta y a quien se le reprochan sus simpatías por los nazis.

Este ensayo trata del impacto de Jung sobre el movimiento y la teoría del psicoanálisis y deja a los especialistas de la psicología analítica los desarrollos ulteriores de su obra, fuera del campo freudiano.

IV

BIOGRAFÍA. LOS PRIMEROS AÑOS. LA FORMACIÓN

La autobiografía de Jung, *Mi vida*, es imposible de eludir para entender a Jung, al hombre y a su obra. D. R. Winnicott¹ escribe que Jung nos ofrece un material incomparable y que ningún analista puede permitirse comentar los intercambios de su autor con Freud y el psicoanálisis contemporáneo si no ha leído dicha autobiografía. En efecto, esta obra nos permite percibir la excepcional introspección de Jung como terapeuta y su extraordinaria capacidad para tratarse a sí mismo en diferentes ocasiones.

IV.1. LA INFANCIA

La primera infancia de Jung se desarrolla en la casa presbiteral de Laufen, un pequeño pueblo suizo junto a los saltos del Rin. Los primeros años quedarán impregnados de una aguda conciencia de la hermosura de la naturaleza, compensadora de las dificultades afectivas familiares, y marcarán su relación sensorial con el mundo.

¹ C. G. Jung, «Review of memories, dreams, reflections», en *Psychotic Explorations*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989.

Su padre, el pastor Paul Jung, tras unos estudios teológicos que anuncian una carrera intelectualmente brillante, con una espléndida tesis sobre la versión árabe del *Cantar de los Cantares*, se aburre como cura campestre y cultiva sus penas. Afectuoso y atento, es también un hombre triste y agobiado por decepciones y desencantos. La fe parece haber abandonado al pastor, que se fuerza para asumir a conciencia sus deberes religiosos.

Su madre, Émilie, apellidada Preiswerk de soltera, a la que le diagnosticó una gran histeria, fue hospitalizada por una depresión grave cuando Carl Gustav tenía apenas tres años de edad. Atribuye este episodio a la «decepción matrimonial», ya que la pareja se llevaba mal. Raramente se hace mención de un primer hijo fallecido, Paul, que nació dos años antes de Jung, y que incluso él mismo tampoco evoca².

Carl Gustav se ve profundamente afectado por esta separación de su madre y sufre un eczema grave y generalizado, que imputa a la disfunción familiar. Su padre, para calmarlo, lo lleva en sus brazos, lo mece y le canta canciones. En la alternancia de una presencia materna intrusiva y de ausencias incomprensibles para él, se comprenden las dificultades existenciales del niño: «A partir de aquel momento, siempre desconfié cada vez que se pronunciaba la palabra “amor”. El sentimiento que despertaba en mí lo “femenino” fue durante mucho tiempo y de forma espontánea que, por naturaleza, no se le podía tener confianza. “Padre”, para mí, significaba digno de confianza, pero incapaz. Ésta es la dificultad con la que me inicié»³.

² Al parecer hubo tres o cuatro hermanos y hermanas que fallecieron precozmente o nacieron muertos, a los que nunca se menciona.

³ *Ma Mie [Mi vida]*, pág. 27.

Los padres dormían en habitaciones separadas y Carl en el cuarto de su padre. El clima familiar era abrumador e incluso angustioso: «El ambiente había empezado a volverse irrespirable»⁴. En efecto, sufre crisis agudas de insuficiencia respiratoria.

Winnicott afirma que, a la edad de cuatro años, Jung ya pasó a través de la primera descompensación psicótica que subyace a la organización de las defensas. Este episodio de despersonalización dificultó el proceso de maduración e hizo que su funcionamiento psíquico evolucionase hacia la disociación. Jung describe su estructura disociada como sus dos personalidades: la personalidad núm. 1 representa la conciencia y la núm. 2, el inconsciente. Winnicott atribuye más los trastornos de Jung a los factores externos de la depresión materna y la inseguridad resultante que a una fragilidad esencial. Los primeros recuerdos de Jung no remiten a su madre, son impresiones y sensaciones sobre la naturaleza adornada de cualidades positivas, así como los rasgos de una joven que se ocupaba de él y de la que escribe que le parecía la «quintaesencia de lo femenino».

Fue más o menos en aquella época cuando Jung tuvo el primer sueño del que se acuerda: el sueño del falo de oro. Este sueño, del que afirma haber estado preocupado toda su vida, fue objeto de numerosos comentarios: «La casa presbiteral estaba aislada, cerca del castillo de Laufen, y detrás de la granja del sacristán se extiende un gran prado. En mi sueño, yo estaba en dicho prado. Allí descubrí de repente un agujero sombrío, cuadrado, cavado en la tierra. Nunca lo había visto antes. Curioso, me acerqué y miré el fondo. Vi una escalera de piedra que bajaba; vacilante y temeroso, descendí por ella. Abajo, una

⁴ *Ibíd.*, pág. 38.

abertura de medio punto estaba tapada por una cortina verde. La cortina era grande y pesada, de un tejido bordado o de brocado; observé que tenía apariencia muy rica. Deseoso de saber lo que había escondido detrás, la aparté y vi un espacio cuadrado de aproximadamente diez metros de longitud, bañado por una luz crepuscular. El techo abovedado era de piedra y el suelo estaba recubierto de baldosas. En medio, desde la entrada hasta un estrado bajo, se extendía una alfombra roja. Un trono de oro se levantaba sobre el estrado; maravillosamente trabajado. No me atrevería a afirmarlo, pero posiblemente estaba recubierto con un cojín rojo. ¡El asiento, un verdadero trono real, era espléndido, como en los cuentos! Encima, se alzaba un objeto de forma gigantesca que llegaba casi al techo. Primero pensé en un tronco de árbol, de una altura de cuatro metros y de un diámetro de entre cincuenta o sesenta centímetros. Este objeto estaba constituido de manera extraña: era de piel y carne viva, tenía en su extremidad superior una especie de cabeza de forma cónica, sin cara, sin cabellera. En la cima, un ojo único e inmóvil, miraba hacia arriba.

»La pieza era relativamente clara, aunque no había ventana ni luz. Pero, por encima de la cabeza, brillaba una cierta claridad. El objeto no se movía y, sin embargo, yo tenía la impresión de que a cada instante podía bajarse de su trono y arrastrarse hacia mí, como un gusano. Me hallaba como paralizado por la angustia. En aquel instante insoportable, oí de repente la voz de mi madre, que provenía como del exterior, o de arriba, y que gritaba: «¡Sí, míralo bien, es el ogro que se come a los hombres!» Sentí un miedo infernal y me desperté sudando de angustia»⁵.

⁵ *Ibíd.*, pág. 31.

Incluso si se trata de una reconstrucción, este sueño, que Jung interpretará y reinterpretará a lo largo de toda su vida, da testimonio de una gran riqueza onírica y de formidables capacidades figurativas, sobre las cuales basará su trabajo elaborativo. El sueño ilustra la conflictividad y la primera organización defensiva de Jung, que ve en él una especie de iniciación y el nacimiento de su vida espiritual y que lo considera uno de los acontecimientos más importantes de su vida. Lo trabaja según su método de amplificación por «circumambulación», progresión circular que pretende abordar de modo exhaustivo la dimensión simbólica que allí se expresa.

El pequeño Carl Gustav es, pues, un niño solitario y reservado, sujeto a graves crisis de angustia que pueden tomar la forma de crisis de sofoco. Se ocupa en juegos de construcción, que en seguida destruye con júbilo: «Jugaba solo, a mi manera [...]. Me acuerdo solamente de que no quería que nadie me interrumpiese. [...] y no podía soportar que me observaran o me juzgaran. [...] me encantaba jugar con ladrillos, construir torres que demolía con voluptuosidad mediante “terremotos”. Entre los ocho y los doce años, dibujaba sin cesar batallas, sitios, bombardeos, batallas navales»⁶. Recurre a rituales simbólicos, actividades enigmáticas y secretas que lo absorben por completo. Vive experiencias de fusión con la naturaleza: «... mi piedra. Bastante a menudo, cuando estaba solo, me sentaba en ella e iniciaba un juego de pensamientos que adquiriría más o menos la siguiente forma: “estoy sentado en esta piedra. Estoy arriba, ella está abajo”. Pero la piedra también podía decir: “Yo...” y pensar: “Estoy plantada aquí, sobre esta pendiente, y él está sentado sobre mí.” Entonces, se planteaba la cuestión: “¿Soy yo quien

⁶ *Ibíd.*, pág. 37.

está sentado sobre la piedra o soy la piedra sobre la cual él está sentado?" Esta cuestión me turbaba cada vez; me incorporaba sin fiarme de mí mismo, perdido en reflexiones, y me preguntaba: "¿Quién es qué?"⁷.

Esculpe un hombrecito en su regla de madera y lo encierra con una piedrecita fetiche en un plumero que esconde como un tesoro. Se le encomienda cuando necesita consuelo y se aferra mentalmente a él. Es su secreto. Y este secreto, que imagina inviolable, es la única cosa que le aporta seguridad en su universo lleno de angustia y de confrontación con las cuestiones religiosas. Se siente mal adaptado en el mundo real, amenazado de desdoblamiento, y se esfuerza por mantener el contacto con su mundo interior, del que se puede pensar que presenta ciertos rasgos de psicosis infantil. Él mismo hablará de sus alejamientos demasiado solitarios. Si bien Winnicott se atreve a mencionar la «esquizofrenia», precisa que, con el término «psicótico», trata de rendir homenaje a las cualidades superiores que le permitieron a Jung llevar a cabo un notable proceso de autocuración. Con pudor, los biógrafos y los jungianos hablan de sus dificultades de integración y de socialización, pero él se muestra más claro en cuanto al diagnóstico que hace de sí mismo⁸. Los autores estadounidenses, como Stern⁹ y Homans¹⁰, están asimismo de acuerdo sobre la cualidad «no neurótica» de su estructura psíquica.

El comportamiento particularmente cerrado del joven «mal sintonizado con el mundo» inquieta a su entorno. No le gusta la escuela, donde los profesores apenas lo

⁷ *Ibid.*, pág. 40.

⁸ Cfr. pág. 45, entrevista de Freeman para la BBC.

⁹ C. G. Jung, *The Haunted Prophet*, Nueva York, Delta, 1976.

¹⁰ *Jung in Context Chicago*, Chicago, University Chicago Press, 1979.

aprecian y siente la hostilidad de sus compañeros de clase: «Todos los caminos que hubieran podido hacerme salir de mi aislamiento estaban cortados»¹¹. A los doce años, de manera correlativa a un recrudescimiento de sus trastornos y de su incomunicación, se complace en desvanecimientos que le evitan la escuela. Pero sorprende una conversación en la que su padre se inquieta por su futuro. Comprende que debe salir de este callejón sin salida en el que se ha encerrado, decide luchar contra las crisis e inicia un nuevo proceso de autocuración. Vuelve a trabajar y regresa al colegio, si bien, por su comportamiento, se diferencia siempre de los demás alumnos.

Sobre todo, no quiere parecerse a su padre, que si bien se ha ocupado mucho del niño enfermo, es incapaz de apoyar los cambios intelectuales que solicita el joven adolescente. Privilegia su vida secreta interior. «Cuando miro hacia atrás, veo hasta qué punto mi desarrollo infantil anticipó los acontecimientos futuros y preparó modos de adaptación para impedir el derrumbamiento religioso de mi padre»¹².

A los nueve años, para gran sorpresa suya, nace Gertrude, una hermanita cuya llegada no aprecia en absoluto, pero que aviva su curiosidad. Se quedará soltera y se ocupará de su madre.

IV.2. LA ADOLESCENCIA

Si bien en su primera infancia Jung quedó profundamente marcado por la desaparición de su madre durante varios meses, más tarde tuvo una cálida relación con ella: «Mi madre fue para mí una madre muy buena. De ella

¹¹ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 86.

¹² *Ibid.*, pág. 96.

emanaba un gran calor animal, un entorno deliciosamente confortable. Guisaba tan bien... Era muy sociable y de fácil convivencia»¹³. Muy pronto descubre que ella posee una «segunda personalidad», poderosa y original. Al igual que otros miembros de la familia, también se siente atraída por los fenómenos ocultos y tiene talentos propios de los médium.

El padre, a pesar de toda la tierna atención que le profesa a Carl Gustav, se muestra incapaz de hacer frente a las consecuencias espirituales de la pérdida de su fe y no logra responder a los requerimientos del niño. ¡Al parecer le pide que no piense!

Carl Gustav prosigue sus estudios en el colegio de Basilea. En el trayecto entre la casa y la escuela, delante de la catedral, se enfrenta a pensamientos blasfematorios, contra los cuales lucha antes de atreverse a admitirlos: «Me armaba de valor, como si hubiera tenido que saltar al fuego de los infiernos, y dejaba emerger la idea: ante mis ojos se levanta la hermosa catedral y, por encima de ella, el cielo azul; Dios está sentado en su trono de oro muy por encima del mundo y, de la parte inferior del trono, cae un enorme excremento sobre el tejado nuevo y tornasolado de la iglesia; lo hace pedazos y hace estallar las paredes»¹⁴. Jung lo interpreta como una revelación y una confrontación con Dios, encuentro que enlaza con el sueño del falo. Se puede suponer que los altercados del joven Carl Gustav con su sexualidad adolescente despiertan antiguas huellas traumáticas y las defensas contra éstas.

La preparación para la Primera Comunión confirma el alejamiento del padre y del hijo, a pesar de los esfuer-

¹³ *Ibíd.*, pág. 69.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 59.

zos de este último por interesarse en la enseñanza paterna. A sus preguntas sobre la Trinidad, el padre le responde: «Dejemos eso, porque a decir verdad no entiendo nada»¹⁵. Carl Gustav, siempre muy aislado, no tiene nadie en su entorno a quien hablar o confiarse. Privado de los intercambios tan necesarios en esta edad, se enfrasca en la literatura, la filosofía, la historia de las religiones, las ciencias. Se vuelve extremadamente culto y confirma su certeza de la importancia primordial de su vida interior.

En esta época escapa del conflicto imposible con ese padre por quien sobre todo siente lástima mediante la construcción de una novela familiar que sustenta en algunos datos familiares. A falta del padre, se refiere a este abuelo que lleva el mismo nombre que él y al mito que convertía al abuelo Karl Gustav Jung en hijo natural de Goethe.

IV.3. LA UNIVERSIDAD

Cuando debe elegir sus estudios vacila entre la zoología y la biología, pero se siente igual de apasionado por la geología y la paleontología o incluso por la historia de las religiones. Se deja guiar por dos sueños «determinantes», tal como afirma haberlo hecho en cada momento en que la vida debe dar un giro: «En el primero, fui a un bosque sombrío que se extendía a lo largo del Rin. Llegué a una pequeña colina, un túmulo funerario, y me puse a cavar. Al cabo de un momento, con gran asombro, di con huesos de animales prehistóricos. Eso me interesó con pasión y en aquel mismo momento supe que

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 73.

debía conocer la naturaleza, el mundo en que vivimos y todo lo que nos rodea»¹⁶.

El segundo sueño también sucede en el bosque. «Había ríos y, en el lugar más oscuro, rodeado de malezas espesas, percibí un estanque de forma redonda. En el agua, medio hundido, había un ser extraordinariamente raro: un animal redondo y centelleante de múltiples colores y compuesto de numerosas celdas pequeñas o de órganos con forma de tentáculos. Un radiolario gigantesco de cerca de un metro de diámetro. Que una criatura tan magnífica estuviera en aquel lugar escondido, en el agua clara y profunda, sin que nadie la molestase, me pareció una maravilla indescriptible; avivó en mí el deseo más ardiente de saber, de tal manera que desperté con el corazón palpitante. Estos dos sueños me dirigieron con una fuerza invencible hacia las ciencias naturales y suprimieron cualquier duda al respecto»¹⁷.

Decide en seguida inscribirse en la Facultad de Medicina de la Universidad de Basilea, en la que su abuelo había ocupado en 1822 la cátedra de cirugía, de anatomía y de obstetricia, antes de ser nombrado rector de la Universidad en 1828. Los estudios de medicina le parecen un compromiso entre el estudio de las ciencias naturales y la posibilidad de ganarse la vida, porque los medios materiales de su familia son modestos.

Durante este primer año de Universidad, su padre, muy deprimido, enferma, pero no acude al médico. Fallece rápidamente de un cáncer del páncreas diagnosticado con retraso y, por ello, mal tratado. Carl Gustav es discreto a propósito de sus sentimientos, pero la desaparición de su padre aparece como un alivio para la familia.

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 106.

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 107.

«Los días que siguieron fueron duros y dolorosos; guardé pocos recuerdos. Una vez, mi madre dijo con su “segunda” voz, a mí o al ambiente que me rodeaba: “Ha desaparecido en un momento favorable para ti”; lo que interpreté así: “No os habéis comprendido y habría podido ser un obstáculo para ti”. Este modo de ver las cosas me pareció que concordaba con el núm. 2 de mi madre»¹⁸.

Unos días después de la muerte de su padre, Carl Gustav se instala en la habitación de éste y escribe que ocupa así su lugar en la familia. Las precarias condiciones económicas ponen sus estudios en peligro, pero dos tíos suyos, paterno y materno, le ayudan. Vende algunos objetos semipreciosos heredados de una tía. Tareas de asistente le proporcionan también pequeñas rentas.

Los conocimientos que adquiere le parecen insuficientes para alimentar su reflexión sobre la realidad de la psique. Descubre fortuitamente —¿acaso es fortuito si se interesa en ello?— un texto escrito por un teólogo sobre las apariciones de espíritus, que aborda las cuestiones que él se plantea, pero que, no obstante, no aporta respuesta alguna. Se documenta más y devora toda la literatura accesible sobre el espiritismo.

Este tiempo de facultad es un período vivaz y estimulante en el curso del cual establece relaciones bastante buenas con sus congéneres y sale de su aislamiento.

IV.4. LA PSIQUIATRÍA

Jung vacila en su orientación médica y, cuando Friedrich von Muller, profesor de medicina interna, le propone que lo acompañe a Múnich, donde le ofrece un

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 119.

puesto de asistente, descubre como una revelación el manual de psiquiatría de Krafft-Ebing: «Una emoción intensa se había apoderado de mí: en un relámpago, como por una iluminación, comprendí que mi único objetivo era la psiquiatría. Sólo en ella podían confluír los dos ríos de mi interés y confluír en un trayecto único: allí estaba el campo común de la experiencia de los datos biológicos y de los datos espirituales... Dos ríos reunidos, cuya poderosa corriente me arrastraba de manera irrevocable hacia fines lejanos»¹⁹. La reacción de decepción de su profesor cuando le comunica su decisión de dirigirse hacia la psiquiatría despierta su doloroso sentimiento de soledad y reactiva el de extrañeza.

Después de su examen de Estado, Jung entra en la clínica psiquiátrica de Burghölzli como asistente de Eugen Bleuler, profesor de psiquiatría en la Universidad de Zúrich. El profesor Bleuler, de reputación internacional, está especializado en el estudio y el tratamiento de la demencia precoz, a la que da su denominación de esquizofrenia. Bleuler exigía a sus colaboradores que vivieran en el mismo lugar con los enfermos, de manera más bien ascética, y en el establecimiento reinaba un ambiente parecido al de una secta. Carl Gustav se instala con sus colegas en aquel «monasterio secular» donde todo y todos están absorbidos por el trabajo. Jung se consagra totalmente a su formación, lee la totalidad de los cincuenta volúmenes de la *Revue générale de psychiatrie*. No se contenta con el enfoque clínico, que prioriza el diagnóstico y la clasificación de los síntomas, por encima de la psicología de los enfermos. Se preocupa por saber lo que pasa en la cabeza de un enfermo mental y sus colegas no le parecen menos interesantes que los pacientes hospita-

¹⁹ *Ibid.*, pág. 134.

lizados. Cuando se casa con Emma Rauschenbach, la pareja se instala en el apartamento situado por encima del de los Bleuler.

Bleuler se interesa ya por el psicoanálisis, que es objeto de seminarios en la clínica psiquiátrica; le encarga a Jung que presente el informe de una obra que acaba de aparecer: *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud. Jung se apasiona por los conceptos psicoanalíticos y mide el alcance del trabajo de Freud. El 1 de octubre de 1939, en el *Basler Nachrichten*, Jung redacta un artículo necrológico consagrado a Freud, y sostiene que *La interpretación de los sueños* «revolucionó su época [...] y fue la tentativa más audaz jamás emprendida para dominar los enigmas de la psique inconsciente... Para nosotros, los jóvenes psiquiatras de entonces, ese libro fue una fuente de iluminaciones, mientras que para nuestros colegas de más edad era sólo un objeto de irrisión».

Dirige las experiencias de asociaciones²⁰ en el Laboratorio de psicología experimental de Burghölzli y descubre la correspondencia entre los complejos revelados por las experiencias de asociaciones y el mecanismo de represión descrito por Freud. Sin embargo, Jung contesta ya la noción de represión y la importancia de la sexualidad infantil.

Jung sigue muy influido por las ideas de Janet, cuyas enseñanzas asimiló en la Salpêtrière durante el semestre invernal de 1902-1903. Se basará en las teorías de Pierre Janet, así como en las concepciones de Alfred Binet, para desarrollar los aspectos funcionales y las nociones de introversión y de extraversion de su tipología.

En aquella época, Jung es un joven psiquiatra de porvenir que se dirige a una carrera universitaria; vacila an-

²⁰ Cfr. Textos escogidos.

tes de tomar posición y luego decide situarse del lado de quien comparte sus ideas. Presenta en 1906 su monografía sobre la esquizofrenia: *La psicología y la demencia precoz*, en la que extiende las teorías freudianas a las psicosis. En la introducción, rinde homenaje al profesor Bleuler y al doctor Riklin, pero, aunque precisa su agradecimiento hacia Freud, muestra una cierta reserva: «En la medida en que todavía no goza del reconocimiento y de la estima que merece, sino que, al contrario, sigue sufriendo los ataques de los círculos que tienen autoridad, me permitiré precisar un poco mi posición con respecto a Freud. Puedo asegurar que, desde el principio, me he asociado con todas las objeciones que generalmente se plantean contra él»²¹. Sin embargo, añade: «No obstante, pienso que sólo puede contradecir a Freud quien sea familiar con el método psicoanalítico, aquel cuyas investigaciones se dirijan verdaderamente en el mismo sentido, es decir, que haya observado larga y pacientemente la vida diaria, el histerismo y los sueños desde su punto de vista»²². Desde el principio, Jung expresa sus reservas con respecto a las teorías sexuales. Pero se compromete totalmente al lado de Freud.

Aunque cita poco a Eugen Bleuler en su autobiografía, en 1933, cuando lo presentan como un discípulo de Freud, precisa: «Soy un alumno de Bleuler y ya me había hecho un nombre en la ciencia con mis estudios en psicología experimental cuando me declaré a favor de Freud y inicié, de hecho, la discusión...»²³.

²¹ *Ibid.*, pág. 3.

²² *Ibid.*

²³ C. G. Jung, *Correspondance, 1906-1940* [*Correspondencia, 1906-1940*], París, Albin Michel, 1992.

IV.5. LAS INFLUENCIAS

IV.5.1. *La religión*

El padre de Jung es pastor protestante, su abuelo materno, Samuel Preiswerk, era también pastor en Basilea, donde enseñaba el hebreo y la teología del Antiguo Testamento. Tiene más de una decena de tíos y de primos que abrazaron el ministerio protestante y el clima familiar está algo impregnado de espiritualidad. Ya desde muy joven, Jung vivió sumergido en un ambiente religioso y absorbido por las preocupaciones constantes de las reglas de la Iglesia y de su moral, por las oraciones de la noche y por su percepción de las actividades paternas. El espectáculo de un entierro lo impresiona de manera particular. Dirige desde muy pronto una mirada crítica sobre su entorno, las cuestiones metafísicas lo atormentan y lo agitarán a lo largo de su existencia. «Las ideas religiosas particulares que me asaltaron desde mi más tierna infancia nacieron espontáneamente como reacción a mi círculo paterno y así es como hay que entenderlas»²⁴.

Jung es cristiano, lo afirma, y varios de sus escritos tratan de sus dudas religiosas, pero sus concepciones se alejan considerablemente del cristianismo protestante tradicional. «Encuentro que todos mis pensamientos giran en torno a Dios como los planetas alrededor del sol y que irresistiblemente se ven atraídas por Él como los planetas por el sol. Sentiría como el mayor de los pecados el querer oponer una resistencia a esta fuerza», escribe en 1952²⁵.

²⁴ *Ibid.*, pág. 113.

²⁵ *Ma vie* [*Mi vida*], pág. 15.

Statuten-Entwurf.

I. Name der Vereinigung:

„Internationale Psychoanalytische Vereinigung“

II. Sitz:

Der Sitz (Zentrale) der „J. Ps. A. V.“ ist in Zürich (Schweiz).

III. Zweck der „J. Ps. A. V.“:

Pflege und Förderung der von Freud begründeten psychoanalytischen Wissenschaft sowohl als reiner Psychologie, als auch in ihrer Anwendung in der Medizin und den Geisteswissenschaften; gegenseitige Unterstützung der Mitglieder in allen Bestrebungen zum Erwerben und Verbreiten von psychoanalytischen Kenntnissen.

IV. Mitgliedschaft.

Die Vereinigung besteht nur aus ordentlichen Mitgliedern. Mitglied kann jeder werden, der sich mit der Psychoanalyse als reiner Psychologie oder als angewandter Wissenschaft in positivem Sinne beschäftigt. Alle Mitglieder der Zweigvereinigungen sind eo ipso Mitglieder der „J. Ps. A. V.“ Bewohner von Orten, in denen keine Zweigvereinigungen existieren, werden von der Zentrale aufgenommen.

V. Pflichten der Mitglieder.

Jedes Mitglied zahlt beim Eintritt in die „J. Ps. A. V.“ eine Einmalgebühr von 10 Franken (100 Mark, 2 Dollar) an. Der jährliche Mitgliedsbeitrag beträgt 10 Franken.

VI. Rechte der Mitglieder.

Die Mitglieder haben das Recht, den Sitzungen aller Zweigvereinigungen beizuwohnen; sie haben Anspruch auf Einladung zum Kongress; sie sind am Kongress aktiv und passiv wahlberechtigt.

VII. Kongresse.

Die oberste Aufsicht über die „J. Ps. A. V.“ fällt dem Kongress zu. Der Kongress wird von der Zentrale mindestens alle zwei Jahre einmal einberufen und vom Präsidenten der Zentrale geleitet.

Der Kongress wählt den Präsidenten.

Projet des Statuts de l'Association psychanalytique internationale,
avec les corrections de Jung

Proyecto de los Estatutos de la Asociación Psicoanalítica Internacional,
con las correcciones de Jung

Dios es una experiencia inmediata para Jung, que comprende la religión como una actitud de observación reflexionada y de consideración atenta ante la experiencia significativa, es decir, ante todo lo que expresa una cierta potencia. Las religiones institucionalizadas representan las formas reificadas de experiencias religiosas originales transformadas y depuradas a lo largo del tiempo. La cuestión no es saber si Dios existe en sí; Jung concibe a Dios como un estado, un valor, una potencia o incluso una fuerza. «Para nuestra psicología, que, en su calidad de ciencia, debe atenerse al empirismo dentro de los límites fijados para nuestro conocimiento, Dios... Es una función del inconsciente, la activación del imago divino por parte de una masa disociada de libido»²⁶. Dios no es una divinidad inaccesible y trascendental, sino la libido que existe en cada uno.

IV.5.2. Las referencias culturales

Desde muy joven, Jung se hace preguntas sobre Dios y se pone en entredicho; de hecho, se dirige y apela a su padre. Pero éste, esencialmente, le aconseja que evite pensar. No sucede lo mismo con su tío materno, pastor en una parroquia de Basilea, que, muy al contrario, lo incita a iniciar estudios de teología. Durante los años de colegio, almuerza todos los jueves al mediodía en casa de este tío, donde asiste a grandes discusiones intelectuales y teológicas. Se habla allí de Jacob Burckardt, considerado como muy liberal; sin embargo, allí no se pronuncia el nombre de Nietzsche, prohibido por sus ideas dionisia-

²⁶ *Types psychologiques [Tipos psicológicos]*, pág. 247.

cas. Y Jung no se atreve a abordar en estas discusiones todos los argumentos y las reflexiones que ya le habían conducido a leer a Schopenhauer y Kant.

Las declaraciones sobre el sufrimiento, la crítica nihilista del mundo en un cuadro apocalíptico de Schopenhauer, sus posiciones «blasfemas» encuentran un eco en Jung, incluso si no acepta el lugar que aquél da al intelecto ni el uso que propone de la voluntad. Su aserción, el pensamiento único, se reencuentra en la concepción monista del psiquismo, a la que Jung no renunciará. Es anecdótico, pero interesante, señalar que ambos aspectos de la personalidad y el itinerario de Schopenhauer, así como sus intercambios con Goethe sobre la teoría de los colores, encuentran un cierto eco en la estructura psíquica y en el trayecto de Jung. Particularmente interesado por la dialéctica que Schopenhauer desarrolla con la filosofía de Kant y la transformación de la doctrina kantiana de la causalidad, aborda la lectura de la *Crítica de la razón pura* y se regocija al descubrir la importancia que este último concede al noúmeno, «la cosa en sí». «Esto resaltaba en la teoría del conocimiento de Kant, que significó para mí una iluminación probablemente todavía más grande que la imagen pesimista del mundo de Schopenhauer»²⁷. Su interés por el mundo de los espíritus le hace apreciar el *Ensayo sobre los fantasmas y todo lo que se les relaciona* de Schopenhauer, que no excluye la eventualidad de una esencia espiritual liberada del soma, así como los *Sueños de un iluminado* de Kant, sobre las experiencias proféticas de E. Swedenborg, de quien relee todos los escritos.

Entre las influencias, William James, que desarrolla sus investigaciones en el dominio de la psicología y de la

²⁷ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 92.

filosofía de las religiones²⁸, se apoya en los *Datos inmediatos* de Bergson y elabora la noción de pragmatismo a partir de la experiencia vivida, tomada como dato irrecusable. Si la intuición, valorada como el aliento vital, corresponde en Bergson al reconocimiento del acto filosófico, en Jung se convierte en una función de adaptación. Sin embargo, tanto en el uno como en el otro, la intuición mantiene una relación específica con el instinto, el inconsciente y la temporalidad.

Nietzsche, cuyos escritos lo atraen, pero de quien se siente demasiado cercano, llega más tarde a la vida de Jung. Teme parecerse y verse desbordado como él. «Fueron las *Consideraciones inactuales* lo primero que cayó en mis manos. Me entusiasmaron y pronto leí *Así hablaba Zaratustra*. Fue, al igual que me había sucedido con el *Fausto* de Goethe, una de las impresiones más fuertes que sentí. Zaratustra era el Fausto de Nietzsche, y mi lado núm. 2 era mi Zaratustra. [...] Zaratustra era mórbido, yo estaba convencido. ¿Mi núm. 2 lo era también? Esta posibilidad me llenó de terror [...] y me forzó a reflexionar sobre mí mismo. Nietzsche descubrió su núm. 2 demasiado tarde, en la segunda mitad de su vida, mientras que yo conocía el mío desde mi juventud»²⁹. La influencia de Nietzsche es evidente en la tipología jungiana.

²⁸ *Compendio de psicología*, 1891; *Las formas diversas de experiencias religiosas*, 1902.

²⁹ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 128.

IV.5.3. *La ascendencia paterna:*
Karl Gustav Jung (1794-1864)

Algunos elementos genealógicos se insertan en la mística jungiana, la herencia ancestral y la identificación con el abuelo paterno, Karl Gustav Jung.

La familia Jung es de origen alemán.

En la Alemania del siglo XVII, en torno a individuos exaltados, más o menos fanáticos, se organiza un movimiento espiritual, el pietismo, precursor del romanticismo alemán, entre filosofía y teología, una especie de religión en la que la experiencia inmediata da acceso a la intuición de la totalidad en una deriva panteísta y mística, como reacción a los excesos de la ortodoxia dogmática. Esta confesión exalta la experiencia personal e individual de Dios, así como la interioridad del proceso, todavía denominado «experiencia subjetiva conmovedora». Con bastante rapidez, el nacionalismo alemán se confunde con el pietismo, doctrina que valoriza la regeneración y la experiencia subjetiva.

Karl Gustav Jung, estudiante de medicina, queda seducido por la doctrina. Sin embargo, tras un homicidio perpetrado por un amigo fanático, lo acusan de agitador político y lo encarcelan durante un año, tras lo cual, para poder proseguir sus estudios de medicina, se ve obligado a expatriarse a causa de sus antecedentes penales. Sus cualidades y sus relaciones lo conducen primero a París, donde trabaja en el Hôtel-Dieu, y luego a la Universidad de Basilea, donde en poco años llega a ser rector y se convierte en un personaje legendario de la misma universidad en que su nieto Carl Gustav estudiará medicina. Sin embargo, esta instalación lo convierte en un exilado que tiene el sentimiento de haber perdido su identidad nacional. Era también poeta y masón. Los ritos masones

imponían el conocimiento de las interpretaciones esotéricas y las representaciones simbólicas de la hermética y de la alquimia. El rumor, o bien una leyenda familiar, atribuyen a Goethe la paternidad natural de Karl Gustav. Jung se dijo a veces irritado por esta leyenda, pero Aniéla Jaffé cuenta que hablaba de ella con satisfacción. Jung habla frecuentemente de Goethe en su autobiografía. Cuando, siguiendo los consejos de su madre a los dieciséis años, lee el *Fausto* por primera vez, exulta: «Fue como un bálsamo milagroso.» No ignora la supuesta ascendencia paterna: «Supe que una leyenda corría a propósito de mi abuelo Jung: habría sido un hijo natural de Goethe. Esta historia irritante me impresionó, porque parecía, a la vez, reforzar y explicar mis extrañas reacciones con respecto al *Fausto*. Es verdad, yo no creía en la reencarnación; [...] Fausto hizo vibrar una cuerda en mí y me golpeó con un modo que sólo podía comprender desde un punto de vista personal»³⁰. En el capítulo de su autobiografía titulado «La vida después de la muerte», Jung vuelve sobre el asunto y aborda la reencarnación como un fenómeno de una gran probabilidad: «Pero recientemente observé en mí una serie de sueños que, según parecían, describen el proceso de reencarnación de una personalidad de mi conocimiento. Era incluso posible proseguir, con una no despreciable probabilidad, algunos aspectos de esta reencarnación hasta la realidad empírica»³¹. Sigue siendo elíptico sobre la personalidad de la que no excluye ser una reencarnación: ¿quizá Goethe?

Había en esta leyenda de qué alimentar las visiones de Jung, así como las conversaciones que mantenía en sue-

³⁰ *Ibíd.*, pág. 272.

³¹ *Ibíd.*, pág. 363.

ños con Filemón, su guía espiritual, que él derivaba de Elías, un profeta judío del siglo IX a.C., inspirado por la voluntad divina.

IV.5.4. *Junto al universo religioso, el mundo de los espíritus*

El interés de Jung por los fenómenos ocultos es la herencia de una disposición particular de la familia materna. El reverendo Samuel Preiswerk, el abuelo materno de Jung, era el jefe del clero protestante de Basilea. Muy culto, había aprendido el hebreo para poder comunicarse con los profetas y tenía contactos con su primera esposa, ya fallecida. Su hija, Émilie Preiswerk, la madre de Jung, estaba segura de que poseía talentos de vidente, que compartía con otros miembros de la familia. A todos les encantaban las experiencias de los médiums. Jung, único representante del sexo masculino, participa en las sesiones en compañía de su madre y de sus primas, entre ellas Helen, a la que llamaban Helly, que será la materia principal de su tesis *Un caso de sonambulismo en una persona afectada de trastornos*. En este período, Jung está muy documentado en el asunto; sus lecturas filosóficas se orientan hacia la comprensión de los fenómenos ocultos. Pero las sesiones deben interrumpirse, pues si bien Helly es médium, Jung descubre que es también simuladora. En la conclusión de su tesis, escribe: «Mi esfuerzo estuvo sobre todo dirigido contra la opinión pública, que sonrío con desdén ante los fenómenos denominados ocultos, para mostrar los numerosos vínculos de estos últimos con las preocupaciones del médico y de la psicología. También procuré subrayar las numerosas cuestiones importantes que todavía nos reserva este territorio inexplorado. El principio de este trabajo me convenció de que

una rica cosecha maduraba aquí para la psicología experimental»³².

Jung prosiguió durante toda su vida, en sus investigaciones y sus estudios, su deseo de conquistar el dominio del ocultismo.

En una visita a Viena, Jung se interesa por la opinión de Freud sobre la parapsicología y se da de bruces con la incredulidad de su interlocutor cuando un crujido siniestro asusta a ambos hombres; Jung predice un segundo crujido, que se produce unos instantes después, pero, con decepción de Jung, que no duda de la dimensión precognoscitiva oculta del fenómeno, Freud afirma su escepticismo y reconoce que no le impresionan los «espíritus golpeadores». Con humor, le escribe el 16 de abril de 1909 que está dispuesto a prestar oídos al resultado de sus investigaciones sobre «el complejo de los resucitados»³³.

³² Tesis, pág. 98, CW I.

³³ Carta del 16 de abril de 1909.

V

LOS AÑOS PSICOANALÍTICOS

Cuando le envía a Freud su ensayo *La psicología de la demencia precoz*, Jung tiene treinta y un años y ejerce en uno de los establecimientos de tratamiento psiquiátrico más prestigiosos de Europa. Freud, por su parte, ya se ha procurado el trabajo de Jung. Su colaboración durará siete años: una correspondencia constante y varios encuentros intensos. Este abundante intercambio epistolar es también el indicio de un alejamiento que moviliza psíquicamente y solicita las instancias idealizadoras.

Después de la ruptura, sus trabajos ulteriores se pueden entender, entre otras cosas, como la búsqueda de un diálogo sin respuesta, tanto para el uno como para el otro. Los años psicoanalíticos de Jung no son la fuente de sus ideas, sino más bien tiempos de gestación relacionada con sus preocupaciones anteriores sobre la disociación y el ocultismo. Siempre reconoció la importancia y el prestigio de Freud, el primer gran hombre con quien pudo medirse. Freud, después de la separación, fue particularmente discreto sobre el valor de Jung y probablemente ocultó la aportación de éste a su reflexión.

En 1907, Freud encuentra a un interlocutor de valor, un erudito, un hombre de una cultura enciclopédica, el

primero que verdaderamente ha reflexionado sobre sus proposiciones teóricas, un personaje extraordinario, como él. Se siente seducido por el hombre, pero también muy interesado por la apertura al mundo psiquiátrico que éste puede aportarle, así como por la posibilidad de un acercamiento a Bleuler. Muchos psiquiatras del mundo entero vienen para formarse en Burghölzli, establecimiento de fama internacional, tanto por su talla como por la calidad de los cuidados que se dispensan allí.

Si bien es evidente que, desde el principio, Freud no fue ajeno a los desacuerdos que los oponen, aprecia a Jung más que a ningún otro miembro del movimiento psicoanalítico, lo que no dejará de situar a este último —muy pronto presentado como heredero y continuador, como «hijo elegido»— en una posición delicada e incluso paradójica, en el seno del movimiento psicoanalítico. Este entusiasmo compartido solamente podía crear enemistades.

Denise Braunschweig propone la idea de que esta inversión represente la transferencia masiva de Freud sobre Jung de una *imago* paterna, «una transferencia de la figura imaginaria del ario que había humillado a Jacob Freud en el espíritu de su hijo»¹. Mediante una inversión proyectiva, Freud repara la herida narcisista y escoge a un hijo heredero. ¿Se trata de un desquite contra el destino del padre humillado, cuya falibilidad fálica y cuya castración habían surgido a plena luz cuando Jacob había recogido sin decir palabra su gorro, que el cristiano le había tirado por tierra? ¿Reconoce el cristiano el nombre de Freud y le confiere así una notoriedad restauradora? Esta hipótesis inscribe la evicción despreciativa como destino ineluctable de la relación.

¹ «Traces de Jung dans l'évolution théorique de Freud», *Revue française de Psychanalyse*, 4, 1983.

Freud sale de una larga y solitaria travesía, está confinado en Viena, incluso empieza a verse rodeado de colaboradores apasionados, pero que están muy lejos de ser tan brillantes como el joven sabio que, por añadidura, no es judío. La ruptura con Fliess acaba de consumarse, ha durado seis años. En el universo de la psiquiatría y de la psicología, Freud es famoso como autor de ese ensayo extraordinario sobre los sueños y por su teoría, controvertida y subversiva, del lugar que ocupa la sexualidad infantil en el desarrollo de las neurosis. A los aspectos escandalosos de la teoría se añade, con Dora, *Análisis fragmentario de una histeria*, la osadía de publicar un material clínico que no deja de provocar todo tipo de preguntas y de reprobaciones.

En sus cartas, Freud confiesa su dolorosa soledad y su necesidad de apoyo; el 25 de febrero de 1908 escribe: «Usted es el único que puede aportar algo.»

Freud cumple cincuenta años. Como Jung, se encuentra en un momento decisivo de su vida y de su obra, en el centro de su proceso de teorización, busca extender su reflexión a la psicosis, que lo atrae, pero que también lo asusta, y desea ante todo asistir a un desarrollo internacional del psicoanálisis. En 1897, había escrito: «La condición determinante de una psicosis y no de una neurosis (quiero decir de una amencia o psicosis confusa por desbordamiento, como la llamaba antes) reside, al parecer, en un abuso sexual que ha precedido el final del primer estadio intelectual [...]. Puede ser que este abuso se remonte a una fecha bastante lejana para que estas experiencias precoces se disimulen tras incidentes más cercanos y que sea posible recurrir a él de vez en cuando»². Se apoyó en su correspondencia con Fliess para elaborar las

² *La naissance de la psychanalyse [El nacimiento del psicoanálisis]*, París, PUF, 1956, pág. 163.

primeras bases de la teoría psicoanalítica, luego en su relación epistolar con Jung para ampliar su concepción y abordar más tarde la segunda teoría de las pulsiones y la segunda tónica. Las modalidades relacionales secundadas de la correspondencia son al mismo tiempo riqueza y escollo, pero no atenúan la intensidad ni la conflictividad.

Hoy en día, parece evidente que, si bien Freud y Jung debían encontrarse y apreciarse, no podían comprenderse, no sólo a causa de sus diferencias teóricas o culturales, ya presentes desde el comienzo de sus intercambios, sino también a causa de su personalidad, de su estructura psíquica y de la importancia de identificación y reconocimiento que cada uno le daba a su trabajo. Después de Jung, que fue el amigo, el confidente, el colaborador y el sustituto de Fliess, Freud ya no tendrá nunca más ni esta intimidad profesional ni una implicación personal tan grande, aunque la relación con Ferenczi, al que psicoanaliza en 1914, conserva una densidad pasional.

A la luz de su correspondencia y de su evolución posterior, parece que se reflejaban el uno al otro sus insatisfacciones y sus carencias. Jung encuentra en Freud la figura paterna idealizada que busca, pero a la que no puede ni quiere someterse. Freud encuentra a un interlocutor a su medida, que da la talla. Es el único de sus partidarios que de verdad ha reflexionado sobre su teoría y que la ha aplicado a pacientes. La primera persona que psicoanaliza Jung es Sabina Spielrein, una joven rusa hospitalizada en Burghölzli. En sus primeras cartas, Jung describe el caso de esta joven, cuya intensa transferencia lo desborda, y solicita el apoyo de Freud. De hecho, entre Jung y Sabina surge una relación, que dura varios años. Sabina le pide que le haga un hijo, al que desea llamar Sigfrid; Jung se niega. La madre de Sabina y Emma, la esposa de Jung, se ven entonces mezcladas en esta tumultuosa relación. Sabina estudia medicina y se dirige a Freud, con quien

emprende un nuevo psicoanálisis. Luego, se hace psicoanalista y, tras pedirle consejo al austriaco, se instala en Moscú en 1923.

V.1. EL ENCUENTRO

Jung y Freud ya se conocían a través de sus intercambios epistolares y los papeles estaban distribuidos. Jung le expresó su admiración y Freud ocupó el lugar del profesor que discute con su alumno preferido. Jung le había enviado su artículo sobre la psicología de la demencia precoz, Freud le respondió en seguida que ya lo conocía: «Naturalmente, es su último trabajo, "Psicoanálisis y experiencias de asociaciones", el que más me ha gustado, pues, basándose en la experiencia, usted ha afirmado que yo sólo he dicho verdades sobre terrenos hasta ahora inexplorados de nuestra disciplina. Espero que siga confirmando mis hallazgos y, por mi parte, no tendré inconveniente en que me corrija»³.

La perspicacia de Freud y el deseo de confiarse que tiene Jung lo conducen a exteriorizarse: el sueño de los caballos que analiza en la monografía es su propio sueño: «Vi cómo izábamos caballos por medio de gruesos cordajes hasta una altura indefinida. Uno de ellos, un caballo fuerte y cetrino, que estaba atado con correas y era transportado hacia arriba como un paquete, me llamó particularmente la atención cuando de repente la cuerda se rompió y el caballo se precipitó sobre la calle. Debía estar muerto. Sin embargo, se levantó como impulsado por un resorte y se alejó al galope. Observé que el caba-

³ *Correspondance 1 F [Correspondencia 1 F]*, pág. 41.

llo arrastraba tras de sí un pesado tronco y me asombré de que avanzara con tanta rapidez. Al parecer estaba desbocado y podía fácilmente causar un accidente. Llegó entonces un jinete sobre un pequeño caballo, avanzando lentamente por delante del caballo embalado, que moderó un poco su paso. No obstante, yo seguía temiendo que el caballo saltase por encima del jinete, cuando llegó una carreta que se colocó al paso delante del jinete, lo cual moderó un poco más la marcha del caballo embalado. Pensé entonces: Ahora todo está bien, el peligro pasó»⁴. Desde los primeros intercambios, Jung reconoce la insuficiencia de su interpretación, confiesa que es el soñador y desarrolla sus asociaciones. Freud comenta e interpreta, piensa que Jung, sin traicionarse, hubiera podido desarrollar la ecuación árbol=pene y utilizar la palabra «carrera» para hacer funcionar la «alternancia» de caballo y curso de la vida. No comparte su interpretación sobre el deseo del sueño.

La complicidad intelectual de ambos hombres casi se refuerza en seguida con una alianza contra los «ajenos a la causa», lo cual, sin duda alguna, permite situar «al extranjero, al malo, en el exterior». Después de Jung, Freud trata de aliarse a Bleuler.

Poco antes de la Pascua del año siguiente, Jung pasa unos días en Viena, acompañado por su esposa Emma y por Ludwig Binswanger. El domingo 3 de marzo de 1907, a las 10, va a casa de Freud. El encuentro se prolonga, discuten trece horas seguidas. El miércoles siguiente, Jung y Binswanger asisten a la reunión semanal de los psicoanalistas vieneses.

⁴ *Über die Psychologie der Dementia praecox*, GW, 3, § 123 [De la psicología de la demencia precoz].

Se trata de un encuentro de excepción entre dos gigantes, que se seducen mutuamente, en una búsqueda identificatoria masculina y una ambivalencia edípica. Ambos se habían visto confrontados con el traumatismo de la «madre muerta»⁵, tal como lo conceptualizó André Green. La intimidación psíquica que existe entre ambos hombres corre un velo pero no borra la desviación fundamental de sus presupuestos teóricos y de sus centros de interés, únicamente amplía el juego del doble narcisista y del rival amenazador.

Jung siente una atracción por Freud que se parece a una pasión amorosa. Es consciente de eso e incluso le atribuye su origen sexual: «... mi veneración hacia usted tiene el carácter de una atracción apasionada "religiosa" que, incluso si no me causa ningún otro problema, me resulta repugnante y ridícula a causa de su irrefutable consonancia erótica. Este sentimiento abominable se debe a que, cuando era niño, cedí a la agresión homosexual de un hombre a quien antes había venerado»⁶. Jung reconoció más de una vez que tenía dificultades relacionales con los hombres y que se había sentido amenazado por sus sentimientos hacia Freud. «Me da miedo su confianza. También temo la misma reacción en usted cuando le hablo de mis intimidades y por eso evito estas cosas siempre que puedo»⁷.

En 1912, en el apogeo de las tensiones, Freud, que había visto de nuevo a Jung en el Congreso de los dirigentes de las asociaciones psicoanalíticas locales de Múnich, escribe a Ferenczi: «Pasemos a Jung. [...] no me callé nada

⁵ Duelo del pequeño Julius por la madre de Freud, depresión (y duelo de Paul) por la madre de Jung.

⁶ *Correspondance Jung [Correspondencia Jung]*, pág. 149.

⁷ *Ibíd.*

y le dije con calma que no podía mantener una amistad con él, que él mismo había suscitado la intimidad que luego rompió brutalmente; que tenía problemas con el Hombre en general, no sólo conmigo, sino también con otros; que los espantaba a todos al cabo de un cierto tiempo; que todos los que ahora estaban conmigo venían a mí de él porque los había echado a la calle»⁸. Y añade: «Que me había equivocado sobre él en un punto, a saber, que lo había considerado como un maestro nato... cosa que no era, que era un inmaduro sin ningún control.»

Pero en 1907 las cosas han cambiado: Freud también ha sucumbido al encanto. Ernest Jones cuenta el entusiasmo de Jung, que considera este encuentro como el acontecimiento más importante de su vida⁹. Jones, en sus memorias, relata cuánto lo impresionaron los intercambios entre Freud y Jung, que no dudaban en citar pasajes en latín y griego en sus conversaciones. Es innegable que Freud es para Jung más que un colega eminente de la generación anterior. Personifica el coraje intelectual con unas posiciones teóricas y un rigor de los que carecía el pastor Jung. Menos de un año después de su encuentro, Freud abandona su acostumbrada rigidez por un familiar «Querido amigo»¹⁰, a lo que Jung responde con una cierta ambivalencia, que señala con pertinencia en su corresponsal: «Le agradezco su confianza de todo corazón. El regalo inesperado de su amistad significa para mí que he alcanzado una cierta cumbre en mi vida, que no puedo celebrar con palabras ruidosas. La evocación de su relación con Fliess, que por cierto no es fortuita, me mueve a rogarle que no me deje gozar de su amistad como si fué-

⁸ *Correspondance Freud-Ferenczi [Correspondencia Freud-Ferenczi]*, tomo I, 1908-1914, París, Calmann-Lévy, 1992, pág. 454.

⁹ *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud*, París, PUF, 1988.

¹⁰ *Correspondance 70 F [Correspondencia 70 F]*, pág. 180.

semos iguales, sino más bien como la de un padre y un hijo»¹¹. Y prosigue: «Creo que sólo de esta manera se evitarán todos los malentendidos y será posible que dos seres con la cabeza muy dura lleven una existencia codo con codo en una relación fácil y sin coacciones»¹². ¿Se siente acaso Jung amenazado de intrusión por una cercanía demasiado grande? Freud afirma que no comprende este temor de «unilateralidad». No obstante, si bien busca un continuador, Freud espera al mismo tiempo un discípulo respetuoso y fiel. Sabe a la perfección cómo solicitarle a Jung las tareas administrativas y relacionales en las que éste destaca y lo ayuda (¿su personalidad núm. 1?), mientras que él mismo parece temer las «sociabilidades» del ámbito psiquiátrico. Ya se lo advirtió Freud: «Puesto que somos tan cercanos el uno del otro, no se aleje demasiado de mí, ya que no tardarían en enfrentarnos»; más adelante, precisa: «Me inclino a no tratar a los colegas que oponen resistencia de manera distinta a los enfermos que se encuentran en la misma situación»¹³.

Porque Freud no ignora las reservas de Jung: «A través de sus escritos, hace tiempo que yo sospechaba que su estima de mi psicología no incluía la de mis opiniones sobre la cuestión del histerismo y de la sexualidad; no obstante, no renuncio a que a lo largo de los años usted se acercará a mí mucho más de lo que ahora cree posible»¹⁴.

Freud sugiere a Jung que funde una revista, y el proyecto avanza poco a poco, presentado como una creación mutua, a dúo.

¹¹ *Correspondance 72 Jung [Correspondencia 72 Jung]*, 20 de febrero de 1908.

¹² *Ibid.*, 72 J.

¹³ *Correspondance 11 F [Correspondencia 11 F]*, 1, enero de 1907, pág. 61.

¹⁴ *Correspondance 44 F [Correspondencia 44 F]*.

Paralelamente, la cordial y calurosa relación que Jung mantiene con Bleuler se altera; éste persiste en su incompreensión de la sexualidad infantil, le gustaría que Freud reemplazara el término de «sexualidad» por el de «autismo»; Jung oscila entre los dos, pero, por otro lado, ya no acepta las exigencias y la disciplina del director médico y, so pretexto de agotamiento, considera presentar su dimisión en Burghölzli. Lo hará en 1909.

V.2. LA ESCUELA DE ZÚRICH

Ferenczi, Abraham, Jones, Brill y muchos otros vienen a completar su formación en Burghölzli. Es de este lugar desde donde el psicoanálisis se extiende al mundo de la psiquiatría, con todas las reservas y las resistencias posibles. Bleuler se distancia con bastante rapidez.

Bajo la batuta de Jung, en Burghölzli se reúne un grupo de trabajo, en el que participan los «zuriqueños»: Bleuler durante los primeros años, pero también Claparède, de Ginebra, Binswanger, de Kreuzlingen, así como numerosos invitados internacionales. Jones, durante una de sus visitas, propone organizar un encuentro en torno a los trabajos de Freud. Jung organiza esta primera reunión internacional, que se celebra en Salzburgo el 27 de abril de 1908, bajo el título «Encuentro de los psicólogos freudianos». Freud presenta la observación de una neurosis obsesiva, el célebre caso del «Hombre de las ratas». La comunicación de Jung se ocupa de la demencia precoz.

Las abiertas simpatías mostradas por Freud a los nuevos adherentes, los primeros «gentiles» que aceptan el psicoanálisis y sus ideas, despiertan de inmediato una cierta reserva, por no decir celos, de los vieneses hacia Jung, quien por su parte no extiende a los discípulos de Freud la admiración que siente por el «Profesor». Los considera

mediocres. La antipatía es recíproca. Encontramos en su correspondencia comentarios poco amables, incluso descalificadores, tanto del uno como del otro sobre sus colegas y sus *troupes* respectivas. Una abierta rivalidad, unos celos reconocidos surgen en Abraham y Ferenczi, quienes en el mismo período también traban amistad con Freud. Las correspondencias que Freud mantiene con todos sus colegas son auténticos tesoros de informaciones.

Las primeras escaramuzas se inician desde el primer congreso. Abraham, que conoce bien a Jung y el clima místico de Burghölzli, donde trabajó varios años, no esconde su animosidad. En desacuerdo con la hipótesis de Jung, omite citar en su publicación las investigaciones de Bleuler y Jung sobre la demencia precoz. Los «zuriqueños» están descontentos, Jung se siente ofendido. En la carta del 3 de mayo de 1908, Freud le pide a Abraham que haga un esfuerzo para reconciliarse con Jung y termina así su misiva: «... muéstrese tolerante y no olvide que a usted le es mucho más fácil adoptar mis opiniones que a Jung, en primer lugar porque usted es totalmente independiente y en segundo porque las afinidades de raza lo acercan más a mi temperamento intelectual. No olvide que Jung, cristiano e hijo de pastor, encontró su camino hacia mí sólo después de haber superado grandes resistencias interiores. Su adhesión tiene mucho valor. Casi iba a decir que su entrada en la escena del psicoanálisis alejó el peligro de ver esta ciencia convertida en un asunto nacional judío».

Freud también le ruega a Jung que se aproxime a Abraham, pero le da seguridades de su preferencia: «Para mí es usted alguien precioso y no querría tener que abandonarlo, cuando para mí está fuera de cuestión que él pueda reemplazarlo»¹⁵. La enemistad entre Abraham y

¹⁵ *Correspondance Freud 87 [Correspondencia Freud 87],* pág. 208.

Jung se acentuará con el tiempo, y lo mismo sucederá con Ferenczi. Denuncian las desviaciones teóricas y una deriva mística, pero Freud no quiere escuchar nada, piensa que Jung, a pesar de sus resistencias, es la mejor esperanza de «La Causa».

Sin embargo, este primer encuentro internacional de Salzburgo, considerado como un simple «encuentro de los psicólogos freudianos», da origen a la primera revista de psicoanálisis, cuya dirección queda confiada a Bleuler y a Jung.

V.3. EL VIAJE A ESTADOS UNIDOS, SEPTIEMBRE DE 1909

Freud y Jung, invitados cada uno por su parte por Stanley Hall con ocasión del vigésimo aniversario de la fundación de la Universidad Clark en Worcester (Massachusetts), se reencuentran en Bremen el 20 de septiembre para embarcar al día siguiente por la mañana hacia Nueva York. Freud ha vacilado antes de emprender este viaje, primero anulado, luego retrasado. Le ha propuesto a Ferenczi que lo acompañe antes de saber que Jung también va. Están contentos de viajar juntos. La tarde del 20 de septiembre es agitada. Freud y Ferenczi convencen a Jung de renunciar al ascetismo de Burghölzli y de beber con ellos, lo que Bleuler le criticará. Jung diserta sobre los «cadáveres del pantano», cadáveres de hombres ahogados o inhumados en tierras pantanosas que se encuentran en «perfecto estado» de momificación, pero aplastados como *crêpes* (los confunde con las momias de la cripta de Bremen). La conversación irrita a Freud, que pierde el conocimiento. No es capaz de soportar escuchar lo que interpreta como deseos de muerte dirigidos a él.

Freud se desvanecerá otra vez en presencia de Jung en Múnich, el 24 de noviembre de 1912. Le escribe el 8 de

diciembre de 1912 a Jones que sintió un malestar equivalente con Fliess unos años antes en el mismo hotel: «En el fondo de todo este asunto hay un problema homosexual no resuelto. Cuando Jung, en su última carta, se refirió de nuevo a mi "neurosis", lo mejor que se me ocurrió responder fue que el analista debería siempre ocuparse de su propia neurosis, en vez de la de otros»¹⁶. Jung señala en su autobiografía que la conversación, en el momento de aquel nuevo síncope de Freud, trataba sobre el comportamiento hostil de Amenofis IV hacia su padre, algo que él discutía. Afirmaba que los hijos que se convertían en faraones eran también encarnaciones de los dioses, al igual que su padre. Subraya el desamparo que descubre en los ojos de Freud cuando éste recupera el conocimiento mientras lo lleva en sus brazos.

Este viaje a los Estados Unidos, que representa la consagración, la entrada oficial del psicoanálisis en la escena internacional, asusta a Freud y despierta en él las angustias fóbicas que le han impedido ir a Roma durante tanto tiempo, responsables iniciales del trastorno de la memoria en la Acrópolis: «Hemos llegado lejos.» Desde que eligió a Jung como hijo heredero, no puede desprenderse de la idea de un deseo parricida de éste contra él. Cualquiera que sean los deseos de Jung, podemos ver en esta obsesión de Freud no sólo la proyección de sus propios deseos parricidas, el despertar de la rivalidad fratricida y la culpabilidad ligada a la muerte de Julius, sino también la confesión de sus deseos infanticidas, los del padre de la horda primitiva que no admite rival.

Las largas jornadas de travesía van a ser ocasión de intercambios ininterrumpidos; analizan sus sueños, pero surgen resistencias. Jung trae a colación un aconteci-

¹⁶ Jones, tomo 1, pág. 349.

miento que, escribe, prefigura la separación que se acerca. Cuando le pide a Freud algunos detalles de su vida privada para interpretar el sueño que este último le acaba de contar, éste se niega y añade el siguiente comentario: «¡No puedo arriesgar mi autoridad!», respuesta que significa un desmoronamiento radical de la admiración que siente por él: «¡Freud situaba la autoridad personal por encima de la verdad!»¹⁷ Por otra parte, Jung afirma que Freud no podía comprender sus sueños porque contenían una dimensión colectiva y numerosos elementos simbólicos. Señala uno de ellos¹⁸ como su primera aproximación del «inconsciente colectivo», preludio de las elaboraciones de *Metamorfosis y símbolos de la libido*, y sus maniobras para protegerse de interpretaciones, ¡que rechaza incluso antes de que hubieran sido enunciadas! El sueño no deja de evocar aquel primero del falo de oro asociado por él con el entierro de los muertos. El concepto de inconsciente colectivo se inscribe en la tentativa de tratar su ausencia de comprensión de las teorías freudianas del inconsciente reprimido y en su manera de paliar las insuficiencias conceptuales de entonces. Winnicott¹⁹ piensa que es en el preciso momento en que se niega a confiarse y miente a Freud cuando Jung se encuentra más cerca de «la unidad de su yo» y que sólo re-

¹⁷ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 185. En aquella época los psicoanalistas no se hacían analizar, las relaciones analíticas, teóricas y amigables, mezcladas, ponían en dificultad aquel marco todavía incierto y también el proceso psicoanalítico con desbordamientos transfero-contratransferenciales mayores, tales como pasos al acto transgresores a través del psicoanálisis de familiares o de relaciones amorosas con los pacientes.

¹⁸ Cfr. Textos escogidos.

¹⁹ *Ibíd.*

encontrará esta unidad en el momento en que escribe su autobiografía. En estos instantes, el falso yo, la personalidad núm. 1, que ha tenido el inmenso valor de permitirle vivir una vida social y profesional, ya no es la dominante; el auténtico yo, su personalidad núm. 2, ha dejado de ser secreto y puede manifestarse libremente. Añade que, si Jung no hubiera mentido deliberadamente a Freud, se habría encontrado en la obligación de iniciar un psicoanálisis con él. Además, en aquella época, Freud no poseía los instrumentos conceptuales que pertenecen a descubrimientos posteriores de la investigación psicoanalítica.

El viaje, las conferencias, los honores divierten a Jung, pero cansan a Freud, aunque recibe por fin el reconocimiento con que soñaba. Freud conserva un mal recuerdo del Nuevo Mundo y, durante su estancia en el monte Adirondack, sufre de problemas de apéndice que le amargan la estancia en casa de Stanley Hall. Tanto para Jung como para Freud, hay dos momentos estelares que marcan esta estancia: la ceremonia en la que se les otorga el título de Doctor de la Universidad y su encuentro con el filósofo William James.

V.4. PRIMEROS DESACUERDOS

Tal como hemos visto, la oposición entre Freud y Jung existía bien antes de su primer encuentro y ellos no lo ignoraban. Las bases teóricas de ambos son muy diferentes. Jung trabaja en una clínica psiquiátrica con pacientes psicóticos incultos. Se interesa por la patología del Yo Consciente, así como por la constitución del sujeto, mientras que Freud se ocupa de pacientes neuróticos y explora el funcionamiento del aparato psíquico. Freud espera que el trabajo con los pacientes psicóticos, experiencia que le falta, le permita estudiar un material indispensable para

la elaboración de los conceptos, lo cual es un trabajo que no puede llevar a cabo sin referencias clínicas.

Desde su primer encuentro, Jung anuncia sus dificultades para aceptar «la teoría ampliada de la sexualidad» y utiliza en su argumentación las resistencias de Bleuler: «Me he visto obligado, por ejemplo, a hacer amplias digresiones para darle una idea a Bleuler de lo que usted entiende por "libido". Dado el concepto limitado de la sexualidad que actualmente se admite, ¿acaso no sería posible reservar los términos sexuales únicamente a las formas extremas de su "libido" y plantear para el resto un concepto colectivo un poco menos ofensivo para todas las *libidinas?*»²⁰ Continúa evocando los trabajos de Rank y se inquieta por la incomprensión y por el perjuicio que las teorías de la sexualidad infantil pueden causarle al psicoanálisis.

La respuesta del 7 de abril de 1907 carece de ambigüedad: «Me parecen dignos de encomio, por sus motivos, los esfuerzos que hace usted para evitar a los demás el gusto ácido del instante en que muerden en la manzana, pero no creo que sirva para nada. Incluso si llamamos "psicoide" al inconsciente no dejará de ser el inconsciente, y si no señalamos en la sexualidad ampliada lo que hace funcionar la "libido", no dejará de ser la libido, y en todo lo que lo que se deriva volvemos a lo que queríamos evitar mediante una denominación.» Puesto que es imposible no confrontarse con las resistencias, tanto mejor será abordarlas de frente y en seguida. Un poco más adelante, añade: «Lo que se nos pide no es otra cosa que negar el deseo sexual. Reconozcámoslo pues.»

Jung plantea cuestiones sobre los mecanismos de la psicosis y el delirio que la teoría freudiana de la primera

²⁰ *Correspondance 17 J* [*Correspondencia 17 J*].

rópica no se halla en situación de tratar. Para Freud, la etiología de las psicosis es sexual y la alteración del Yo depende de los trastornos de la libido. Jung persiste en la hipótesis de una afectación del Yo en su «función de realidad», tal como la define Janet, y supone la existencia de toxinas.

V.5. LA LIBIDO

El desacuerdo se concreta a partir de 1911. Podemos observar el primer momento decisivo en la *Correspondencia* el 27 de octubre de 1909, cuando Freud comprende la diferencia irreductible de sus pensamientos: la esencia del Yo como fenómeno psíquico sólo puede ser una pulsión y a partir de entonces debe elaborar una teoría del Yo. El término «narcisismo» aparece por primera vez en 1910 en una nota añadida a los *Tres ensayos* y en el artículo «Recuerdo infantil de Leonardo da Vinci».

Freud lee y se entusiasma con las *Memorias de un neurópata* que le ha hecho descubrir Jung, publicadas por Daniel Paul Schreber en 1903. Repite a través del análisis de este texto la teorización que desarrolla en la *Correspondencia* (22 y 23 F) sobre la demencia precoz y la paranoia.

A su regreso de Estados Unidos, Jung renueva su antiguo interés por la arqueología y luego se sumerge en el estudio de la mitología y de la gnosis. Descubre en los *Archives de psychologie* de Ginebra las fantasías de un paciente de Théodoe Flournoy, Miss Miller. Se lanza a su interpretación exhaustiva, que se convierte en *Metamorfosis y símbolos de la libido*, el texto en el cual aclara la desviación de sus conceptos con respecto a la teoría psicoanalítica.

La discusión sobre la libido se hace más concreta. El 14 de noviembre de 1911, Jung vuelve al análisis de

Schreber, sugiere ampliar el concepto de libido y añadirle un componente genético para poder extender su aplicación a la demencia precoz. Freud se inquieta: «Lo que usted entiende por “extensión del complejo de libido”, con el fin de hacerlo aplicable a la *dementia praecox*, me interesaría mucho. Temo que aquí caigamos en un malentendido como aquella vez en que usted dijo en un trabajo [*La teoría freudiana de la histeria*, 1908] que para mí la libido era idéntica a cualquier especie de deseo, mientras que yo hago la presuposición simplona de que hay dos tipos de pulsiones y que sólo la fuerza de pulsión del deseo sexual puede ser denominada libido»²¹. Jung resiste y retoma la cuestión que se plantea Freud sobre la eficacia del mecanismo proyectivo y su relación con las inversiones para explicar las ideas delirantes y los trastornos de la percepción de la realidad. «Esta observación, más exactamente la duda que en ella se expresa, ha despertado todo lo que durante todos estos años hizo que me fuese tan extraordinariamente difícil aplicar la teoría de la libido a la *dementia praecox*. La supresión de la función de la realidad en la *dementia praecox* no se deja reducir a la represión de la libido (definida como hambre sexual) o, por lo menos, yo no llego a eso. Su duda me demuestra que este problema tampoco se soluciona así para su concepción»²². Le advierte a Freud que en la segunda parte de *Metamorfosis*... toma posición sobre el concepto de libido.

En su autobiografía, alega que sospechaba el impacto que iba a producir el capítulo titulado «El incesto» sobre su armonía con Freud; en realidad, lo que se prepara es una tormenta pulsional y pasional.

²¹ *Correspondance Freud-Jung 286 F* [*Correspondencia Freud-Jung 286 F*], pág. 590.

²² Ídem, 287 J, pág. 592.

En aquella época, Emma Jung mantiene una correspondencia personal con Freud. Le pide a éste que no sea demasiado severo con su marido, que sufre del alejamiento del «Padre», pero ella misma también tiene problemas, para los que busca en sus cartas a un confidente, que no encuentra. Ella es la analizante de su marido, y éste, que acaba de romper de manera poco elegante con Sabina Spielrein, inicia una nueva relación con Antonia Wolf, que se convierte en su segunda compañera. Se repartirá a medias entre Emma y Antonia.

V.6. LA RUPTURA

Una de las cualidades de Jung, que llega hasta el extremo de rasgo de carácter, consiste en poner en entredicho todas las ortodoxias; lo afirma y se justifica ante Freud: «... debo decir que nunca he podido librarme del pensamiento de que lo que he hecho hasta ahora por la difusión del psicoanálisis, y de lo que todavía haré, debería importarle a usted mucho más que mis torpezas y mis feos rasgos personales. En todo caso, si me hubiera pasado algo grave que amenazara la obra, se lo habría dado a conocer». Luego, un poco más adelante: «Hasta ahora siempre he estado dispuesto a modificar mis opiniones según el juicio de quien sabe más. No me habría puesto de su parte si no tuviese un poco de herejía en la sangre»²³.

Jung ocupa el lugar más importante y representa los papeles principales en las instancias internacionales del movimiento psicoanalítico. Pero las divergencias se intensifican y la radicalización de las posiciones convierte

²³ *Correspondance Freud-Jung 303* [*Correspondencia Freud-Jung 303*], pág. 61.

los intercambios en algo imposible. El incidente de Kreuzlingen revela la exacerbación de las tensiones: Jung le reprocha a Freud el que lo haya evitado voluntariamente en el momento de una visita a Ludwig Binswanger, que acaba de ser operado de un tumor maligno cerca de Zúrich. La discusión entre ambos es turbulenta y llena de amargura.

En el transcurso del verano de 1912, extrañado por la separación de Adler y de Stekel y ante la inminencia de una ruptura inevitable con Jung, Jones propone cerrar filas en torno a Freud y formar un grupo de psicoanalistas fieles, que se convierte en el «Comité».

En septiembre de 1912, Jung va a Estados Unidos, donde da una serie de nueve conferencias en la Universidad de Fordham, Bronx (Nueva York), y por eso no participa en el congreso. Se distancia públicamente de la libido sexual de Freud, desarrolla las bases teóricas de sus divergencias mientras que aparece la segunda parte de las *Metamorfosis y símbolos de la libido*, cuya escritura es la expresión de una perturbación personal y espiritual y de un regreso a su mundo interior. Las reacciones son vivas y los comentarios severos, en particular Ferenczi en su artículo «Crítica de Metamorfosis y símbolos de la libido»²⁴ y Abraham con «Crítica del ensayo de una representación de la teoría psicoanalítica de C. G. Jung»²⁵. La correspondencia se ha enfriado y las cartas se vuelven muy administrativas. En agosto de 1913, Jung va a Inglaterra, da dos conferencias. En una, «Aspectos generales del psicoanálisis», presenta por primera vez su nuevo método psicológico, que, para desmarcarse de Freud, titula «psicología analí-

²⁴ Ferenczi, *Psychoanalyse 2*, París, Payot, 1970, págs. 88-104.

²⁵ Abraham, *Œuvres complètes*, vol. 7, París, Payot, 1965, páginas 141-156.

tica». Refuta la teoría sexual de la libido y anuncia que, como Adler, piensa que el deseo del sueño es sólo una «tendencia volitiva». La segunda conferencia es la repetición de la de Fordham.

El «IV Encuentro Psicoanalítico» se celebra en Múnich el 7 y 8 de septiembre de 1913 en medio de un ambiente nefasto; Freud da una breve conferencia: «Contribución al problema de la elección de la neurosis». Jung, por su parte, presenta «Contribución al problema de los tipos psicológicos», un primer bosquejo de su libro *Tipos psicológicos*, que aparecerá en 1921. Esta comunicación toca un tema que le preocupa desde tiempo atrás: la actitud, como acción virtual, devenir potencial, intencional, pero también dependiente de una disposición específica. «Sabemos que la histeria y la demencia precoz presentan en su fisonomía general un contraste sorprendente, resultante de la actitud de los enfermos con relación al mundo exterior. Los sentimientos que éste provoca en el histérico sobrepasan el grado normal, mientras que no lo alcanzan en el demente precoz»²⁶.

Jung es reelegido presidente con un gran número de abstenciones, mientras que hasta entonces gozaba de unanimidad. Sin embargo, el 27 de octubre de 1913 presenta su dimisión de la redacción de *Jahrbuch für Psychologische und Psychopathologische Forschungen* y en la última publicación del periódico declara que las razones de su dimisión son de naturaleza personal, por lo que se niega a cualquier discusión. Freud se ocupa de nuevo de la dirección de la publicación bajo el título de *Jahrbuch der Psychoanalyse*. El primer volumen de 1914 contiene las discusiones de Freud con Adler y Jung: «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», así como «Introducción al narcisismo».

²⁶ *Archives de psychologie*, núm. 52, pág. 289.

Desde pocos meses atrás, Jung le escribe a Freud en cuartillas con el membrete de la Asociación Psicoanalítica Internacional, que ya utilizó para distanciarse de Bleuler y presentar su dimisión. El 20 de abril de 1914 le envía una carta mecanografiada y firmada, con copia a todos los presidentes de las secciones locales: «Muy honorable señor presidente, los últimos acontecimientos me han llevado al convencimiento de que mis concepciones están en una oposición tan abrupta con las de la mayoría de los miembros de nuestra asociación que ya no puedo considerarme como una personalidad apta a la presidencia. Por eso, presento mi dimisión a la conferencia de los presidentes, con mi gratitud por la confianza de la que he gozado hasta el presente»²⁷.

El 30 de abril de 1914 Jung dimite de su puesto de *privatdocent* en la Facultad de Medicina de la Universidad de Zúrich. Renuncia a cualquier actividad hospitalaria y universitaria y se queda solo. En la *Autobiografía* que él mismo publica en 1925, Freud escribe lo siguiente: «Jung trató de reinterpretar los hechos analíticos en términos abstractos e impersonales y anhistóricos, creyendo que de esa manera se ahorraría tomar en cuenta la sexualidad infantil y el complejo de Edipo, así como la necesidad de hacer el análisis de la infancia»²⁸. Añade que exigió a Adler y a Jung que renunciaran a la denominación de «psicoanálisis» para sus doctrinas respectivas.

La evolución mística de Jung lo aleja del rigor epistemológico de Freud. En su autobiografía, se presenta como un sabio visionario que cumple su destino en confrontación directa y mística con los muertos y con Dios. Intenta crear un mito. Béla Grunberger, en su trabajo so-

²⁷ *Correspondance [Correspondencia]*, pág. 694.

²⁸ Pág. 89.

bre el narcisismo, piensa que la evolución mística marca el fracaso de la integración narcisista del pene paterno, lo que en el caso de Jung emana del imposible enfrentamiento con su padre. Sin embargo, si bien este análisis sigue siendo pertinente, también se puede pensar, tal como lo proponen otros autores, que la transferencia de Jung no es sólo paterna, sino que también está impregnada de un apego masivo a una *imago* materna primaria, peligrosa y terrorífica, que Freud ni quería ni podía reconocer.

VI DESPUÉS DE FREUD

VI.1. EL HUNDIMIENTO

La ruptura con Freud hace estallar una terrible descompensación, «un período de incertidumbre interior, más que eso, de desorientación»¹.

Jung lucha contra sus producciones psíquicas, teme perder el control de sí mismo, como le pasó a Nietzsche. Se abandona, escribe en su biografía el 12 de diciembre de 1913, y se enfrenta a sus alucinaciones. Le da a esta descompensación el nombre de un capítulo de su autobiografía: «Confrontación con el inconsciente». «Desde el principio, había concebido la confrontación con el inconsciente como un experimento científico que yo mismo efectuaba, cuyo resultado me interesaba vitalmente. Es verdad que hoy podría añadir: aquello representaba también un experimento ensayado *conmigo*»². Se ve desbordado por la angustia y por terroríficas manifestaciones alucinatorias auditivas y visuales. Entre sueños y

¹ «Confrontación con el inconsciente», *Ma vie [Mi vida]*, pág. 198.

² *Ma vie [Mi vida]*, pág. 207; «*conmigo*» subrayado por el autor.

visiones, con un sentimiento de humillación, se esfuerza por reanudar las actividades manuales y los juegos con los que se había cuidado de niño y se lanza a una colección de piedras que recoge al borde del lago, a juegos de construcción; esculpe y pinta las piedras. Tras la consulta de sus pacientes, consagra a eso la mayoría de su tiempo libre; en lo sucesivo, en los momentos de crisis recurrirá siempre a este contacto con la piedra. El 18 de diciembre de 1913 tiene un sueño, en el que se apoya para deducir ciertos ejes de su teoría, el sueño de Sigfrido: «Me encontraba con un adolescente desconocido, de piel oscura, un salvaje, en una montaña solitaria y rocosa. Era antes del amanecer; el cielo, al Este, ya estaba clareando y las estrellas comenzaban a apagarse. Más allá de las montañas, resuena el cuerno de Sigfrido y supe en ese instante que debíamos matarlo. Estábamos armados con fusiles y nos emboscamos en un camino angosto.

»De repente, Sigfrido apareció a lo lejos, en lo alto de la cresta de la montaña, en el primer rayo del sol naciente. En un carro hecho de huesos, bajó a gran velocidad por la ladera rocosa de la montaña. Cuando apareció en una curva, disparamos sobre él y cayó, herido de muerte.

»Lleno de asco y de remordimiento por haber destruido algo tan grande y tan hermoso, me preparaba a huir, empujado por el miedo de que pudieran descubrir el homicidio. En aquel momento empezó a caer una lluvia espesa y abundante que, yo estaba seguro, eliminaría todos los rastros del atentado. Había escapado del peligro de ser descubierto, la vida podía continuar, pero me quedaba un sentimiento intolerable de culpabilidad»³. Siente, dice, un cierto alivio, y analiza este sueño como la re-

³ *Ibíd.*, pág. 209.

nuncia a la identificación con el héroe que debía sacrificar, junto al salvaje a su lado, representante de su sombra primitiva.

Familia y trabajo serán sus únicos puntos de vinculación en el mundo y, gracias a sus allegados, consigue no perder todo contacto con la realidad, con el apoyo de sus dos compañeros, Emma Jung y Tony Wolf. Intima con Théodor Flournoy y comparte su interés por el espiritismo.

Jung completa sus conocimientos enciclopédicos con investigaciones profundas y minuciosas de los gnósticos y de sus concepciones filosóficas del mundo original de los instintos y, luego, con una lógica de continuidad histórica, se dedica al estudio de la alquimia como filosofía de la naturaleza. Utiliza sus conocimientos en estos dominios para abordar la psicología del inconsciente, a la que da una dimensión «trascendental». Sus trabajos se orientan radicalmente hacia el acceso de las concepciones del mundo y de las cuestiones religiosas. Teoriza el proceso de individuación que corresponde a la emergencia original del consciente salido de un estado primitivo de identidad inconsciente. A partir de la noción de *imago* concibe el concepto de arquetipo, que caracteriza una preformación contenedora inconsciente que permite la emergencia simbólica⁴. A partir de 1916, Jung dibuja y pinta mandalas, de los que afirma que representan los criptogramas de la personalidad de su autor: el Sí mismo, cuyo desarrollo se efectúa con una manera circumbulatoria.

Publica su obra *Tipos psicológicos* en 1920. Este estudio se deriva de la metodología que ha aplicado a las pro-

⁴ *Cfr.* pág. 82.

ducciones psíquicas de Miss Miller en *Metamorfosis y símbolos de la libido*. Jung utiliza la observación directa de los enfermos y de los pacientes y el método histórico, que consiste en justificar sus ideas mediante la analogía que presentan los materiales psíquicos del hombre moderno y los materiales históricos y culturales. Si bien esta ambición exhaustiva hace difícil la lectura de los textos jungianos, crea un obstáculo todavía mayor para su síntesis. Conceptos y método se alejan fundamentalmente de los ejes teóricos freudianos.

El método jungiano depende de algunos principios que son axiomas que se deben demostrar. Pero nunca son retomados como tales, lo cual hace que los comentaristas y los críticos (Freud, Abraham, Ferenczi) le echen en cara que afirme sin demostrar y que utilice argumentos históricos en el registro del funcionamiento mental, que no es reducible. Entre estos principios, encontramos la constancia del espíritu humano, un cierto grado de herencia de las cualidades psicológicas basadas en la herencia de las tendencias transmitidas, la aplicación de relatos como prueba de las exploraciones de la psicología individual.

Jung se define como empírico y afirma que saca sus conclusiones de la observación. Es un debate que ha continuado en sordina con Freud, que le niega dicha cualidad. Los jungianos hoy siguen reivindicando esta especificidad, que a menudo se les discute. «Se ha pretendido a menudo que yo era un filósofo; en realidad soy un empírico y, como tal, me sitúo en el único punto de vista fenomenológico»⁵. Y se muestra entonces como «naturalista».

⁵ *Psychologie et religion [Psicología y religión]*, pág. 9.

VI.2. EL TRASPIÉ: LA COLABORACIÓN CON EL NACIONALSOCIALISMO

Freud había detectado las inclinaciones antisemitas de Jung, pero ante todo deseaba salir del gueto judío vienés. Le escribe lo siguiente a Abraham: «Supongo que el antisemitismo inhibido de los suizos, que se ven obligados a evitarme, se vuelve contra usted con una fuerza acrecentada. Soy del parecer que si nosotros, los judíos, queremos colaborar con otros, debemos dar prueba de una cierta dosis de masoquismo y prepararnos a soportar un poco de injusticia»⁶. La elaboración de los *Tipos psicológicos* integra el inconsciente como eminentemente compensador del perfil del individuo, y en el registro de la psicología general que cruza, se presta a los desbordamientos de las teorías raciales.

Jung, vicepresidente de la Sociedad Alemana de Psicología, Allgemeine Ärztliche Gesellschaft für Psychotherapie (AÄGP), acepta en 1933 reemplazar a Ernst Kretschmer, que ha dimitido, y ocupar la presidencia provisional de la Asociación junto a Matthias Göring, luterano, pietista, adherente al partido nacionalsocialista, primo de Herman Göring y gran patrono de la psiquiatría alemana, cuyo objetivo consiste en desembarazarse no sólo de los judíos, sino también del «espíritu judío». Jung tiene como misión la de establecer los límites «científicos» de la psicología aria y de la psicología judía, sobre la base de su conceptualización del inconsciente colectivo. Aunque afirma que esta posición le permite proteger a sus «amigos judíos», Jung desarrolla concepciones indiscuti-

⁶ *Correspondance Freud-Abraham [Correspondencia Freud-Abraham]*, tomo II, 11 de mayo de 1908, pág. 42.

blemente antisemitas en el artículo «La situación actual del psicoanálisis», que aparece en la revista de la AÄGP en 1934. ¡En él distingue el «inconsciente judío» del «inconsciente ario», al que le atribuye un potencial superior y las excusas de la juventud! «Dejando de lado a ciertas personas creativas, los judíos son ya demasiado conscientes y diferenciados para encargarse todavía de las tensiones de un futuro que está por nacer. El inconsciente ario posee un mayor potencial que el judío. Ésa es la ventaja y el inconveniente de una juventud que todavía no está totalmente curada de la barbarie»⁷.

Esta colaboración, que duró varios años, fue objeto de una ocultación, tanto en Jung como en la comunidad jungiana internacional. Andrew Samuels, psicoterapeuta, miembro de la Sociedad Inglesa de Psicología Analítica, levantó en 1993 el velo de silencio que disimulaba esta dudosa implicación⁸, pues consideraba con razón que esta omisión agravaba la culpa.

VI.3. LA EVOLUCIÓN ULTERIOR

En agosto de 1933, Olga Fröbe-Kapteyn inaugura en Ascona, a orillas del lago Mayor, el primer encuentro de Eranos que se esfuerza en crear una mediación entre Oriente y Occidente en los dominios culturales, religiosos y psicológicos, un intento de intercambio de sus respectivas espiritualidades. Jung participa en estos encuentros, que también anima como líder, y cada año se

⁷ *La guérison psychologique [La curación psicológica]*, Ginebra, Georg, 1976, pág. 201.

⁸ A. Samuels, *The Political Psyche*, Londres-Nueva York, Routledge.

reencuentra con un público de científicos y de intelectuales, a quienes les presenta sus consideraciones sobre la alquimia, sobre la psicología de la religión y sus reflexiones sobre los pueblos primitivos, que estudia en el curso de sus viajes.

Las investigaciones de Jung toman cada vez más una orientación espiritual y mística.

Andrew Samuels⁹ también se interesa por el devenir de la psicología analítica, en la que distingue tres corrientes, clásica, arquetípica y evolutiva, según:

— por una parte, los aspectos teóricos privilegiados: el arquetipo, el Sí mismo, el desarrollo de la personalidad;

— por otra, la práctica clínica según la interpretación de la transferencia y de la contratransferencia, las experiencias simbólicas del Sí mismo durante la sesión, el centrado sobre las imágenes tales como surgen durante la sesión.

⁹ *The Cambridge Companion to Jung*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

VII

JUNG Y LA PSICOSIS: EL ALIENISTA Y EL TEÓRICO

De las ciencias naturales Jung se ha pasado a la medicina y, al final de sus estudios, vacila sobre qué orientación tomar. En 1959, le responde a John Freeman, que lo entrevista para la BBC: «En aquel momento, yo preparaba mi examen final y cayó en mis manos un manual de psiquiatría. Hasta entonces, ni siquiera se me había ocurrido pensar en la psiquiatría, porque a nuestro profesor, en aquella época, no le interesaba; únicamente leí la introducción de la obra, en la que ciertos aspectos de las psicosis estaban considerados como una inadaptación de la personalidad. Fue una revelación. Al momento comprendí que debía convertirme en alienista.» Acaba de descubrir que existe quizá una posibilidad de unificar las oposiciones internas contra las que se bate. Luego, a la pregunta de Freeman sobre su propio tipo psicológico, Jung responde con finura que puso mucha atención en esta cuestión y declara: «Es algo que cambia a lo largo de la vida, pero yo estaba muy caracterizado por el pensamiento. Siempre he reflexionado, desde muy pequeño, y tengo también mucha intuición. Y tenía dificultades con el sentimiento y mi relación con la realidad no era particu-

larmente brillante. A menudo estaba en desacuerdo con la realidad de los objetos. ¡Ahora tiene usted todos los datos necesarios para un diagnóstico!» Vemos que Jung había hecho su propio diagnóstico y sabía a qué atenerse desde tiempo atrás.

Jung no lo oculta: su primer objeto de estudio es él mismo. Su formación de psiquiatra y sus investigaciones representan la búsqueda de un conocimiento que le concierna esencialmente. Cuando se describe en su autobiografía, él mismo nos da, como dejó escrito Winnicott, «la representación de una infancia de esquizofrénico»¹, con esa extraordinaria capacidad para curarse a sí mismo. Desarrolló una excepcional introspección en la escucha y la percepción de los pacientes que sufren de desgarros mentales. En la época del colegio, ya se describe con esta doble personalidad: con la núm. 1, era el hijo de sus padres; con la núm. 2, se mantenía lejos del mundo de los humanos.

La ruptura con Freud lo arrastra a una profunda regresión, donde se confronta con fuertes alucinaciones. En este período, solo, se convierte de nuevo en su propio terapeuta.

VII.1. LA PRÁCTICA DE LA PSIQUIATRÍA Y LAS EXPERIENCIAS DE ASOCIACIONES

Jung se forma como psiquiatra en el momento que sirve de bisagra en la evolución de la psiquiatría. Eugen Bleuler aporta una nueva mirada sobre la psicosis, introduce la noción de *schize* y la de la patología dinámica;

¹ Winnicott, *ibíd.*

describe una tendencia disociativa primaria con síntomas reactivos: los delirios y las alucinaciones². Bleuler y Kraepelin ya conocen los trabajos de Freud, que Jung confronta con sus propias observaciones y sus experiencias sobre las asociaciones.

Deduca la noción de «complejo con tonalidad afectiva», así como un método de sensibilización al complejo, con la ayuda de indicios que representan el alargamiento del tiempo de reacción o la ausencia de reacción, las respuestas desviadas, estereotipadas, inadecuadas³. Los complejos están constituidos por un elemento nuclear y autónomo, independiente de la conciencia y cargado de significación. Acerca sus resultados a los obtenidos por libre asociación y afirma que su método permite disminuir la duración del análisis freudiano. Le debemos al psiquiatra Theodor Ziehen el término de «complejo», retomado por Jung en el sentido de un grupo de representaciones que forma un campo de la conciencia, tiene un funcionamiento autónomo y cuyo destino variable puede ser el de quedarse aislado o el de ligarse tanto en los registros inconsciente como consciente y que él a veces compara con demonios. Sin embargo, estos trabajos, publicados regularmente en el *Journal für Psychologie und Neurologie* de Leipzig entre 1904 y 1910, se llevan a cabo a partir de un caso de neurosis obsesiva y luego de un caso de histeria, y aportarán más informaciones sobre la neurosis que sobre la psicosis, algo que no dejará de criticarle Freud, quien se mostraba circunspecto sobre un término que encontraba «vago e inadecuado» (carta del 10 de enero de 1910 a su amigo el pastor Pfister). En efecto, «complejo» se ve separado de sus orígenes infantiles y se

² Bleuler, *Demencia precoz y otros grupos de esquizofrenia.*

³ *El hombre a la búsqueda de su alma*, cfr. Textos escogidos.

convierte más en un dato psicológico que en un proceso dinámico. En el lenguaje corriente, ha perdido toda su especificidad y en la terminología psicoanalítica sigue siendo esencialmente la expresión de procesos inconscientes organizadores del psiquismo, como el complejo de castración y el complejo de Edipo.

El término se vincula más tarde, en Jung, al concepto específico de arquetipo. «De manera intencional pongo aquí la expresión "imago" por delante de la de "complejo". Porque deseo dar al hecho psíquico que pienso designar por "imago", al escoger el término técnico, la independencia viva en la jerarquía psíquica, es decir, la *autonomía* que múltiples experiencias nos han enseñado ser la particularidad esencial del complejo afectivamente teñido y que pone bien en relieve el concepto de imago.» Añade luego: «*Imago* proviene de la novela del mismo título de Spitteler, y antes de la antigua representación de las *imágenes y lares*. En mis trabajos ulteriores, en lugar de imago empleo el término de *arquetipo* para expresar el hecho de que se trata de motivos impersonales y colectivos»⁴.

VII.2. PRINCIPIOS TERAPÉUTICOS

Jung le critica a Freud el aspecto propiamente psicoanalítico de su terapéutica, que denuncia como demasiado retrospectiva y reductora, y lo acusa de no desplegar lo bastante las perspectivas simbólicas. Pero sobre todo niega la importancia de la sexualidad infantil, así como toda teorización del deseo. Propone un enfoque prospectivo, sintético y constructivo, que explota

⁴ *Métamorphoses de l'âme et ses symboles* [Metamorfosis del alma y sus símbolos], núm. 5, pág. 100.

para la interpretación de los sueños. La comprensión de las representaciones alucinatorias, delirantes o simbólicas viene de su puesta en contacto con lo vivido por el paciente, pero también con un pasado que no le pertenece; estas representaciones son también portadoras del sentido por venir, un esbozo del devenir. Es importante desmantelarlas en componentes típicos que se deben reorganizar, pues la inducción proviene eventualmente del terapeuta. Este procedimiento se llama «amplificación».

Jung es uno de los primeros facultativos que practican la psicoterapia individual de los psicóticos, pero se ha abstenido de teorizarla, porque esta modalidad terapéutica le parece demasiado un caso especial. «Sería un error suponer que existen unos métodos más o menos adaptados de tratamiento. Las hipótesis teóricas, en este terreno, no cuentan prácticamente nada. También vale más evitar hablar de método»⁵. Sigue siendo extremadamente circunspeto en su trabajo clínico particular. Ve muchos pacientes, que hoy sin duda serían denominados casos límites; está sorprendido por el gran número de psicosis latentes enmascaradas por síntomas obsesivos y compulsivos, por fobias o por un cuadro histérico. Insiste en los signos precursores de una eventual descompensación y sobre los sueños de violencia, donde la destrucción abunda, donde aparecen imágenes de división, de catástrofe, de muerte o de fin del mundo. Preconiza una extrema prudencia, que el paciente se distancie de su propio inconsciente: «Estos signos exigen precauciones inmediatas, tales como: interrupción del tratamiento, restablecimiento cuidadoso de las relaciones con el entorno, cambio de medio, elección de otro terapeuta, evitación estricta de cualquier in-

⁵ Jung, *Esquizofrenia*, CW, 17, § 573.

terés por los contenidos del inconsciente y, en especial, por el análisis de los sueños»⁶.

Al mismo tiempo que se lo aplica a sí mismo en los momentos difíciles regresivos, pero también como higiene de vida, preconiza el juego, el dibujo, una práctica manual ocupacional. El dibujo y la pintura facilitan una representación de la situación interior a través de la forma y el color y autorizan el acceso a una imagen que permite introducir una distancia de los afectos. El artista y el enfermo mental están en un proceso perpetuo de creación que no es más que la exasperación de mecanismos presentes en todos los individuos. Jung afirma que el esquizofrénico, al igual que el artista, es portador de la esencia de su época.

VII.3. LAS CONCEPCIONES DE JUNG SOBRE LA PSICOSIS

Hasta 1908, a pesar de sus reservas sobre la psicosexualidad, Jung utiliza en sus publicaciones los conceptos de Freud. En su trabajo *Psicología de la demencia precoz*, compara en el plano de los complejos con «tonalidad afectiva» la sintomatología de la histeria y de la demencia precoz. Los complejos son al inconsciente personal lo que los arquetipos al inconsciente colectivo. Jung expone en primer lugar las diferentes concepciones de las corrientes psiquiátricas francesa y alemana de principios del siglo y de las investigaciones psicológicas en curso. Presenta las observaciones clínicas de pacientes afectados de demencia precoz y sus experiencias sobre las asociaciones. El paciente no encuentra respuesta asociativa a diversas palabras inductoras, o bien reacciona con mayor lentitud.

⁶ *Ibíd.*

El trastorno aparece cada vez que la palabra inductora tiene una incidencia moral o conflictiva para el paciente. «El complejo con tonalidad afectiva», puesto así en evidencia, puede tener efectos agudos en el momento del afecto o efectos crónicos, según se fije a un complejo ya existente que pone entonces en primer plano o según vaya a reunirse con la masa de los recuerdos latentes.

Se aleja de la semiología puramente descriptiva y elabora sus primeras concepciones de los complejos, los elementos psíquicos cuya disociación es imputable a influencias traumáticas o a ciertas tendencias propias del sujeto. El histérico se aferra a un complejo al cual quedan fijadas todas las asociaciones y las actividades psíquicas. El sujeto tiende a buscar el cumplimiento de los deseos del complejo sin poder jamás liberarse de él. Hay un lazo de causalidad entre el complejo y la enfermedad. En la demencia precoz existen uno o varios complejos cuya fuerza de atracción moviliza toda la actividad psíquica. Las ideas delirantes y las alucinaciones no son sólo síntomas, sino que dependen de las experiencias psíquicas del sujeto. En ambos casos, histeria y demencia precoz, existe una importante perturbación del complejo-yo a favor de otros complejos que se vuelven autónomos. El proceso es fundamental y radical en la psicosis y genera un proceso disociativo. Los diferentes complejos constituyen las diferentes facetas de una personalidad separada. Para el neurótico, el mecanismo es sensiblemente idéntico, pero existe un organizador central que evita la *schizo*, la escisión. Pero ¿con qué instancia se relaciona este organizador central? ¿Con el Yo? ¿Con el Sí mismo?

Hace ampliamente referencia a Freud: menciona una observación de paranoia presentada en las *Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, evoca la exploración de los mecanismos patológicos de *Psicopatología de la vida cotidiana*, cita *El chiste y su relación con el inconsciente*

y *Los sueños*. Pero el mecanismo responsable de la patología psicótica proviene de una afectación del Yo, cuya «función de realidad» está alterada, a causa de «la disminución del nivel mental», teoría que reanuda la de Janet. La calidad asociativa está alterada y deja pasar contenidos inconscientes que alimentan los complejos. Jung evoca la existencia de un factor específico: «¿Es el complejo lo que causó o precipitó la enfermedad en las personas que estaban predispuestas? ¿O bien había en el momento en el que surgió la enfermedad un cierto complejo que determinó los síntomas? ¿O incluso surgió entonces un factor desconocido X a partir de un complejo existente y lo transformó de tal modo que parece ser la causa?»⁷ A lo largo de su obra Jung evocará un factor tóxico, una alteración fisiológica, aunque, al mismo tiempo, intenta liberarse del sustrato biológico.

Freud se opone a la teoría de «la función de la realidad», porque, al ser de esencia no sexual, no responde a la teoría de la libido que subyace en la vida psíquica.

A partir de 1908, Jung desarrolla su propia teoría. Se apoya en una libido que no quiere origen sexual, sino que considera una energía psíquica global. Su ensayo *La psicología de la demencia precoz* contenía ya las premisas de las divergencias, pero la naturaleza sexual de la libido constituye para Freud el fundamento de toda vida psíquica. Al apartarse de lo sexual, Jung acelera la ruptura. Parte de la observación clínica de que existen dos actitudes elementales, evocadas inicialmente por Gross, la extraversión y la introversión, que representan dos grandes tipos clínicos opuestos: la histeria para el extravertido y la esquizofrenia para el introvertido. Cada una de estas patologías corresponde a modalidades específicas de con-

⁷ *Métamorphoses de l'âme et ses symboles [Metamorfosis del alma y sus símbolos]*, pág. 517.

sumo de la energía libidinal: hacia el exterior, hacia el objeto, para el histérico; hacia sí mismo, para el introvertido.

Si bien los delirios en el psicótico, pero también los sueños en cada individuo, ocultan un material personal, Jung insiste en el carácter colectivo de su contenido. Habla de un material arcaico que deja pasar fantasías que jamás le pertenecieron al individuo concernido, sino que se reencuentran en las leyendas y en los mitos y que subsisten bajo forma de rastros. En 1919 Jung definirá su concepto de arquetipo, que no cesará de reformular a lo largo del tiempo, utilizando la analogía entre las fuentes inconscientes de los síntomas primarios y los sueños y conectándolos de nuevo a las representaciones mitológicas, legendarias y religiosas. Se ve hasta qué punto Jung entra en un callejón sin salida en todo lo que puede depender de la simbolización primaria con esta teoría de los rastros filogenéticos, arcaicos y colectivos, pues elimina cualquier puesta en entredicho sobre la génesis de los procesos de simbolización. A pesar de que como psiquiatra y analista Jung sabe que la estructura y la evolución psicóticas no dependen de los contenidos del inconsciente, sean cuales sean las modalidades de su figuración, es la investigación del significado de los contenidos lo que ha orientado la continuación de sus investigaciones, su interés por la simbología, la alquimia, la filosofía hermética. El camino espiritual que se precisa hacia 1929 con *El secreto de la flor de oro* alcanzará ulteriormente la dimensión mística de la que siguen debatiendo sus adeptos y sus detractores.

«Desde hace años no he cesado de decir, tanto en mis escritos como en mis clases, que el concepto de libido había que tomarlo en un sentido muy general, un poco como un instinto de conservación de la especie, y que en la terminología psicoanalítica no significaba en ningún caso "excitación sexual localizada", sino que recubría toda

tentativa y voluntad que sobrepasaba la supervivencia individual; es en el sentido como debe ser utilizada»⁸.

En 1914, en *Introducción al narcisismo*, Freud escribe en su polémica con Jung: «Recordemos además que las investigaciones de la Escuela de Zúrich, a pesar de todo su mérito, elucidaron sólo dos puntos del cuadro de la demencia precoz: la existencia de los complejos, ya reconocidos en los individuos sanos y en los neuróticos, y la analogía de sus formaciones fantasmales con los mitos de los pueblos; pero estas investigaciones no pudieron arrojar ninguna luz sobre el mecanismo de entrada en la enfermedad. Esta comprobación nos permitirá rechazar la afirmación de Jung según la cual la teoría de la libido había fracasado en su intento de vencer la demencia precoz y, por eso mismo, estaría también descalificada en lo relativo a las demás neurosis»⁹.

VII.4. EL INCESTO EN JUNG

«En el momento de mi trabajo sobre las *Metamorfosis y símbolos de la libido*, hacia el final, sabía de antemano que el capítulo sobre "El sacrificio" me costaría la amistad de Freud. Debía exponer en él mi propia teoría del incesto, de la metamorfosis decisiva del concepto de libido y de otras ideas que me separaban de Freud. Para mí, el incesto constituye sólo en casos extremadamente raros una complicación personal. La mayoría de las veces representa un contenido altamente religioso y por esa razón desempeña un papel decisivo en casi todas las cos-

mogonías y en numerosos mitos»¹⁰. Efectivamente, la ruptura con Freud tiene lugar, y para Jung significa el inicio de ese período de desorientación, de «incertidumbre interior», lleno de sueños, de alucinaciones, de sufrimientos, que va a durar varios años.

En esta segunda parte de las *Metamorfosis*, Jung desarrolla la noción de sacrificio, que entrecruza con el destino del incesto. No es el padre quien prohíbe la relación incestuosa, es el Yo en un proceso de diferenciación que renuncia a la fusión con la madre y se libera de su influencia: se trata del «Edipo primordial» bajo la forma de una búsqueda incestuosa del regreso al vientre materno. El rito del sacrificio se aplica a una parte del Yo hasta una totalidad que corresponde entonces a la eventualidad del sacrificio de sí mismo.

Por su parte, Freud plantea en *Tótem y tabú* la problemática de sus reflexiones todavía por venir, pero sobre todo afirma la supremacía de la triangulación edípica a través del mito del homicidio del padre por parte de los hijos de la horda primitiva, el acto parricida fundador del orden social. Le escribe a Ferenczi: «En mi controversia con Zúrich, este libro viene justo a tiempo para dividirnos, como el efecto de un ácido sobre la sal»¹¹.

Metamorfosis y símbolos de la libido, subtítulo *Análisis de los pródromos de una esquizofrenia*, es un libro extremadamente denso y difícil de seguir, incluso para los jungianos más convencidos. Publicado en dos tandas en el *Jahrbuch*, lo rehace varias veces y luego lo reedita en 1952 bajo el título de *Metamorfosis del alma y sus símbolos*. La primera parte es una tentativa de síntesis entre las teorías

⁸ *Aspects généraux de la psychanalyse*, informe al XII Congreso de Medicina en Londres, Encéphale, VIII, 1913.

⁹ En *La vida sexual*, pág. 88.

¹⁰ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 195.

¹¹ *Correspondance Freud-Ferenczi [Correspondencia Freud-Ferenczi]*, carta del 13 de mayo de 1913.

psicoanalíticas y los conceptos de la filología comparada, de la mitología y de la biología evolucionista. La obra está impregnada de un simbolismo religioso dominado por el culto del sol: «La comparación de la libido con el sol y el fuego es análoga en su esencia»¹². Jung se apoya en los materiales fantasmales de Miss Miller, una joven paciente estadounidense de T. Flournoy que los había publicado bajo forma de poema épico en los *Archives de Psychologie* de Ginebra. Fascinado por su dimensión mitológica, Jung le aplica a las fantasías regresivas y disociadas de Miss Miller su método de análisis amplificador y les da una interpretación que se apoya en sus conocimientos sociológicos, etológicos y mitológicos.

El proyecto de unión entre metafísica y parapsicología de las *Metamorfosis* apenas le gusta a Freud, que no es en absoluto partidario de una espiritualización del pensamiento psicoanalítico, pero la ruptura sólo se consumará al recibir la segunda parte.

Los procesos que conducen a la «individuación» y a la disociación esquizofrénica son mecanismos regresivos comunes que, para Jung, dependen de una problemática del incesto materno. «Hay que insistir en el hecho de que el mito (solar, en particular) muestra que el deseo incestuoso se basa muy poco en la convivencia y mucho más en la idea de volver a ser niño, de regresar bajo la protección materna, de volver a la madre para ser de nuevo reengendrado por ella. En el camino que conduce a este fin hay un incesto, es decir, una necesidad de regresar como sea al seno materno, y uno de los más sencillos consiste en fecundar a la madre y reproducirse así idéntico a sí mismo»¹³. Se puede entender que tales fantasmas de

¹² *Metamorfosis y símbolos de la libido*, pág. 92.

¹³ *Ibíd.*, pág. 376.

autoengendramiento nunca hubieran recibido el aval de Freud.

El fantasma de unión primordial, de fusión arcaica con la madre, se encuentra compensado por una fuerza antagonista, que empuja hacia la separación y la progresión. No se trata de la presencia separadora de un tercero paterno, de una «censura de la amante»¹⁴. Estamos en un mundo anterior al «nombre del padre», un universo de tendencias primitivas, para las cuales Jung se refiere a las leyendas y a los mitos: «No puede ser el tabú del incesto lo que hizo salir a los hombres del estado psíquico primero de la no diferenciación, sino la tendencia evolutiva particular del hombre, que lo distingue tan radicalmente de otros animales, lo que le impuso el tabú del incesto»¹⁵.

La búsqueda incestuosa empuja a un proceso regresivo de enfrentamiento con el inconsciente, y que lleva a la locura, a la destrucción psíquica o a la aflicción dolorosa por el sacrificio de la separación, lejos de la madre. «... Lo que se produce en la fantasía del incesto y del seno materno es una inmersión de la libido en el inconsciente, en el curso de la cual, por una parte, provoca reacciones infantiles personales y, por otra parte, anima las imágenes colectivas que poseen el valor de compensación y de salvación que el mito tuvo siempre»¹⁶.

Jung repite el mito del héroe y, tras Abraham, el de Prometeo. Desde la identificación recíproca del héroe al símbolo del fuego, pasa al sol. El fuego y el sol también son equivalentes simbólicos de la libido, el ciclo del sol remite al nacimiento y a la resurrección del héroe. El héroe es también quien se engendra a sí mismo en el seno

¹⁴ M. Braunschweig y M. Fain.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 680.

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 683.

de su propia madre. La riqueza de la materia y el desarrollo exhaustivo suscitan en el lector una impresión de confusión. Este mito solar del héroe es el intento jungiano de resolver, evitándola, la problemática edípica.

Al tema del incesto responde la noción de sacrificio. Desarrolla este tema en *Las raíces de la conciencia*. Se trata, para cumplir su propio destino, de renunciar a esta fusión con la madre, pero «el acto del sacrificio tiene también el sentido de una fecundación de la madre»¹⁷. De la destrucción surgen nuevas energías fecundantes. Se trata en cierto modo de un juego dialéctico y dual entre el Yo y el inconsciente, el sacrificio es siempre sacrificio y pérdida de una parte de sí mismo; se trata de un proceso de sacrificio permanente.

En *Psicología de la transferencia*, Jung sitúa el incesto en una perspectiva cuaternaria y ya no dual; mientras tanto, ha estudiado la alquimia y utiliza la simbología ilustrada en el *El rosario de los filósofos*. Define el incesto por «el grado de unión de los semejantes que sigue inmediatamente a la idea original de la autofecundación»¹⁸, lo que en cierto modo es una segunda teoría del incesto. La libido se ha convertido en una libido endogámica, surge de la tensión que resulta de la unión de los semejantes en su dimensión incestuosa, como la unión del rey y de la reina, del hermano y de la hermana y la atracción de los polos opuestos en el registro de la diferenciación. La emergencia de la relación arcaica tiene como origen la separación de la madre, pero el padre permanece irrevocablemente ausente en la teoría jungiana.

¹⁷ *Les racines de la conscience [Las raíces de la conciencia]*, París, Buchet-Chastel, 1971, pág. 128.

¹⁸ *Psychologie du transfert [Psicología de la transferencia]*, pág. 89.

VIII

ALGUNOS ELEMENTOS DE TEORÍA

Jung se esfuerza por determinar las raíces históricas y una conceptualización fenomenológica de la psicología del hombre moderno como resultado de una larga evolución. Desarrolla una concepción etnológica y afirma su rigor empírico. Pero utiliza instrumentos especulativos que se salen del marco teórico propiamente psicoanalítico y lo conducen a la elaboración de una «psicología analítica», que construye a partir de datos culturales, religiosos y mitológicos.

Incluso esto aparece en un registro negativo, no hay debate alguno sobre la psicología jungiana que no se refiera a Freud¹. Por su parte, los freudianos olvidan fácil-

¹ La escisión se produce cuando Freud comienza sus escritos metapsicológicos, en el momento en que reflexiona sobre el narcisismo y donde la teoría del impulso de muerte y su corolario, la segunda tópica, está en germen. Muchos críticos jungianos atacan lo que denominan el reduccionismo de la teoría freudiana. Se refieren a la teoría freudiana de ese período de separación que hoy se llama teoría de la primera tópica psíquica (inconsciente, preconsciente, consciente) y a las teorías sexuales infantiles innovadoras de aquella época sobre las que se articula la teoría de la representación.

mente el impacto de Jung en el «Profesor» y la pertinencia de sus cuestionamientos, que condujeron a Freud a reelaborar toda la teoría; el inconsciente abandona la especificidad de instancia que tenía en la primera tónica para habitar las nuevas instancias que son el Yo, el Ello y el Superyó en tanto que calidad psíquica. Pero, tal como vimos, la investigación en el terreno de la Simbología aparta a Jung del estudio de los procesos de simbolización. Procura demostrar el sentido espiritual de la vida, su numinescencia².

VIII.1. EL MÉTODO

Jung dice que su método es empírico, pero es también especulativo. Se trata de elaborar una *Weltanschauung*, una visión espiritual del mundo.

Jung ha escogido introducir términos específicos, de los que da definiciones repetidas veces en sus escritos y reformula una teoría de la representación. «Todo lo que experimento es psíquico, hasta el dolor físico, del que sólo siento la transcripción psíquica. Todas las percepciones de mis sentidos que me imponen un mundo de objetos espaciales e impenetrables son imágenes psíquicas que representan mi experiencia inmediata, son los únicos datos inmediatos de mi conciencia... Todo lo que conocemos está hecho solamente de materiales psíquicos... El psicólogo debe apoyarse sobre esta realidad, la realidad de lo psíquico»³.

² «Numinescencia» viene de *numinosum*, del latín *numen*, «ser sobrenatural». Es un término utilizado por Rudolph Otto y retomado por Jung. Designa la calidad de una experiencia inmediata indecible con connotación divina.

³ *L'homme à la découverte de son âme [El hombre a la búsqueda de su alma]*, París, Payot, 1962, pág. 51.

Como terapeuta, se interesa por pacientes neuróticos y psicóticos, pero él mismo es su propio dominio electivo de investigación; escribe que sus teorías «son proposiciones y ensayos que pretenden formular una nueva psicología científica basada, en primer lugar, en la experiencia directa adquirida sobre el propio hombre»⁴. Subyugado por lo absoluto y a la búsqueda de la verdad, tiende a desarrollar su reflexión, se apoya en múltiples referencias culturales y su aspiración a ser exhaustivo lo arrastra por la vía de una complejidad sincrónica y diacrónica que a veces vuelve sus trabajos oscuros, incluso para sus colaboradores más cercanos. Jung siempre se apoya en su intuición. Su personalidad, más que en cualquier otro teórico, impregna su sistema: «Incluso cuando me ocupo de datos empíricos, hablo necesariamente de mí»⁵.

Prosigue y rehace constantemente los conceptos, re compone y refunda totalmente sus primeras obras, en particular *Metamorfosis y símbolos de la libido*, reeditada en 1952 con un nuevo título: *Metamorfosis del alma y sus símbolos*.

VIII.2. EL ARQUETIPO Y EL INCONSCIENTE COLECTIVO

El arquetipo es un concepto sobre el que se podría decir, si dicha expresión no perteneciera a la definición de la pulsión (pero para la pulsión se trata de una exigencia de trabajo entre psíquico y somático), que se sitúa en el límite de lo psíquico y de lo biológico. Los arquetipos constituyen para Jung la matriz del inconsciente colectivo.

⁴ *Ma vie [Mi vida]*, prefacio.

⁵ *Collected Works*, 4, 774 (Freud and analysis).

El inconsciente colectivo es una noción que Jung no definió nunca de manera unívoca, es un devenir ya pasado. Postula que el inconsciente está constituido por dos partes, la personal, el inconsciente, tal como lo definió Freud, y el inconsciente colectivo, constituido por instintos, por pulsiones, por representaciones y por fantasmas que no dependen de la historia individual del individuo. Esta noción proviene de su práctica y de su reflexión psiquiátrica. Los pacientes psicóticos hospitalizados en Burghölzli le hacen pensar que existen unas formas estructurales típicas que rebosan los sistemas singulares de representaciones individuales y no dependen de la inscripción de una experiencia personal, sino de un indicio de universalidad: «El carbono del cuerpo humano es simplemente carbono; la psique, en lo más profundo de sí misma, no es más que universo»⁶.

En la cálida época de sus primeros intercambios, pero también posteriormente bajo otra forma, Freud se muestra benévolo con respecto a las tesis de su nuevo amigo. En 1910 escribe: «Su concepción profunda de la simbología cuenta con toda mi simpatía... Me gustaría dominar —lo arcaico regresivo— por medio de la mitología y del desarrollo del lenguaje.»

En 1911: «Si existe una memoria filogenética del individuo, lo cual por desgracia pronto ya no se podrá seguir negando...»

En 1912, Freud señala como una de las aportaciones mayores de Jung la demostración de la herencia filogenética y simbólica. Lo hará de nuevo en *Moisés y la religión monoteísta*.

Lacan, en otro lenguaje, concibe un orden simbólico que organiza lo imaginario a partir de una cadena signi-

⁶ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 457.

ficante que preexiste a la existencia del sujeto —«no es el sujeto quien introduce el orden simbólico»⁷ e inscribe el deseo en un registro narcisista y no sexual.

El arquetipo es una forma preexistente e inconsciente que escapa de toda representación y se manifiesta de manera espontánea e independiente en forma de imágenes típicas llamadas representaciones arquetípicas. Los mismos temas se reencuentran en los mitos, los cuentos, los fantasmas, los delirios. Adquieren un valor universal y aparecen en todos los individuos. El arquetipo, «representación inconsciente», no tiene contenido determinado. Como preestructura incoativa, puede adquirir una cierta representación a partir de imágenes primordiales que se vuelven conscientes a través del material de la experiencia actual del individuo. El arquetipo es una forma potencial que se parecería al instinto y, como él, jamás se manifiesta como tal. «La verdadera esencia del arquetipo no puede volverse consciente; es trascendental: por eso la llamo psicoide»⁸.

La noción de arquetipo ha evolucionado en la concepción jungiana. Inicialmente considerada como un dato innato, heredado y por lo tanto inmutable, ha llegado a ser preconcepción que sirve de soporte a la inscripción de la experiencia individual: «Según lo que sé, no hay herencia de recuerdos individuales prenatales o preuterinos; pero hay sin duda unos arquetipos innatos, aunque estén privados de contenidos, porque al principio no contienen ninguna experiencia personal. Sólo surgen en la conciencia (se vuelven conscientes) cuando la experiencia personal los vuelve visibles»⁹. No se trata de

⁷ Lacan, conferencia del 8 de julio de 1953: «Le symbolique, l'imaginaire et le réel».

⁸ *Les racines de la conscience [Las raíces de la conciencia]*, pág. 576.

⁹ *Libro tibetano de los muertos*, Introducción.

creación psíquica, sino del descubrimiento de procesos autónomos y espontáneos.

Jung se preocupa menos del aparato psíquico que de aclarar elementos dinámicos inconscientes, que va a organizar en forma de sistemas arquetípicos. Cada uno de sus sistemas es en cierto modo una virtualidad dinámica que corresponde a una figura del otro, a la vez dentro y fuera del sujeto.

— La *Sombra* se acerca a la noción psicoanalítica de lo reprimido. Es una figura del mismo sexo que habita los sueños y los fantasmas del individuo, es la contrapartida de la personalidad consciente y pertenece al registro de lo que Jung llama la identidad arcaica: «Como elemento del inconsciente personal, la sombra procede del Yo; pero como arquetipo del eterno antagonista, procede del inconsciente colectivo»¹⁰. Como emergencia actual de los movimientos más reprimidos y, por lo tanto, más incumplidos, Jung precisa: «La figura de la sombra personifica el conjunto de lo que el sujeto no reconoce y que directa o indirectamente lo persigue sin cesar»¹¹.

— La *Persona* es la manera con la que el individuo se comunica con el mundo y designa el aspecto de la personalidad en su medio, lo que la persona cree ser y la imagen que quiere mostrar. Está emparentada con el falso *self* winnicottiano, pero sin la connotación negativa. No se trata de desenmascarar exigencias de la vida social, sino de no dejarse abusar a sí mismo.

— El *Sí mismo* es el arquetipo central. Totalidad del hombre, está figurado por representaciones simbólicas tales como el círculo, el cuadrado, la cuaternidad, el mandala. El

¹⁰ *Ma vie [Mi vida]*, pág. 459.

¹¹ *La guérison psychologique [La curación psicológica]*, Ginebra, Georg, 1970, pág. 271.

Sí mismo abraza la totalidad de la psique consciente e inconsciente, y, por eso, permanece incognoscible para siempre. A la vez centro y circunferencia, principio y fin, es el núcleo verdadero de la personalidad. Comprende el Yo, centro de la conciencia y contenido de conciencia, que de entidad separada se ha asociado con el Sí mismo para constituir el arquetipo Yo-Sí mismo. *Ichhaftigkeit*, «el afecto por ser yo», representa la problemática narcisista e implica para la constitución del sujeto un proceso de transformación que comprende conflictos, sacrificios y mutación.

La idea del Sí mismo toma cuerpo en la representación del mandala, el círculo mágico y el símbolo universal. «Yo sabía que con el mandala, como expresión del sí mismo, había alcanzado el último descubrimiento que me sería dado alcanzar. Posiblemente otro sabrá más sobre eso, pero no yo»¹².

— *Animus* y *Anima* son inconscientes complejos, instancias constitutivas de la bisexualidad psíquica. Muy activos, participan a espaldas del sujeto en la constitución de su identidad sexuada, *anima* para el hombre, *animus* para la mujer, y condicionan la relación del sujeto con el otro sexo. Su acción, más bien negativa mientras escapan de la conciencia, contribuye a la maduración psíquica puesto que ya no ejercen más su influencia inconsciente sobre el Yo. Estos componentes del psiquismo no dependen de una interiorización de las representaciones de los padres, son las primeras actualizaciones de una disposición hereditaria inconsciente e innata.

— La *Gran Madre* difiere considerablemente de la madre originaria y nutricia y no tiene ninguna medida humana. Es la matriz inconsciente del sujeto, la energía psíquica que se crea y se suprime al mismo tiempo, figura

¹² *Ma vie [Mi vida]*, pág. 229.

de autoengendramiento y de autodevoración, simbolizada por el *Ourobouros*. Crea y destruye, reanima y castra, protege y aterroriza, siempre peligrosamente buena y mala.

En esta indeterminación de energía que representa el inconsciente colectivo con su preestructura arquetípica y su ausencia de límites, Jung procura dar cuenta de la discontinuidad mediante lo que llama la sincronicidad para dar sentido a la aparición simultánea de fenómenos fortuitos, coincidencias, y explicar el azar. Los arquetipos están más allá del psiquismo, cuyas configuraciones no son más que los acontecimientos psíquicos en sí mismos. La psique se convierte en una entidad fuera del individuo, que se sitúa fuera del tiempo y del espacio. «Cuanto más profundas y oscuras son las capas, más pierden su originalidad individual. Cuanto más profundas son, es decir, más se acercan a sistemas funcionales autónomos, más se vuelven colectivas y acaban por universalizarse y apagarse en la materialidad del cuerpo, es decir, en los cuerpos químicos»¹³.

VIII.3. EL SUEÑO

El sueño es la vía regia para explorar el inconsciente. Jung leyó *La interpretación de los sueños* en el momento de su publicación. Durante sus intercambios y sus conversaciones, Jung y Freud se interpretan mutuamente sus sueños. Pero cada uno guarda para sí mismo sus asociaciones, explícitamente en el caso de Freud, por omisión en el de Jung, que relata en sus memorias haber preferido contar «mentiras», asociaciones falsas, durante el viaje a Estados Unidos...

¹³ *Ibid.*, pág. 457.

Sin embargo, la manera en que Jung entiende el sentido y la finalidad del sueño se aparta considerablemente de la concepción de Freud. Por otra parte, para este último «el verdadero camino» es la interpretación del sueño, con esa distinción fundamental que hace entre el trabajo del sueño y el trabajo de interpretación del sueño. El sueño considerado como la realización de un deseo inhibido se convierte para Freud, en «29ª conferencia. Revisión de la doctrina de los sueños», en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en un intento de cumplir dicho deseo.

VIII.3.1. *La función del sueño en Jung*

El sueño es un fenómeno psíquico natural, con una autonomía y una finalidad propias. El sueño, «expresión directa de la actividad psíquica inconsciente»¹⁴, de sus complejos, da una idea bastante precisa de la situación del soñador. El inconsciente, medio del sueño (pero también del ensueño en el estado de vigilia, las visiones, las fantasías), tiene una función complementaria y compensadora. «Cuanto más sea de un extremismo exclusivo la actitud consciente, alejándose así de posibilidades vitales óptimas, más habrá que contar con la posible aparición de sueños vivaces y penetrantes, de contenido muy contrastado pero juiciosamente compensador, como expresión de la autorregulación psicológica del individuo»¹⁵. El sueño es la expresión, pues, del estado del inconsciente en el mismo momento en que el soñador sueña, da acceso al «psiquismo objetivo» y presenta una función de autorregula-

¹⁴ *La dialectique du Moi et de l'inconscient [La dialéctica del Yo y del inconsciente]*, pág. 295.

¹⁵ *L'homme à la découverte de son âme [El hombre a la búsqueda de su alma]*, pág. 217.

ción de la psique. Las imágenes oníricas con potencialidad simbólica tienen un valor intrínseco y poseen su propio dinamismo. Para Jung, la interpretación freudiana de los sueños se queda siempre más allá de su acepción, el símbolo permite que se establezca una relación de proximidad del consciente con el inconsciente individual y el inconsciente colectivo, en su especificidad incognoscible.

Y, sobre todo, el sueño tiene una función prospectiva con un valor anticipador de la actividad psíquica por venir. «La función prospectiva, por el contrario, se presenta bajo la forma de una anticipación en el inconsciente de la actividad consciente futura; evoca un bosquejo preparatorio, un esbozo de líneas generales, un proyecto de plan ejecutorio»¹⁶. Más allá del punto de vista causal, Jung da una importancia primordial a este aspecto prospectivo, particularmente en el marco de los enfoques terapéuticos: «Esto se aplica, ante todo, a los sueños iniciales, es decir, a aquellos que se sueñan al principio de un análisis. Porque cada sueño es un órgano de información y de control»¹⁷.

Este poder que Jung confiere al sueño se acompaña de una fascinación por la función que llama «trascendental»: «No estamos en situación de resolver los problemas más cruciales de nuestra vida, pero con paciencia podemos trascenderlos»¹⁸. Jung interpreta sus sueños. Les da a varios de ellos un significado determinante, del que habla en *Mi vida*: los dos sueños de la infancia, que determinan la elección de sus estudios cuando duda entre las ciencias naturales y la arqueología, el sueño de Sigfrido y otros muchos.

Distingue diferentes tipos de sueños, clasificados en tres grandes categorías. En la primera de ellas, el nivel se

¹⁶ *Ibid.*, pág. 219.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 262.

¹⁸ *L'homme à la découverte de son âme [El hombre a la búsqueda de su alma]*, pág. 91.

sitúa más o menos cerca del consciente, en contacto con los restos diurnos y la situación actual del soñador. La segunda está vinculada con una movilización del inconsciente por lo vivido actual del paciente y, en la tercera categoría, el sueño puede carecer de conexión particular con los elementos del consciente. Las representaciones oníricas, en este caso, son imprecisas y generales; originales, provienen de una movilización del inconsciente colectivo.

VIII.3.2. *El trabajo sobre el sueño*

La sesión de análisis se centra en el sueño, que se trata de explorar en todas las direcciones y bajo todos los ángulos, saliendo del marco de la asociación libre a través de un «intervencionismo» activo por parte del terapeuta. La intervención se justifica por la emergencia de representaciones atribuidas al inconsciente colectivo, es decir, proveniente de un patrimonio común.

Jung distingue el centro nuclear y las series: el sueño no se puede interpretar con independencia del soñador y se inserta en una serie no cronológica que irradia a partir de un centro lleno de sentido. El trabajo de análisis se esfuerza en descubrir el significado de este centro. «Por regla general, un sueño pertenece a una serie de sueños. Lo mismo que, en el consciente, existe una continuidad —aparte de que regularmente se ve interrumpida por el sueño— también existe aparentemente una continuidad en la continuidad de los procesos inconscientes. En todo caso, mi experiencia se pronuncia a favor de la probabilidad de que los sueños son los eslabones visibles de una cadena de acontecimientos inconscientes»¹⁹.

¹⁹ *Psychologie et religion [Psicología y religión]*, París, Buchet-Chastel, 1958, pág. 58.

— La amplificación: el procedimiento dialéctico necesita la participación activa del terapeuta, que propone sus propias asociaciones, referencias simbólicas, cuentos o mitos, para relanzar y ensanchar la cadena asociativa. Esta técnica consiste en abandonar el registro de la libre asociación para dirigir el trabajo asociativo del paciente. El procedimiento se denomina método de amplificación. «La amplificación siempre está indicada cuando se trata de un acontecimiento oscuro, cuyos leves datos se deben aumentar con un contexto psicológico para que se vuelvan comprensibles. Por eso recurrimos a la amplificación en la psicología analítica, para interpretar los sueños. Porque el sueño es una indicación demasiado pobre para la inteligencia del texto; hay, pues, que enriquecerlo con los productos de la asociación y materiales análogos, hasta que sea lo bastante consistente como para comprenderlo»²⁰.

— La imaginación activa, que es una especie de corolario del procedimiento de ampliación de los sueños, se despliega a partir de una imagen, la mayoría de las veces tomada de un sueño, pero que también puede provenir de fantasmas, de excitaciones visuales y auditivas. Su objetivo consiste en enriquecer la representación inicial y hacerla trabajar en todas las direcciones posibles, con el fin de tender hacia la expresión ideal del principio que la subtiende.

¿En qué nivel se sitúa el proceso creativo? ¿En el del sueño, mecanismo proyectivo incestuoso, ya acto psíquico de simbolización en sí mismo, o en el de la interpretación del sueño, es decir, en el reconocimiento de un deseo interpretativo que se sitúa a posteriori? ¿Podemos pasar sin distorsión epistemológica del análisis individual de las imágenes oníricas al análisis colectivo de la trascendencia del mito?

²⁰ *Psychologie et alchimie [Psicología y alquimia]*, pág. 397.

— El plano del objeto y el plano del sujeto: la interpretación se hace según un procedimiento heurístico original en dos planos: el del objeto y el del sujeto, es decir, con una doble interpretación. Según el plano del objeto, la interpretación se interesa por la vida relacional y por los personajes reales del entorno del sujeto y se desprende de la finalidad simbólica, mientras que, según el plano del sujeto, las representaciones oníricas se entienden como la expresión de la vida psíquica interna del soñador, ya se trate de unos personajes o de escenarios. El mismo personaje representa tanto a un personaje del entorno del soñador como una disposición, una calidad, una potencialidad propia al soñador. La interpretación permite el descubrimiento del sentido de una representación, facilita la integración y abre la vía del proceso de individuación. Todo enfoque analítico, antes de abordar los problemas generales de lo humano, privilegia en primer lugar la experiencia o incluso la dimensión estrictamente individual. «Hay que ocuparse siempre primero del inconsciente personal, es decir, hay que hacerlo consciente»²¹.

VIII.3.3. *Polémica*

En 1913, Freud publica *Un sueño como testimonio*. En este texto, recuerda las resistencias de ciertos psicoanalistas, y «no de los menores», que descuidan la dimensión onírica de cumplimiento del deseo a favor de concepciones de representación de la situación actual del inconsciente. Freud considera que estas concepciones conducen a «renegar el punto de vista de la dimensión profunda del psiquismo, es decir, el punto de vista del psicoanálisis».

²¹ *Ibíd.*, pág. 98.

Para Jung, la teoría del sueño como modelo de la «realización alucinadora del deseo» es limitada y sólo corresponde a una interpretación reductora del trabajo del sueño. Responde: «No obstante, debo resaltar que, en su trabajo *Un sueño como testimonio*, usted manifiesta una concepción de su opiniones que se basan en un malentendido. Este malentendido se refiere al conflicto actual, que no es para nosotros el pequeño disgusto diario, sino el problema de la adaptación. Un segundo malentendido parece ser que usted piensa que negamos la teoría del sueño como realización del deseo»²². En *El hombre a la búsqueda de su alma* escribe: «Reconocemos plenamente la rectitud de la realización del deseo, pero afirmamos que esta manera de interpretar sólo toca la superficie, que por lo esencial se detiene en el símbolo, y que, por consiguiente, todavía se puede analizar más.» Desarrolla una teoría dual sobre la función del sueño: causalidad y finalidad: «El simbolismo de los sueños, tan controvertido, se apreciará de modo muy diferente según se lo considere desde el punto de vista causal o desde el punto de vista final»²³. Un poco más adelante: «He llegado a pensar que la concepción freudiana, que sólo distingue esencialmente en los sueños la realización de los deseos y la proyección del sueño, es demasiado estrecha, mientras que es preciso retener la idea fundamental de una función biológica compensadora. Esta función es sólo subsidiariamente compensadora con relación al sueño. Su objeto principal es la vida consciente. Los sueños se comportan como compensaciones de la situación consciente que los vio nacer»²⁴.

²² *Correspondance 355 J [Correspondencia 355 J]*.

²³ *El hombre a la búsqueda de su alma*, pág. 209.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 216.

VIII.4. LA TRANSFERENCIA

Jung, a lo largo de su obra, reconoce la importancia de la transferencia en su doble acepción positiva y negativa, fenómeno natural pero, sin embargo, específico del proceso analítico en el marco determinado de la relación terapéutica, cuya interpretación puede traer su resolución. Afirma repetidas veces, incluso en sus últimas obras, que siempre estuvo de acuerdo con Freud en este punto: «El alto significado que Freud concedía al fenómeno de la transferencia apareció en mí claramente en el momento de nuestro primer encuentro en 1907. Tras una conversación de varias horas, hubo una pausa. De repente, me preguntó: “¿Y qué piensa de la transferencia?” Le respondí con la convicción más profunda que era el alfa y el omega del método analítico. A lo cual me respondió: “Entonces ha comprendido usted lo esencial”»²⁵. Insiste en la implicación del terapeuta en este trabajo, que debe integrar la dimensión contratransferencial. Como siempre, Jung busca la correspondencia en su material privilegiado de investigación, que es la alquimia. «El arte requiere al hombre entero, dice un tratado alquímico. Esto también se aplica, en toda su amplitud, al trabajo psicoterapéutico. Hay casos que no sólo exigen una implicación real, más allá de la rutina profesional, sino que lo imponen si no se quiere poner toda la empresa en peligro para esquivar su propio problema que se ve surgir por todas partes con una intensidad cada vez mayor»²⁶. Se esfuerza por desarrollar el aspecto anhistórico y afirma que sus sueños y su interpretación lo han iluminado, como en todos sus

²⁵ *Psicología de la transferencia*, pág. 24.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 55.

cuestionamientos y sus preocupaciones. Tres de sus obras constituyen una entidad de su reflexión sobre el asunto: *Psicología y alquimia* (1944), *Psicología de la transferencia* (1946) y *Mysterium Conjunctionis* (1956).

A partir de las imágenes simbólicas de la alquimia, enfoca los procesos de transferencia de un modo analógico, apoyándose en uno de los presupuestos fundamentales de la alquimia, nacido de la filosofía mística: la «transmutabilidad de los elementos químicos». Se basa en la idea de matrimonio místico en su representación de la combinación química: conjunción o acoplamiento. El incesto representa un estado de origen y se sitúa para Jung en el centro de la relación transferencial. Para representar el proceso, utiliza un texto alquímico, *El rosario de los filósofos*, del que comenta las ilustraciones, que representan el trayecto de una pareja incestuosa que él compara a los compañeros de la pareja analítica, paciente-terapeuta, figurando así el encuentro de sus inconscientes. El matrimonio del rey y de la reina representa el arquetipo de la unión de los contrarios, que Jung considera como la esencia del alma no individual impuesta al individuo y que no depende de su propia experiencia. «El alma está en el individuo aislado lo mismo que también está en un gran número y, finalmente, está en todos. Constituye la base de toda psique individual, así como el mar lleva las olas»²⁷.

La evolución del proceso tiende, para Jung, a la realización de la conjunción de los polos opuestos y a la emergencia del Sí mismo. «El Sí mismo no sólo es el centro, sino que es también la circunferencia completa que abraza a la vez consciente e inconsciente; es el centro de esta totalidad, al igual que el Yo es el centro de la conciencia»²⁸.

IX

LA APORTACIÓN DE JUNG AL MOVIMIENTO Y A LA TEORÍA DEL PSICOANÁLISIS

IX.1. UN PAPEL FUNDAMENTAL EN LA APERTURA INTERNACIONAL

El joven psiquiatra con gran futuro universitario se ha dedicado a «La Causa» y participa apasionadamente en la difusión de la teoría psicoanalítica en el universo psiquiátrico. Ha sido el primero en citar a Freud en sus trabajos y se ha convertido en divulgador de sus ideas en los congresos europeos de neuropsiquiatría. Sus posturas son valientes, afirma en sus memorias haber recibido advertencias de profesores eminentes del peligro que corría su carrera si persistía en defender el punto de vista freudiano. Se describe en aquella época como «defensor» de Freud. Podemos decir que, durante algunos años, efectivamente es el «defensor» del psicoanálisis y asegura su auge en el mundo entero. El entusiasmo y el apego de Freud por «el hijo elegido» movilizan la ambivalencia de este último con respecto al «Profesor», reservas que Jung le formulará repetidas veces al propio Freud y, en sus últimos años, a Aniela Jaffé por la aserción de una seducción homosexual en su infancia.

²⁷ *Ibid.*, pág. 21.

²⁸ *Psychologie et alchimie [Psicología y alquimia]*, pág. 244.

Es Jung quien, a sugerencia de Jones, organiza el primer encuentro de los psicólogos freudianos que se celebró en Salzburgo el 27 de abril de 1908 y dio origen al Congreso Internacional del Psicoanálisis. Los participantes, en total 42, venidos de Estados Unidos, de Inglaterra, de Austria, de Alemania, de Hungría y de Suiza, encuentran allí a Freud por primera vez. Freud deseaba ofrecerle la presidencia a Bleuler, pero, como éste declina la invitación, es Jung quien ocupa el puesto.

Freud les dispensa una calurosa acogida a los nuevos adeptos suizos, en detrimento de sus fieles compañeros vieneses. Estos últimos son marginados de la resolución de crear una publicación, *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*¹, cuya dirección se le confía a Bleuler y a Jung, que es asimismo redactor jefe. Se ocupa en seguida y muy seriamente de la revista, sobre la cual Freud y Jung se escriben a menudo.

Jung ocupa las funciones de presidente del IPV, el Internationale Psychoanalytische Vereinigung, que en 1936 se convertirá en la IPA, la International Psychoanalytical Asociación, y de redactor jefe de la revista *Zentralblatt für Psychoanalyse* hasta sus sucesivas dimisiones.

IX.2. LA CONFRONTACIÓN DE LAS IDEAS

Freud espera transponer a las psicosis la etiología sexual de las neurosis, y espera mucho de la experiencia clínica y del pensamiento de Jung en este dominio. Aprecia su capacidad de trabajo y su dedicación. «Me pone muy contento la impresión de trabajo incesante y satisfactorio que me dan sus cartas. Así es como debe ser»².

¹ *Anales de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas.*

² *Correspondance Freud-Jung*, 167 Freud [*Correspondencia Freud-Jung*, 167 Freud], pág. 356.

El debate trata de la teoría sexual y la libido.

Jung, ya lo hemos visto, se muestra siempre reservado sobre la teoría sexual infantil; en el prefacio de la monografía sobre la demencia precoz, marca su posición: «Hacer justicia a Freud no implica someterse incondicionalmente a un dogma. Podemos perfectamente mantener un juicio independiente... Admitir los mecanismos complejos de los sueños y de la histeria no quiere decir atribuir al *traumatismo sexual infantil*³ la importancia exclusiva que Freud le quiere dar.» Se puede seguir en la *Correspondencia* las reflexiones de cada uno, los esfuerzos de Jung por asimilar la aplicación de la teoría ampliada de la sexualidad y los de Freud por responder a las preguntas obstinadas de Jung, que lo obligan a pensar más y a precisar sus conceptos. Porque es asimismo la época en que los primeros analistas se enfrentan con las dificultades clínicas y con sus primeros fracasos: las reacciones terapéuticas negativas exigen un nuevo esfuerzo de conceptualización. La teoría freudiana de la primera tópica se topa con aporías que lo obligan a reelaborar las teorías sexuales y a hacer evolucionar sus ideas. Inicia la redacción de la *Metapsicología*, de la que conserva sólo cinco de los doce artículos redactados, probablemente insatisfecho de su trabajo.

En el momento de la publicación de *Análisis fragmentario de una histeria: El caso Dora*, Jung se opuso a las vivas críticas de Spielmeyer⁴, que habla de «masturbación psíquica»; de Aschaffenburg, que denuncia un método «falso en la mayor parte de los casos, reprehensible en otros muchos y superfluo»; de Rieger, que estigmatiza «una

³ Subrayado por el autor.

⁴ «Los adversarios», en *La vie et l'oeuvre de Sigmund Freud*, Jones, tomo II.

horrible psiquiatría de vejestorio». Expone sus dificultades en su carta del 5 de octubre de 1906: «Quiero decir que su terapéutica me parece basada no sólo en los efectos de la abreacción, sino también en algunos informes personales, y el génesis de la histeria me parece que es, de modo preponderante pero no exclusivamente, sexual. Observo la misma actitud con respecto a su teoría de la sexualidad. Aschaffenburg, al apoyar exclusivamente estas delicadas cuestiones teóricas, olvida lo principal, su psicología, de la que está seguro que la psiquiatría sacará un día un provecho inagotable.»

Un año más tarde, le pregunta a Freud, en la carta del 19 de agosto de 1907: «Me gustaría pedirle una aclaración: ¿considera que la sexualidad es la madre de todos los sentimientos? ¿La sexualidad no es para usted simplemente un componente de la personalidad (el más importante, es cierto) y, por lo tanto, el complejo sexual el componente más importante y más frecuente del síndrome histérico? ¿No hay algunos síntomas histéricos codeterminados por el complejo sexual, pero condicionados principalmente por una sublimación y por un complejo no sexual?» Luego añade: «En mi limitada experiencia, es verdad que sólo he visto complejos sexuales y, lo diré expresamente, en Amsterdam.»

Detrás del apasionamiento de los inicios se puede ya descubrir esta resistencia profunda al psicoanálisis que deja pensar que las mayores amenazas con respecto al psicoanálisis vinieron del interior y no de los detractores. Pero Freud, por diferentes razones personales y profesionales, mostró una paciencia y una indulgencia particulares con respecto a Jung, el único a quien consideró capaz de sucederle: «Seguimos avanzando y usted será el que, como Josué, si es que yo soy Moisés, tomará posesión de la tierra prometida de la psiquiatría que sólo puedo vislumbrar a lo lejos.»

Jung se esfuerza por comprender, pero debe transigir; defiende la teoría del apuntalamiento, mientras que Freud elabora la represión basándose en el principio de la coexcitación libidinal, considerada en aquella época como fisiológica: toda excitación, cualquiera que sea su origen, psíquico o somático —así como el dolor—, aporta su contingente a la excitación sexual y representa un complemento a la que emana de la fuente pulsional. Freud expuso sus ideas en los *Tres ensayos para una teoría sexual*. El 19 de diciembre de 1909, Freud le responde a Jung: «Entonces: su dificultad con relación a “mi libido”. En las primeras frases de la *Teoría de la sexualidad* se encuentra la definición, que no necesita cambio alguno: el análogo del hambre, para el cual, en lo relativo al deseo sexual, la lengua alemana no posee palabra alguna, salvo el ambiguo *Lust*.» Sin embargo, a partir de 1915 Freud añade notas y un complemento —la *teoría de la libido*—, en el que repite las ideas desarrolladas en el artículo «Introducción al narcisismo», en el cual adoptaba entonces el punto de vista monista de Jung. En 1920, en un nuevo añadido a los *Tres ensayos*, Freud escribe: «Pero renunciaríamos a toda la experiencia de la observación psicoanalítica desde sus principios si, siguiendo el ejemplo de C. G. Jung, diluimos el concepto de libido al confundirlo con la fuerza pulsional psíquica en general.» En 1932, en las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud evoca todavía a Jung, pero sin nombrarlo: «Supongan, por ejemplo, que un analista concede poco valor a la influencia del pasado personal y busca la causa de las neurosis exclusivamente en motivos presentes y en previsiones orientadas hacia el futuro. También descuidará entonces el análisis de la infancia, incluso adoptará otra técnica y deberá compensar la ausencia de los resultados del análisis infantil mediante un crecimiento de su influencia didáctica e indicaciones directas relacionadas con

finés determinados de existencia... Es posiblemente una escuela de sabiduría, pero ya no es un análisis.»

Mientras que Jung defiende y mantendrá siempre el punto de vista de un monismo pulsional en lo relativo al aparato psíquico, Freud sostiene el dualismo pulsional entre deseos sexuales y pulsiones de autoconservación, cuyo tipo es el hambre. Jung le pregunta: «¿No piensa que quizá se pueda considerar una serie de puntos-fronteras más bien bajo el aspecto de la otra pulsión fundamental, el *hambre*? Por ejemplo, comer, mamar (preponderancia del hambre), dar un beso (preponderancia de la sexualidad). ¿Acaso dos complejos que existen simultáneamente no deben siempre fundirse psicológicamente, de manera que uno contenga siempre las constelaciones del otro?»⁵ Freud sigue siendo flexible: «No tengo nada en teoría contra la igualdad de derechos de la otra pulsión fundamental, si quisiera anunciar sus reivindicaciones en la psiconeurosis de manera no irreconocible. Lo que se puede ver en la histeria y en la neurosis obsesiva se deja explicar sin dificultad por las anastomosis que existen entre los dos, es decir, por el perjuicio causado al componente sexual de la pulsión de alimentación. Reconozco, no obstante, que esto son cuestiones “delicadas”, que requieren todavía un examen profundizado... Es posible que encontremos en otro lugar, en la melancolía-manía, en las psicosis, lo que nos falta en la histeria y en la neurosis obsesiva»⁶. Freud renunciará temporalmente a la dualidad pulsional en su trabajo sobre el narcisismo.

Jung vuelve incansablemente al lugar de los autoerotismos, y, si bien pregunta, también intenta hacer que Freud considere su punto de vista. Sostiene la afectación

⁵ *Correspondance Freud-Jung, 4 J* [*Correspondencia Freud-Jung 4 J*], pág. 45.

⁶ *Ibíd.*, 5 F, pág. 46.

del Yo en su función de realidad con la regresión libidinal como consecuencia, pero para Freud la etiología de las psicosis sigue siendo sexual y las manifestaciones patológicas del Yo son la consecuencia de los trastornos libidinales. La pulsión (sexual) está en la propia base de la constitución del psiquismo y el enfoque jungiano, a partir de la función de lo real, no tiene lugar en la teoría psicoanalítica. Las respuestas de Freud son las premisas de sus elaboraciones posteriores. La cuestión de la proyección en la paranoia y la reinversión libidinal autoerótica es objeto de largas cartas y prepara el análisis de las memorias de Schreber.

— En el análisis del caso Schreber, Freud intenta una explicación por medio de la represión de los mecanismos que operan en la psicosis. Afina el mecanismo proyectivo de la paranoia, pero no logra extenderlo a la comprensión de los mecanismos psicóticos. En la nota de la página 302 de su artículo «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia, autobiográficamente descrito», Freud precisa: «No quiero dejar pasar la ocasión de hacer observar aquí que no encuentro válida ninguna teoría de la paranoia que no implique los síntomas hipocondríacos casi siempre concomitantes con esta psicosis. Me parece que la relación de la hipocondría con la paranoia es la misma que la de la neurosis de angustia con la histeria.» Estas declaraciones desembocan en la problemática del narcisismo, que Freud repite más adelante en el texto, cuando describe el mecanismo de la paranoia. Hace derivar la predisposición paranoica de una fijación previa a los estadios del autoerotismo, del narcisismo y de la homosexualidad. Desarrolla el mecanismo de la proyección como doble vuelta del afecto: lo que no se puede experimentar como amor desde el interior se siente como odio por fuera. Describe las tres fases de expulsión que gene-

ran los procesos patológicos, luego subraya que la formación del delirio es una empresa de reconstrucción. «Podemos, pues, decir que el proceso propio a la expulsión consiste en el hecho de que la libido se desprende de personas —o cosas— antes amadas. Lo que atrae con grandes aspavientos nuestra atención es el proceso de curación que suprime la expulsión y devuelve la libido a las mismas personas que había abandonado. Se realiza en la paranoia por la vía de la proyección. No es justo decir que el sentimiento reprimido en el interior sea proyectado fuera; deberíamos decir más bien que lo que ha sido abolido dentro vuelve desde fuera»⁷. A partir de este estudio Lacan desarrollará el concepto de prescripción.

En las últimas líneas del apéndice de Schreber, que en realidad es un breve suplemento presentado en el Congreso de Weimar, reparamos en una cierta vacilación, indicio de la influencia de Jung y de las incertidumbres teóricas: «Este breve *post scriptum* al análisis de una paranoia nos muestra hasta qué punto Jung tiene razón cuando afirma que las fuerzas edificantes de los mitos de la humanidad no están agotadas, sino que todavía hoy, en las neurosis, engendran las mismas producciones psíquicas que en los tiempos más antiguos. Repetiría aquí lo que he dicho en otro lugar; lo mismo ocurre con las fuerzas edificantes de las religiones. Y creo que pronto llegará el momento de extender un principio que nosotros, los psicoanalistas, enunciamos ya hace tiempo, y añadir a lo que implicaba de individual, de ontogénico, un desarrollo antropológico, filogénico»⁸.

⁷ «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia, autobiográficamente descrito (El presidente Schreber)», en *Cinq psychanalyses*, París, PUF, 1954, pág. 315.

⁸ *Ibid.*, pág. 323.

Jung no aprueba el análisis que Freud hace de Schreber y se propone responderle a través de las *Metamorfosis*...

— El interés y la pasión de Jung por la mitología recubren y relanzan los de Freud, que siempre se preocupó de arqueología y de prehistoria. «... La insistencia de Jung en las amplias analogías entre las producciones intelectuales de los neuróticos y las de los primitivos me incitó a prestar atención a este asunto»⁹. Escribe *Tótem y tabú*, en el cual la elaboración del complejo de Edipo se encuentra formalizada de manera específica a partir de la hipótesis de su permanencia como estructura del psiquismo humano y de su lugar en el proceso de civilización. La muerte del padre y los efectos organizadores de su renuncia, la culpabilidad, la expulsión y la permanencia en el plano de la estructura individual y en el de la constitución cultural y social se sitúan en la base de los mitos, las religiones, de todo proceso civilizador.

— Freud, que desde 1909 percibió el abismo que los separaba, espera —y, al mismo tiempo, deja de esperar— que Jung le aporte su ayuda o que prosiga su obra. Se añaden nuevas cuestiones: la validez de las hipótesis teóricas, el problema de los rastros filogenéticos y de su transmisión. En *El hombre de los lobos*, Freud se esfuerza por demostrar la autenticidad de la escena primitiva y busca su origen traumático en la primera infancia. Introduce la noción de fantasmas originales, piedra angular de la estructuración psíquica con valor organizador central y no reducible a las contingencias de la historia individual. La inscripción de estos fantasmas en la realidad psíquica, mientras que son también portadores de una dimensión universal, plantea la cuestión de su pertenencia al patrimonio filogenético. Los fantasmas originales comparten

⁹ *Sigmund Freud présenté par lui-même [Autobiografía]*, pág. 112.

algunas de las propiedades de los arquetipos jungianos en su dimensión estructural heredada y en los temas que representan, pero se distinguen por su calidad inconsciente y su ausencia de contenido determinado.

La dialéctica obliga a Freud a desarrollar una teoría psicoanalítica del Yo, ese Yo al que calificaba en su controversia con Adler de «estúpido Augusto». Entre sus trabajos, podemos retener tres escritos de dicho período:

- *Los dos principios del funcionamiento mental* (1910), donde aborda la cuestión de la prueba de realidad contra la teoría de la «función de la realidad» de Janet retomada por Jung y contra la extensión de la noción de autoerotismo.
- *Historia del movimiento psicoanalítico* (1913), en el cual aborda la controversia de manera particularmente belicosa.
- *Introducción al narcisismo* (1914), donde reafirma la esencia de la libido como la expresión estricta de una energía sexual y se opone a los enfoques respectivos de fuerza del proceso intersubjetivo para Adler y de energía «en sí misma» como concepto energético universal para Jung, aunque la teorización del narcisismo depende, en este texto, de un monismo energético.

Esta elaboración acompaña el largo trabajo de duelo de la separación de Jung, cuya salida será la conceptualización de una teoría del Yo que insiste en esta dimensión pulsional a la que Freud jamás renunciará, porque define la especificidad psíquica del Yo, cuya característica consciente o inconsciente en lo sucesivo sólo será una de sus cualidades. Sin embargo, en este texto, Freud evoca la hipótesis de una energía psíquica indiferenciada de la que emergerían dos corrientes, la libido narcisista y la libido

objetal. Pero mantiene la oposición entre ambas corrientes, que son el componente sexual y la libido del Yo. No obstante, Freud restablece un dualismo pulsional radical con la introducción de la pulsión de muerte por medio de la pulsión de repetición, que presenta en 1920 en *Más allá del principio del placer*. Se reencuentra en dicho texto el rastro de Jung a través de dos notas; la primera remite a las observaciones «pertinentes» de C. G. Jung en *La significación del padre para el destino del individuo*; en la segunda, cita a Sabina Spielrein por su artículo de 1911: «La destrucción como causa del devenir».

Es indiscutible que la segunda teoría de las pulsiones de 1924 persiste en la lógica discursiva de los intercambios con Jung, si bien este último privilegiaba el aspecto teleológico de los materiales, mientras que Freud aborda siempre prioritariamente el análisis de las defensas.

X

ALGUNOS COMENTARIOS A GUISA DE CONCLUSIÓN

El sueño, que tanto apasionó a los dos hombres, es el objeto psicoanalítico que los acercó y luego los separó. Jung, si bien comparte las ideas de Freud, desarrolla el aspecto teleológico del contenido simbólico de las imágenes oníricas, a las que dota de una dimensión filogenética. Se acerca a la concepción nietzscheana del sueño. Mediante el sueño, el alma abre una puerta a un «original cósmico» que preexiste y se prosigue más allá del sujeto. «Abordar un sueño equivale a sumergirse en la oscuridad»¹. El análisis exhaustivo de los sueños se esfuerza por explotar la polisemia con una finalidad prospectiva que intenta acercarse al «Todo». Entra en una búsqueda espiritual.

Freud, desde *La interpretación de los sueños*, intenta comprender la patología de la neurosis a partir del estudio del sueño, la experiencia de representación de los pensamientos latentes e inconscientes más allá de la percepción en la cual se origina la representación. Es la época en que estudia el funcionamiento psíquico de la histeria y en la

¹ *L'homme à la découverte de son âme* [El hombre a la búsqueda de su alma], pág. 288.

que el funcionamiento neurótico se opone a la perversión. Más tarde, tras la elaboración conceptual de la pulsión de muerte y las instancias psíquicas que son el Yo, el Ello, el Superyó y su relación con la realidad, el sueño es contemplado y comprendido como un proceso que se relaciona asimismo con el funcionamiento psicótico, con sus mecanismos de compresión, divergencia y ruptura.

El sueño está cerca del mito, y Jung, que le reprocha a Freud el que sea demasiado restrictivo, explora en una nostalgia regresiva el origen del mito que pone en representación en el tema del héroe que se confronta, corriendo el riesgo de perderse, con el «monstruo de la matriz materna original»². Podemos ya suponer que, si la relación consciente con Freud y las respuestas de éste se inscribían en un registro indudable de filiación paterna con toda su conflictividad, también se situaban en una cierta relación de amor anaclítico, más allá de una elección de objeto homosexual, cuya valencia maternal arcaica tanto el uno como el otro desconocían. Freud siempre expresó su dificultad y su reticencia a «ser una madre en la transferencia», dejando todo un campo teórico yermo. A partir de la mitología y luego a través de la simbología³, Jung explora este terreno, que será objeto de los trabajos de Melanie Klein. El interés que le dedica a los elementos arcaicos y a la organización preedípica representa una anticipación conceptual de la problemática narcisista, que Kohut repetirá y desarrollará en su teorización del *self* que se abre a las concepciones de la intersubjetividad.

Todas estas dificultades remiten a la importante cuestión del análisis del analista, que en aquellos tiempos pio-

² *Dialéctica del Yo y del inconsciente*, pág. 104.

³ La palabra «símbolo» proviene de una locución griega que significa unión de dos términos.

neros todavía no había sido reconocido como la segunda regla fundamental. La necesidad y la exigencia de un análisis personal aparecen en la escena psicoanalítica únicamente en el Congreso de 1911; los analistas se formaban junto a Freud y entre ellos mediante intercambios tomados más o menos en serio, correspondencias, discusiones, análisis recíprocos de sus sueños con todos los embrollos transferenciales y contratransferenciales posibles. Las vicisitudes de la relación de Jung y de Freud son una ilustración.

Jung prosiguió sus investigaciones hacia el misterio impersonal que denominó *numinosum*, indecible que proviene de una experiencia inmediata y que pertenece a lo divino. No he abordado este aspecto de su obra.

XI

BIBLIOGRAFÍA RAZONADA

Las obras completas están editadas en alemán y en inglés, la numeración de los párrafos corresponde a:

- *Gesammelte Werke*, 20 volúmenes, entre ellos uno de bibliografía y un índice, Zúrich, Rascher Verlag, y Otten, Walter Verlag, 1961-1991.
- *The Collected Works*, 21 volúmenes, entre ellos uno de bibliografía, un índice y un suplemento, Londres, Routledge & Kegan, 1957-1983, y Princeton University Press. La traducción es de Richard F. C. Hull para todos los volúmenes, salvo el volumen II, traducido por Léopold Stein.

La *Correspondance* en 5 volúmenes está publicada por Albin Michel, que está editando progresivamente las obras completas.

Ma vie. Souvenirs, rêves et pensées y la *Correspondance Sigmund Freud-C. G. Jung* están publicadas por Les Éditions Gallimard, París.

Las obras publicadas en francés están editadas en París por Albin Michel, Buchet-Chastel, Gallimard y, en Ginebra, por Georg & Cie; la dirección de las publica-

ciones está a cargo del doctor Roland Cahen y Michel Cazenave.

Una bibliografía exhaustiva, *Catalogue chronologique des écrits de Carl Gustav Jung*, está publicada en la colección *Cahiers jungiens de psychanalyse*, fuera de serie de 1996.

Los seminarios de 1928 a 1941 están publicados por el Instituto C. G. Jung de Zúrich.

XII

TEXTOS ESCOGIDOS

SIGMUND FREUD, *Ma vie. Souvenirs, rêves et pensées*, recogidos y publicados por Aniela Jaffé, París, © Gallimard, 1973. Traducido del alemán al francés por Roland Cahen e Yves Le Lay.

Nuestro viaje a Estados Unidos, que iniciamos en Bremen en 1909, duró siete semanas. Estábamos todos los días juntos y analizábamos nuestros sueños. Algunos de los que tuve en aquella época eran importantes; Freud, sin embargo, no sacaba nada en claro. No le hice ningún reproche, porque puede pasar que el mejor analista no sea capaz de resolver el enigma de un sueño. Eso es muy humano y nunca se me hubiera ocurrido interrumpir nuestros análisis oníricos. Al contrario, los valoraba mucho y nuestra relación me interesaba por encima de todo. Para mí, Freud era la personalidad de más edad, la más madura y experimentada y yo era como su hijo. Sin embargo, pasó algo que le dio un brusco giro a nuestra relación. Freud tuvo un sueño, cuyo tema no estoy autorizado a desvelar. Yo lo estaba interpretando mal que bien y añadí que podría decir mucho más si él me contaba algunos detalles suplementarios sobre su vida pri-

vada. Cuando pronuncié estas palabras, Freud me lanzó una mirada singular —llena de desconfianza— y dijo: «¡No puedo poner en peligro mi autoridad!» ¡En aquel mismo instante la perdió! Esta frase se me quedó grabada en la memoria, pues ya prefiguraba el fin inminente de nuestras relaciones. Freud situaba la autoridad personal por encima de la verdad. Tal como he dicho, él sólo podía interpretar mis sueños de entonces de forma incompleta, o incluso no era capaz de interpretarlos. Eran de contenido colectivo, con una gran cantidad de material simbólico. Uno de ellos, sobre todo, fue importante para mí, porque me condujo por primera vez a la noción de «inconsciente colectivo»: por eso constituyó una especie de preludeo a mi libro *Metamorfosis y símbolos de la libido*.

He aquí el sueño: me encontraba en una casa de dos pisos, desconocida para mí. Era «mi» casa. Yo estaba en el piso de arriba. Había una especie de cuarto de estar con hermosos muebles de estilo rococó. En las paredes vi colgados preciosos cuadros. Me sorprendía que fuera mi casa. Y pensaba: «¡No está mal!» De repente, me vino la idea de que aún no sabía qué aspecto tenía el piso de abajo. Bajé la escalera y llegué a la planta baja. Allí todo era más antiguo: aquella parte de la casa era del siglo xv o xvi. El aspecto era medieval y el embaldosado, de losetas rojas. Todo estaba en penumbra. Iba de cuarto en cuarto y me decía: ¡ahora debo explorar la casa entera! Llegué a una puerta muy pesada, la abrí. Detrás, descubrí una escalera de piedra que conducía al sótano. La bajé y llegué a un cuarto muy antiguo, embovedado. Al examinar las paredes, descubrí que entre las piedras ordinarias había filas de ladrillos, la argamasa mostraba restos. Reconocí en ello que los muros databan de la época romana. Mi interés había crecido al máximo. Examiné también el suelo recubierto de baldosas. En una de ellas descubrí una anilla. Tiré de ella: levanté la baldosa y vi otra

escalera de estrechos peldaños de piedra, que se hundía en las profundidades. Bajé y llegué a una cueva rocosa y de baja altura. En el polvo espeso que recubría el suelo había huesos, restos de vasijas, vestigios de una civilización primitiva. Descubrí dos cráneos humanos, probablemente muy viejos y medio descompuestos. Luego, desperté.

Lo que le interesó sobre todo a Freud en este sueño eran ambos cráneos. Volvía a hablar de ellos continuamente y me sugirió que descubriese en mí mismo un *deseo* eventual. ¿Qué pensaba de los cráneos? ¿De quién eran? Naturalmente, yo sabía muy bien adónde quería llegar: habría en ellos secretos deseos de muerte. «¿Qué es lo que espera?», pensé. ¿A quién le debo desear la muerte? Sentía resistencias violentas contra dicha interpretación; sospechaba también el verdadero significado del sueño. Pero, en aquella época, todavía no tenía confianza en mi propio juicio y quería conocer su opinión. Quería aprender de él; le obedecí y dije: «de mi mujer y de mi cuñada», porque debía nombrar a dos personas a quienes valiera la pena desearles la muerte.

Por entonces yo era un joven recién casado y sabía perfectamente que no había nada en mí que pudiera indicar la presencia de tal deseo. Pero no habría podido contarle a Freud mis propias asociaciones para interpretar el sueño sin toparme con su incompreensión y sus resistencias violentas: no me sentía a la altura para hacerles frente. También temía perder su amistad si mantenía mi punto de vista. Por otro lado, quería saber lo que provocaría mi respuesta y cómo reaccionaría si lo engañase abundando en las ideas de su propia doctrina. Le conté una mentira.

Yo sabía hasta qué punto mi modo de actuar era moralmente reprochable. Pero me habría sido imposible descubrirle a Freud el mundo de mis pensamientos. Entre

los suyos y los míos había un abismo demasiado profundo. De hecho, Freud se sintió liberado con mi respuesta. Pude así darme cuenta de que se sentía desamparado en presencia de sueños de esta índole y buscaba refugio en su propia doctrina. En cuanto a mí, lo que me importaba era descubrir el sentido verdadero del sueño.

«La experiencia de las asociaciones», *L'homme à la découverte de son âme*, Ginebra, © Éditions du Mont-Blanc, 1962. Traducido al francés por el doctor Roland Cahen.

Pero en la ciencia es frecuente que investigaciones que no colman las esperanzas puestas en ellas, para gran sorpresa del investigador, abran un nuevo horizonte inesperado. La trayectoria de tal experiencia, adaptada al estudio de los complejos, es la siguiente: el experimentador dispone de una lista de palabras, denominadas inductoras, que escogió al azar y que no deben tener entre sí ninguna relación de significado, condición indispensable para un experimento de asociaciones puras. Debemos utilizar palabras aisladas, lo repito, privadas de cualquier relación significativa. He aquí un ejemplo: agua, círculo, silla, hierba, azul, cuchillo, ayudar, peso, preparado. Cuando a un individuo se le presentan estas palabras una tras otra, de la lista no emana ninguna sugerencia (lo cual no sucede nunca cuando varias palabras constituyen un tema cualquiera). El experimentador invita al sujeto a reaccionar a cada palabra inductora con la mayor rapidez posible, pronunciando sólo la primera palabra que le venga a la mente. A la palabra «agua» del experimentador el individuo responderá lo más deprisa posible con la primera palabra que le pase por la cabeza, por ejemplo, «mojado» o «verde» o «H₂O» o «lavar», etc. El experimenta-

dor mide el tiempo de reacción con un cronómetro que indica los quintos de segundo (una precisión mayor sería superflua e inútil, pues los errores inherentes a este experimento son de un orden muy superior al quinto del segundo). Se pone en marcha el cronómetro, por ejemplo, cada vez que pronunciamos la última sílaba de la palabra inductora y se detiene tan pronto como el individuo pronuncia la primera sílaba de la palabra inducida. Se anota el tiempo transcurrido, denominado tiempo de reacción. Yo suelo proceder a cincuenta reacciones o algo más, si bien un número demasiado grande de reacciones es perjudicial, a causa del cansancio que aparece. En general, uno se contenta con entre cincuenta y cien reacciones.

En el curso de estos experimentos, se observa que los tiempos de reacción son muy desiguales, unas veces cortos, otras largos; se observa también que ciertas respuestas sufren perturbaciones: el individuo olvida la recomendación inicial, que lo invitaba a responder con una sola palabra, y responde con toda una frase; entonces, descuida el sentido de la palabra inductora y reacciona con una asociación tonal, lo que también constituye una ligera violación de las instrucciones previas. También pueden sobrevenir otros incidentes: cuando el experimentador pronuncia la palabra «agua», puede suceder que el individuo reaccione con «agua, eeh, verde», lo que constituye entre otras cosas una repetición inesperada de la palabra inductora; o incluso reacciones con «verde, eeh, quiero decir, azul», lo cual es un lapsus. O bien se echa a reír, exclama o responde algo inadecuado, como «sí» o «no», antes de la reacción requerida. O puede que el individuo no comprenda o comprenda mal la palabra inductora claramente pronunciada, o reaccione con una palabra denominada estereotipada, es decir, con la misma palabra inducida, indiferente a las diversas palabras inductoras. Algunos individuos reaccionan frecuentemente

repetiendo la palabra «bonito». Todas estas perturbaciones, así como los tiempos demasiado prolongados de reacción o las ausencias de reacción, se denominan indicios de complejo. [...]

A la fase descrita del experimento yo le asocio una segunda fase, que consiste en lo siguiente: tras haber registrado un cierto número de asociaciones, se repite desde el principio la lista de las palabras inductoras y se le pide al individuo que repita la respuesta que dio a cada una de ellas: «¿Qué respondió usted a la palabra “agua”?» El individuo se acuerda o no se acuerda, o cree que se acuerda, pero da una respuesta diferente. Lo anotamos todo. Las reacciones olvidadas constituyen reproducciones defectuosas. Comprobamos que éstas eran asimismo indicios de complejo, al mismo título que otras perturbaciones que distinguen las asociaciones que han rozado la esfera afectiva. Añadiré que la actitud, los gestos, las expresiones del individuo, su risa, su tos, sus eventuales balbuceos ofrecen también indicaciones preciosas al experimentador entrenado. [...]

«La teoría de los complejos», *L'homme à la découverte de son âme*, Ginebra, © Éditions du Mont-Blanc, 1962. Traducido al francés por el doctor Roland Cahen.

La creencia en los espíritus, que tiene lugar en todas las latitudes, es una expresión directa de la estructura a base de complejos del inconsciente. Los complejos son las unidades vivas de la psique inconsciente y permiten, más o menos por sí solos, comprobar la existencia y la constitución de ésta. El inconsciente, si no existiesen los complejos, sería sólo una supervivencia de representaciones difuminadas, vueltas «oscuras» como en la psicología de Wundt, o un *fringe of consciousness*, como lo llama Wi-

lliam James. Si el inconsciente psicológico fue descubierto por Freud es porque, al contrario de sus predecesores, en lugar de menospreciar los emplazamientos oscuros, los actos fallidos, tan de buena gana enmascarados y minimizados con eufemismos, él los estudió. No son los sueños lo que abre la *vía regia* hacia el inconsciente, tal como él pretende, sino los complejos, que engendran sueños y síntomas. Además, esta vía no tiene nada de regia, porque el camino indicado por los complejos se parece mucho a una senda dura y sinuosa, que a menudo se pierde en las espesuras; en lugar de llevar al corazón del inconsciente, conduce la mayoría de las veces a otro sitio.

El *temor del complejo* es un poste indicador falaz; al alejar del inconsciente, nos devuelve siempre a la conciencia. Dado que los complejos son desagradables, apenas hay individuos con sentido común dispuestos a admitir que las fuerzas instintivas que los alimentan puedan contener algo de provechoso. La conciencia se convence siempre de que los complejos son incongruentes y de que, por lo tanto, deben ser eliminados. A pesar de una abundancia aplastante de testimonios de toda clase que prueban la universalidad de los complejos, nos repugna considerarlos como manifestaciones normales de la vida. *El temor del complejo es un prejuicio poderoso, la aprensión supersticiosa de lo nefasto que ha sobrevivido*, sin sufrir daños, al racionalismo del «Siglo de las Luces». Este temor opone una resistencia esencial al estudio de los complejos, resistencia que exige una firme decisión para ser superada.

Temores y resistencias son los límites indicadores que jalonan la *vía regia* hacia el inconsciente. Expresan, en primer lugar, los prejuicios a los que el inconsciente está sometido. Terminamos, es natural, con un sentimiento de miedo a la existencia de un peligro, y rechazamos la presencia de lo repulsivo. Ésa es la conclusión del en-

fermo, la del público y, en definitiva, la del médico; explica por qué la primera teoría médica del inconsciente fue, de manera lógica, *la teoría de la represión de Freud*, que de la naturaleza de los complejos infiere un inconsciente constituido en lo esencial por tendencias incompatibles y víctimas de la represión, debido a su inmoralidad. Nada mejor que esta comprobación puede probar el empirismo de su autor, que procedió en su labor sin dejarse influenciar por premisas filosóficas. Por otra parte, del inconsciente se había venido hablando mucho tiempo antes de Freud. Leibniz introdujo esta noción en la filosofía; Kant y Schelling la trataron; Carus, por primera vez, creó un sistema, cuya influencia se reencuentra en la obra importante de Eduard von Hartmann, *La filosofía del inconsciente*. La primera doctrina médico-psicológica tiene asimismo tan poca relación con estos jalones iniciales como con Nietzsche.

La teoría freudiana es una descripción fiel de experiencias reales, encontradas en el curso de la investigación de los complejos. Pero así como ésta sólo se puede hacer en forma de diálogo, la elaboración de las concepciones no sólo depende de los complejos de uno de los participantes, sino también de los complejos del otro. Todo diálogo que se aventura en estos terrenos poblados de angustias y de resistencias apunta a lo esencial; al incitar al sujeto a la integración de su totalidad, obliga también a su compañero a confirmarse en su integridad, en su totalidad, sin la ayuda de la cual le sería imposible dirigir la conversación hacia este segundo plano salpicado de trampas. Ningún sabio, por muy objetivo y carente de prejuicios que esté, puede hacer caso omiso de sus propios complejos, porque éstos gozan en él de la misma autonomía que en cualquiera. No puede hacerlo porque le son inherentes; forman parte, de una vez para siempre, de su constitución psíquica; ésta, en su determinación, es a priori una

limitación, un prejuicio para cada individuo. Su constitución, para un observador dado, decide sin apelación la concepción psicológica que hará suya. *La limitación ineluctable de toda observación psicológica es que sólo es válida si tiene en cuenta la ecuación personal del observador.*

La teoría de los complejos, la doctrina freudiana y las de otros, expresan esencialmente una situación psíquica creada por el diálogo entre un observador y un cierto número de sujetos observados. El diálogo se mueve en gran parte en la zona de resistencia de los complejos; también la teoría está impregnada de su atmósfera: en sus grandes rasgos, tiene algo de chocante, que pone en resonancia los complejos del público. Las concepciones de la psicología moderna dependen en toda objetividad de la controversia; actúan al mismo tiempo de modo provocador. Provocan en el público reacciones violentas de adhesión o de rechazo; en el terreno de la discusión científica, provocan debates afectivos, presunciones dogmáticas, susceptibilidades personales, etc.

La psicología moderna —estos hechos lo demuestran— se aventuró a la búsqueda de los complejos en *un terreno psíquico tabú*, repleto de temores y esperanzas. La esfera de los complejos es el hogar de las *perturbaciones psíquicas*; sus conmociones son de tal amplitud que la investigación psicológica futura no puede esperar dedicarse mucho tiempo en paz a un sabio y silencioso trabajo, que presupone un cierto consenso científico, un acuerdo tácito sobre las hipótesis de base. Sin embargo, hoy la psicología de los complejos está todavía muy alejada de una comprensión general, mucho más, me parece a mí, de lo que creen los pesimistas. Porque la afloración de las tendencias incompatibles sólo descubre un sector del inconsciente y sólo individualiza una parte de la fuente de angustia.

Preciso es recordar la ola de indignación que se desató por todas partes cuando empezaron a difundirse los tra-

bajos de Freud. Estas «reacciones acomplejadas» forzaron al sabio a un aislamiento que le valió, tanto a él como a su escuela, reproches de dogmatismo. Todos los teóricos de este terreno psicológico corren el mismo peligro, porque abordan lo incontrolado en el hombre, lo numinoso, por emplear la notable expresión de Otto. La libertad del yo se termina en las cercanías de la esfera de los complejos, fuerzas psíquicas cuya última naturaleza es todavía desconocida. Cada vez que la investigación logra penetrar un poco más en el *tremendum* psíquico, desencadenan reacciones en el público, análogas a las de los pacientes invitados, por motivos terapéuticos, a enfrentarse a la inviolabilidad de sus complejos. [...]

24 Jung-Carta del 13 de mayo de 1907, *Correspondance 1906-1914, Sigmund Freud-Carl Gustav Jung*, París, © Gallimard, 1992. Traducido del alemán y del inglés al francés por Ruth Fivaz-Silberman.

El debate se refiere a la vuelta a los autoerotismos a causa de la regresión libidinal, al fracaso del proceso en la demencia precoz y al éxito de esta vuelta en la paranoia.

Ante todo, le ruego insistentemente que me perdone la larga pausa que me he permitido. No podía ni quería escribir antes de ver las cosas un poco más claras. Sobre todo, deseaba primero acoger y asimilar completamente sus notas sobre la paranoia. [...] El autoerotismo tiene un nuevo triunfo en su haber. Hace poco hemos llevado a cabo con éxito un análisis en una catatónica cultivada y muy inteligente, que posee una muy buena introspección. Anda siempre rígida y sin afecto y apenas podemos mantenerla con dificultades en un buen departamento, porque a veces se hace sus necesidades encima. Nos señaló espontáneamente que, desde que había enfermado,

piensa como una niña, que los viejos recuerdos infantiles surgen en bloque y se pierde en ellos. Cuando se lo hace encima es que simplemente tiene la idea (en un estado cercano a la ausencia de pensamientos) de no sentarse en la taza, sino de defecar sobre un papel en el suelo. Lo notable es que hacía esto cuando era niña. Sufría entonces, dice, de estreñimiento y se cansaba demasiado sobre la taza; entonces empezó a defecar siempre sobre un papel. En la enfermedad también han aparecido estados de excitación local, con masturbación. Cosa significativa, la sexualidad *sensu strictiori* no actúa en absoluto sobre la psique, sino que la mayoría de las veces es local y se percibe como algo extraño e inoportuno o, en todo caso, no se produce la represión correspondiente.

He reflexionado repetidas veces sobre sus «puntos de vista sobre la paranoia», también en compañía de Bleuler. El que la idea delirante se origine en el afecto (=libido) nos parece totalmente comprensible. No obstante, creo que con su explicación de la «proyección hacia el exterior» sólo puede usted entender la génesis de la idea de persecución. Pero en la demencia precoz toda cosa está proyectada hacia el exterior. Las ideas delirantes conciernen en general a una mezcla desordenada de cumplimiento del deseo y de trabas. Hasta ahora, siempre consideré luminosa la siguiente analogía: el extático religioso, que desea la divinidad, se ve un día colmado por la visión de la divinidad. Pero la contradicción con la realidad le aporta también lo contrario: la certeza se vuelve duda; la divinidad, diablo, y el placer sexual, sublimado por la unión mística, angustia sexual, con todos sus fantasmas históricos. Vemos aquí cómo el deseo crea directamente la proyección hacia el exterior, porque hay deseo de realidad. Podemos encontrar bastante a menudo el mismo deseo [*Wünschen*] en el inconsciente del paranoico, sólo que el contraste tiende a objetivarse. La per-

secución entonces está a menudo simplemente compensada por un sentimiento de grandeza, que, no obstante, logra menos a menudo producir objetivaciones. Sin embargo, en los paranoicos de la demencia precoz el cumplimiento del deseo es mucho más frecuente. Cuando dice usted que la libido se retira del objeto, sin duda quiere decir que se retira del objeto real por razones normales de represión (obstáculos, imposibilidad evidente del cumplimiento, etc.) y que se vuelve hacia un desmarque fantasmal de la realidad, con la cual inicia entonces su clásico juego autoerótico. La proyección hacia la extremidad perceptiva emana del deseo original de realidad, que, si es irrealizable, se crea su realidad según el modo alucinador. Esto sólo tiene éxito en la psicosis, pero de través, pues sólo el contraste se expresa objetivamente. ¿De dónde viene esto? Todavía no lo tengo del todo claro, quizá de que el componente de contraste está reforzado por el componente normal de corrección. Le agradeceré enormemente cualquier corrección que aporte a mi concepción. Por ahí es por donde únicamente espero poder acercarme a usted.

Bleuler todavía no tiene una definición clara del autoerotismo y de sus efectos psicológicos específicos. Sin embargo, ha aceptado la noción para su presentación de la demencia precoz en el manual de Aschaffenburg. Pero no quiere hablar de «autoerotismo» (por razones conocidas), sino de «autismo» o «ipsismo». Para mi parte, yo ya estoy acostumbrado a «autoerotismo». [...]

He recibido también su *Gradiva*. ¡Le quedo muy agradecido! Voy a ponerme de inmediato a leerlo.

Tengo ahora en tratamiento analítico a una niña de seis años con masturbación excesiva y mentiras, después de una pretendida seducción por parte de su padre nutricio. ¡La cosa es muy complicada! ¿Tiene usted experiencia con niños tan pequeños? Exceptuando una repre-

sentación completamente sin color y sin afectos del traumatismo en la conciencia, no logro obtener, ni espontáneamente ni con sugerencias, la menor abreacción acompañada de afecto. Se diría que el traumatismo es un engaño. Pero ¿de dónde conoce la niña todas las historias sexuales? La hipnosis es buena y profunda, pero la niña evita con la mayor inocencia todas las sugerencias que representan el traumatismo. Sólo hay esto de significativo: en la primera sesión alucinó espontáneamente: «una pequeña salchicha de las de asar y la mujer decía que se volvía cada vez más gorda». A mi pregunta «¿dónde veía la salchicha?», la niña dijo rápidamente: «¡En el señor doctor!» Es decir, todo lo que se puede desear como desplazamiento. Pero desde entonces lo sexual está totalmente bloqueado. No hay ningún signo de demencia precoz.

Prefacio a la cuarta edición, *Les métamorphoses de l'âme et ses symboles*, Ginebra, © Georg Éd., 1993. Traducido al francés por Yves Le Lay.

Este libro, escrito hace más de treinta y siete años, tenía gran necesidad de una revisión; lo sabía desde hace tiempo, pero mis deberes profesionales y mi actividad científica no me dejaban ocio suficiente como para poder entregarme a una tarea tan desagradable como delicada. La edad y la enfermedad han acabado por liberarme de mis deberes profesionales y me han proporcionado el tiempo necesario para reconsiderar mis pecados de juventud. Esta obra nunca me aportó alegría ni satisfacción: en cierto modo la escribí a mi pesar, sumido en la incertidumbre y en la fiebre del ejercicio de la medicina, sin tener en cuenta el tiempo y los medios. Me vi forzado a reunir de prisa el material, allá donde el azar hizo que lo encontrase. No tuve posibilidad alguna de dejar madurar

mis pensamientos. Todo cayó sobre mí como una avalancha imposible que es preciso contener. Fue sólo más tarde cuando me di cuenta de la urgencia que se disimulaba allí: era la explosión de todos estos contenidos psíquicos que no podían encontrar un sitio en la estrechez sofocante de la psicología freudiana y de su *Weltanschauung*. No deseo de ningún modo disminuir los extraordinarios méritos de Freud en el estudio de la psique individual. Pero los marcos conceptuales en los que encerró el fenómeno psíquico me parecían insoportablemente estrechos. Al escribir esto, no pienso de ninguna manera, por ejemplo, en su teoría de las neurosis, que puede ser todo lo estrecha que queramos con tal de que esté conforme con las observaciones hechas, ni tampoco en su teoría del sueño, respecto a la cual es posible tener una opinión diferente; pienso más bien en la causalidad reductiva de su punto de vista general y en su absoluta desgana, podríamos decir, de cualquier orientación hacia un fin, tan característica, sin embargo, de todo lo psíquico. Aunque la obra de Freud *El porvenir de una ilusión* data de más tarde, ofrece una exposición perfectamente válida de sus opiniones de los años anteriores, que se mueven en los límites del racionalismo y del materialismo científico, característicos de finales del siglo XIX.

[...] Así, esta obra fue como un límite situado en el lugar donde se bifurcaban dos caminos. Imperfecta e inconclusa, se convirtió en un programa para las siguientes décadas de mi vida. En efecto, apenas había acabado el manuscrito cuando comencé a comprender lo que significa vivir con o sin mito. El mito es eso que dijo un Padre de la Iglesia: «Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus creditur», de modo que quien cree vivir sin mito o alejado de él es una excepción. Más aún, es un desarraigado sin verdadera relación con el ayer, con la vida de los antepasados (que continúa en él) o con la sociedad

humana contemporánea. No vive en ninguna casa como otros ni come ni bebe lo que comen y beben los demás; vive una vida para sí mismo, encerrado en una locura subjetiva que limita su entendimiento, que él considera ser la verdad recientemente descubierta. Este juguete de su entendimiento no alcanza sus entrañas. No obstante, a veces malogra su digestión, porque su estómago considera indigesto este producto del entendimiento. ¡El alma no data de ayer! Tiene varios millones de años. La conciencia individual, por su parte, es sólo el soporte de las flores y frutos, según las temporadas; brota de un vivaz rizoma subterráneo y este soporte concuerda mucho mejor con la verdad cuando toma en consideración la existencia del rizoma, porque el origen de todo es la red de las raíces.

Tenía la impresión de que el mito tenía un sentido que se me escaparía si viviera aparte de él, en las nubes de mi propia especulación. Me vi forzado a plantearme muy seriamente la cuestión «¿Qué es el mito que vives?» No pude darle ninguna respuesta a esta pregunta y debí reconocer, por el contrario, que ni vivía con un mito ni en su interior, sino en la nube incierta de opiniones posibles que, es verdad, consideraba con una desconfianza cada vez mayor. No sabía que vivía un mito y, si lo hubiese sabido, tampoco habría tenido conocimiento del mito que ordenaba mi vida sin saberlo yo. Así, con toda naturalidad, se formuló en mí la decisión de conocer «mi» mito y consideré esto como el deber por excelencia, porque —me decía— ¿cómo tener en cuenta mi factor personal ante mis enfermos, mi ecuación personal, tan indispensable para el conocimiento del otro, si no era consciente de eso? Sin embargo, necesitaba saber qué mito inconsciente o preconsciente me formaba, es decir, de qué rizoma descendía. Esta decisión me condujo a investigar durante años los contenidos subjetivos provocados por

procesos inconscientes y a elaborar estos métodos que en parte hacen posible y en parte sostienen el estudio práctico de las manifestaciones del inconsciente. Descubrí entonces, poco a poco, las relaciones que habría deseado conocer antes para cimentar los fragmentos de mi libro. No sé si, al cabo de treinta y siete años, he logrado llevar a cabo esta tarea. He debido eliminar muchas cosas y colmar muchos huecos. Resultó que era imposible conservar el estilo de 1912, es decir, me vi forzado a introducir muchos descubrimientos hechos decenas de años más tarde. Sin embargo, a pesar de una serie de intervenciones radicales, he intentado dejar que subsista la mayor parte posible del edificio primitivo para no destruir toda continuidad con las ediciones anteriores. A pesar de modificaciones profundas, no es posible pretender que ahora se trata de otro libro. Esto es así porque todo él es, a decir verdad, sólo el comentario extendido de un análisis práctico que se refiere a los pródromos de la esquizofrenia. La sintomatología del caso constituye el hilo de Ariadna a través del laberinto de los paralelos simbólicos, es decir, a través de los desarrollos indispensables para el establecimiento del sentido de las relaciones arquetípicas. Una vez establecidos estos paralelismos, su descripción exige mucho lugar; por eso, las exposiciones casuísticas son una tarea muy difícil. Esto se debe a la naturaleza del asunto; cuanto más trabajamos en profundidad, más se ensancha la base. Y nunca se estrecha para terminar en una punta, como sucede en un trauma psíquico. Una teoría como la traumática supone un conocimiento previo del alma afectada por el trauma, conocimiento que nadie posee, que primero se debe adquirir a duras penas a través del estudio del verdadero inconsciente. Hace falta para ello un vasto material de comparación, como en el caso de la anatomía comparada, que no puede avanzar sin dicho material. El conocimiento de los contenidos sub-

jetivos de la conciencia no nos enseña absolutamente nada de la psique ni de su verdadera vida subterránea. Al igual que en toda ciencia, en la psicología también hacen falta amplios conocimientos como accesorios del trabajo de investigación. Un poco de patología y de teoría de las neurosis es aquí completamente insuficiente, porque dicho saber médico únicamente se refiere a una enfermedad e ignora todo del alma que está enferma. Con esta obra —tanto antaño como hoy— he querido remediar tal inconveniente, en la medida de mis posibilidades. [...]

Escribí este libro en 1911, con treinta y seis años. Se trata de un momento crítico, porque marca el principio de la segunda mitad de la vida, en la que a menudo se produce una metanoia, un cambio de opinión. Estaba seguro entonces de perder cualquier comunidad de trabajo y cualquier relación amistosa con Freud. Guardo un recuerdo agradecido del apoyo, a la vez activo y moral, que me aportó mi querida esposa en aquel período difícil.

«Introducción», *Types psychologiques*, Ginebra, © Librairie de l'Université, Georg & Cie, 1977. Traducido al francés por Yves Le Lay.

En este texto, Jung aborda principalmente la psicología del consciente y define sus dos actitudes fundamentales, la extraversion y la introversión, a las cuales adjudica cuatro funciones: sensación, pensamiento, sentimiento e intuición.

Pero todo ser humano posee ambos mecanismos, el de la extraversion y el de la introversión; sólo el predominio relativo de uno o del otro determina el tipo. Serían necesarios grandes retoques para dar a la imagen el relieve indispensable, lo cual equivaldría más o menos a una mentira piadosa. Además, la reacción psicológica de un ser humano es tan compleja que los medios de que dis-

pongo apenas bastarían para dar una descripción absolutamente exacta. Debo, pues, limitarme a exponer los principios que se desprenden de los hechos particulares y muy numerosos que he observado. No se trata aquí de una deducción a priori, como podría parecer, sino de *la exposición deductiva* de ideas sacadas de la experiencia. Estas ideas, espero, contribuirán a clarificar un dilema que ha causado y sigue causando errores y disensiones, no sólo en la psicología analítica, sino también en otros terrenos científicos y, en particular, en las relaciones de los hombres entre sí. Eso explica por qué la existencia de dos tipos diferentes se conoce desde hace tiempo; bajo una forma u otra, sorprendió al conocedor de hombres, estimuló la reflexión profunda del pensador; en la intuición de Goethe, por ejemplo, adoptó la forma del principio general de la *sístole* y de la *diástole*. Los nombres y los conceptos más diversos sirvieron para expresar los mecanismos de la introversión y de la extraversión: corresponden cada vez al punto de vista individual del observador. Pero a través de la diversidad de expresión reaparece siempre lo que hay de común en la concepción fundamental: El movimiento del interés hacia el objeto, en un caso, y el movimiento del interés que va del objeto hacia el sujeto y sus propios procesos psicológicos, en el otro. En el primero, el objeto actúa como un imán sobre las tendencias, las atrae y determina en gran medida el sujeto; más aún, lo desvía de sí mismo y transforma sus cualidades para asimilarlas al objeto, hasta tal punto que se podría creer que este último es de una importancia decisiva para él y que su destino absoluto y el sentido particular de su vida consisten en hundirse en él. En el caso contrario, el sujeto es y sigue siendo el centro de todos los intereses. Parece, podríamos decir, que en última instancia toda la energía vital busca al sujeto, continuamente impidiendo al objeto que adquiera una influencia poderosa.

No es fácil condensar en una fórmula clara y fácilmente comprensible estas actitudes opuestas con respecto al objeto; se corre un gran peligro de acabar en paradojas que crean más confusión que claridad. Se podría definir la actitud de introversión: es la que, en cualquier circunstancia, procura darle al yo y al proceso psicológico subjetivo el predominio sobre el objeto y el proceso objetivo o, por lo menos, afirmarlos frente al objeto. Pero esta actitud concede más importancia al sujeto que al objeto. El valor de este último está, pues, en un nivel inferior; él mismo tiene una importancia secundaria y a menudo es sólo el signo exterior y objetivo de un contenido subjetivo, una forma sensible de una idea que sigue siendo lo esencial; o bien provoca un sentimiento y este sentimiento vivido es el principal, de ninguna manera el objeto en su individualidad efectiva. La actitud de extraversión, por el contrario, subordina el sujeto al objeto, que adquiere entonces el valor más elevado. A su vez, el sujeto tiene sólo una importancia secundaria; el proceso subjetivo parece ser a veces sólo el accesorio molesto o superfluo de acontecimientos objetivos. Está claro que las psicologías nacidas de estos puntos de vista opuestos deben presentar orientaciones completamente diferentes. Uno ve todo bajo el ángulo de su concepción, el otro, bajo el del acontecimiento objetivo.

En un principio, estas actitudes contrarias son sólo mecanismos opuestos: salida diastólica hacia el objeto que se acapara, concentración sistólica donde la energía se desprende de los objetos retenidos. Todo hombre posee ambos mecanismos como expresión de su ritmo vital natural y no fue por casualidad si Goethe los designó con los términos fisiológicos de la actividad del corazón. La alternancia rítmica de ambas formas de actividad psíquica debe corresponder al curso normal de la vida. La extrema complejidad de las condiciones exteriores en las que vivi-

mos, tanto como la complejidad, todavía más grande, de nuestras disposiciones psíquicas individuales, raramente permiten que nuestra actividad psíquica se desarrolle sin problemas. Muy a menudo acontecimientos exteriores y disposición interior favorecen un mecanismo, mientras que limitan o traban el otro. De ahí el predominio de uno. ¿Qué pasa cuando se vuelve crónico este estado? Entonces, aparece un *tipo*, es decir, una actitud habitual en la que domina continuamente uno de los mecanismos, aunque sin asfixiar por completo al otro, que también pertenece a la actividad psíquica. No existe nunca un tipo puro, que posea sólo uno de los mecanismos y el otro esté totalmente atrofiado. Una actitud típica indica, pues, sólo el predominio relativo de uno de ellos.

[...] La experiencia me ha enseñado que, en general, se puede clasificar a los individuos no sólo según la distinción universal entre extravertidos e introvertidos, sino también según cada una de las funciones psicológicas fundamentales. Porque si los acontecimientos exteriores provocan el predominio de la extraversión o de la introversión, también favorecen el predominio, en el individuo, de una cierta función fundamental. Estas funciones fundamentales, que se distinguen de otras tanto por su género como por su esencia, son, según yo, el *pensamiento*, el *sentimiento*, la *sensación* y la *intuición*. El predominio habitual de una de ellas provoca la aparición del tipo correspondiente. Distingo, pues, los tipos lógicos, sentimentales, sensibles e intuitivos. *Cada uno de ellos puede, además, ser introvertido o extravertido*, según su actitud frente al objeto, como he indicado más arriba. No mencioné esta distinción en mis comunicaciones preparatorias sobre los tipos psicológicos, donde había confundido en uno solo al reflexivo y al introvertido, al sentimental y al extravertido. Un examen más profundo me mostró que dicha concepción era insostenible.

«Descripción general de los tipos», *Types psychologiques*, Ginebra, © Librairie de l'Université, Georg & Cie, 1977. Traducido al francés por Yves Le Lay.

He aquí cómo llego a este pensamiento de otro tipo: cuando mi actividad de pensamiento se fija en un objeto concreto o en una idea general, de tal modo que la orientación de mi pensamiento me devuelve por fin tales objetos, este proceso intelectual no es el único proceso psíquico que se produce en mí en este momento. Dejo a un lado todas las sensaciones y todos los sentimientos que pueden turbar más o menos el curso de mi pensamiento para insistir sobre el hecho de que este proceder de pensamiento, que parte del dato objetivo y tiende a volver a él, se encuentra en relación constante con el sujeto. Esta relación es una *conditio sine qua non*; sin ella, no habría continuación en las ideas. Incluso si el curso de mi pensamiento se orienta lo más posible según el dato objetivo, no por ello representa menos la continuación de mis ideas subjetivas; no puede evitar la intrusión del elemento subjetivo, lo necesita. Mientras me esfuerzo por dar, de todas maneras, una orientación objetiva a mi pensamiento, no puedo impedir que se produzca el proceso subjetivo paralelo y participe de principio a fin, a menos que suprima mi propio pensamiento. Este proceso paralelo posee una tendencia natural, más o menos fácil de desechar, a subjetivar el dato objetivo, es decir, a asimilarlo al sujeto. Supongamos que se ponga el acento principal sobre el proceso subjetivo: entonces aparece la otra forma de pensamiento opuesto del tipo extravertido, orientada según el sujeto y el dato subjetivo y que yo designo con el nombre de introvertido. De esta orientación nace un pensamiento no determinado por hechos objetivos, ni dirigido según datos objetivos, es decir, un pensamiento que parte del dato subjetivo y se vuelve hacia ideas o realidades de naturaleza subjetiva.

«El método sintético o constructivo», *Psychologie de l'inconscient*, Ginebra, © Georg & Cie, 1952.

Tal como vimos, las teorías estudiadas al principio de esta pequeña obra se basan en un procedimiento exclusivo de reducción causal, que descompone el sueño (o los fantasmas) en sus constituyentes, reminiscencias y motivaciones instintivas e impulsivas. He indicado lo que justifica este modo de proceder y también sus limitaciones: se agota en el momento en el que los símbolos oníricos ya no se dejan reducir a reminiscencias o voliciones personales, es decir, tan pronto como surgen imágenes del inconsciente colectivo. Sería insensato querer reducir estos temas colectivos a acontecimientos personales, y no sólo sería insensato sino que, tal como por desgracia me ha mostrado la experiencia, sería además directamente perjudicial. No a la ligera ni sin largas vacilaciones, enriquecido por las enseñanzas que emanaban de los fracasos, me vi obligado a abandonar la orientación puramente personalista de la psicología médica para la vía indicada. Debí primero convencerme de que el «análisis», en la medida en que es sólo disección, se debe necesariamente seguir de una síntesis, y de que existen unos materiales psíquicos cuyo significado, en una perspectiva «estrictamente analítica», es prácticamente nulo, mientras que poseen una plenitud de sentido si, en lugar de procurar descomponerlos, se los confirma en sus particularidades y si se incrementan sus alusiones significativas gracias a todos los medios conscientes de que disponemos: se trata de la noción de «desarrollo». Porque las imágenes o los símbolos del inconsciente colectivo revelan su valor sólo si se los somete a un tratamiento sintético. Después de que el análisis haya dividido los materiales imaginativos simbólicos en sus componentes, el procedimiento sintético debe ayudar a integrar el conjunto en una expresión general y

comprensible. Pero el procedimiento sintético no es nada fácil; por eso voy a dar un ejemplo, que me permitirá describirlo.

Una enferma, que precisamente se encontraba en esa frontera crítica donde cesa el análisis del inconsciente individual y surgen los contenidos del inconsciente colectivo, tuvo el siguiente sueño: *está a punto de atravesar un ancho arroyo. No hay puente. Pero encuentra un lugar donde puede atravesar. En el momento en que está haciéndolo, un grueso cangrejo de río que estaba escondido en el agua le agarró al pie y ya no lo suelta. Se despierta angustiada.*

Las asociaciones son las siguientes:

1. ARROYO: un arroyo forma un límite difícil de atravesar —hay que salvar un obstáculo—, lo cual probablemente señala el hecho de que avanzo lentamente; sin embargo, debería llegar al otro lado.

2. VADO: es una ocasión de pasar seguramente al otro lado —un posible camino—; si no, el arroyo sería demasiado ancho. El tratamiento analítico aporta la posibilidad de salvar el obstáculo.

3. CANGREJO DE RÍO: el cangrejo estaba totalmente escondido en el agua, no lo había visto antes de que me mordiera; el cáncer es, sin embargo, una enfermedad horrible (me acuerdo de la Sra X., que murió de cáncer); tengo miedo de esa enfermedad; el cangrejo de río es un bicho que anda hacia atrás; y que quiere, seguro, llevarme al fondo del arroyo; me aprieta de una manera que no es natural y siento un miedo terrible; ¿qué es lo que me impide llegar al otro lado? ¡Oh! Es verdad, he vuelto a tener una escena con mi amiga.

Con respecto a esta amiga, hay algo muy particular que se debe señalar. Se trata de una antigua y exaltada amistad, que roza la homosexualidad. La amiga se parece a la

enferma en muchas cosas y también es muy nerviosa. Ambas comparten gustos artísticos muy pronunciados. Pero nuestra enferma tiene la personalidad más fuerte de las dos. Dado que tienen juntas relaciones demasiado íntimas, relaciones que excluyen demasiado otras posibilidades de la vida, ambas son excesivamente susceptibles y, a pesar de su amistad idealista, tienen trifulcas terribles que provienen de su recíproca irritabilidad. Mediante tales trifulcas sus inconscientes pretenden apartarlas a la una de la otra, pero no quieren apercibirse. Habitualmente, sus escenas tienen como punto de partida la siguiente situación: una de ellas juzga que todavía no se comprenden bastante, que es importante que se confiesen con mayor sinceridad lo que tengan recíprocamente en el corazón, tras lo cual ambas se lanzan con entusiasmo a nuevas explicaciones. Naturalmente, esto no tarda en provocar algún malentendido, que pone en marcha una nueva escena, peor que todas las precedentes. A falta de nada mejor, las disputas habían sido durante mucho tiempo, tanto para la una como para la otra, los sucedáneos del goce que deseaban. Durante mucho tiempo mi enferma no pudo renunciar a la deliciosa pena de sentirse incomprendida por su mejor amiga, aunque cada escena la agotaba y la dejaba jadeante, aunque había comprendido desde tiempo atrás que esta amistad se había vuelto caduca y que sólo un amor falso propio le hacía empeñarse en querer discernir en ella no se sabe bien qué ideal. En sus relaciones con su madre, mi paciente ya había dado prueba de sentimientos exaltados y novelescos; tras el fallecimiento de ésta, los había trasladado a su amiga.

La interpretación analítica (que tiende a restituir y a reducir los fenómenos a sus causas) sería la siguiente:

Puede resumirse en una frase: «Comprendo que debería atravesar el arroyo y llegar al otro lado (es decir, re-

nunciar a mis relaciones con mi amiga), pero me gustaría aún más que mi amiga no me dejara soltarme de sus garras (es decir, de sus abrazos); esto equivale a un deseo infantil: preferiría que mi madre me estuviera todavía abrazando, como en el momento de nuestros abrazos apasionados de otros tiempos.» Lo que hay de incompatible en este deseo es su fuerte tendencia homosexual y subyacente, bastante probada por la biografía de la paciente: el cangrejo de río se aferra a su pie porque la paciente tiene pies grandes y «masculinos»; por otra parte, frente a su amiga ella hace el papel masculino y la asaltan imaginaciones sexuales correspondientes. El pie, ya se sabe, tiene un significado fálico. Se puede, por lo tanto, condensar así el significado de conjunto del sueño: si la enferma no quiere separarse de su amiga, la única razón es que tiene deseos homosexuales inconscientes con respecto a ella. Dado que estos deseos, desde los puntos de vista moral y estético, son incompatibles con las tendencias de su personalidad consciente, los reprime y, por consiguiente, son más o menos inconscientes. La angustia es sólo un corolario de este deseo inhibido.

Esta interpretación es, naturalmente, la peor depreciación posible del muy elevado ideal que la paciente se hace de la amistad. Es verdad que, una vez llegado el análisis a este punto, mi paciente no habría tomado a mal mi interpretación. Hacía ya tiempo que algunos hechos la habían convencido de que en ella existía una tendencia homosexual, de modo que podía reconocerlo sin problemas, aunque no fuera precisamente agradable para ella. Por lo tanto, si en esta etapa del tratamiento le hubiera comunicado esta interpretación no me habría topado más con ninguna resistencia. Tras haber comprendido era consciente de lo penosa que era esta tendencia. Pero me habría dicho: «¿Por qué seguimos analizando este sueño? Nos dice lo que ya sé desde hace tiempo.» Toda esta interpre-

tación ya no representa novedad alguna para la enferma y, por eso, no es interesante ni eficaz. Sin embargo, al principio del tratamiento habría sido absolutamente imposible, porque la excesiva gazmoñería de la enferma no hubiese admitido a ningún precio una cosa parecida. *Fue necesario instilar el «veneno» del conocimiento con extrema prudencia y a las dosis más bajas, hasta que la paciente se volvió poco a poco más razonable.* Pero cuando la interpretación analítica, en su acepción de reducción causal, no aporta nada nuevo y repite la misma cosa en diversas variantes, ha llegado el momento en que hay que velar con una atención particular ante la posible aparición de motivos arquetípicos; y, si tal es el caso, no se debe vacilar en modificar el procedimiento de interpretación. Porque el procedimiento que pretende llegar a las causas presenta entonces algunas desventajas: 1) Ante todo, no tiene en cuenta lo suficiente las asociaciones que vienen espontáneamente a la mente del paciente. En nuestro caso, por ejemplo, la asociación de la enfermedad con el «cangrejo de río» no se utilizó; 2) la elección de este símbolo singular es oscura. ¿Por qué es necesario que la «amiga madre» aparezca justamente bajo forma de cangrejo de río? Podría haber estado representada de manera más agradable y artística, por ejemplo, bajo forma de ondina («La atraía a medias y a medias se dejaba deslizar», etc.); o bien un pólip, un dragón, una serpiente, un pez hubieran podido cumplir el mismo papel; 3) el procedimiento de reducción a las causas olvida que el sueño es un fenómeno subjetivo y que, por consiguiente, una interpretación exhaustiva nunca podrá considerar al cangrejo de río como único símbolo de la madre o de la amiga; deberá, además, establecer también las relaciones del símbolo con el sujeto, es decir, con la persona que tuvo el sueño. Es ella quien representa todo el sueño; ella es el arroyo, el vado, el cangrejo de río: en una palabra, las particularidades de un

sueño expresan condiciones y tendencias psicológicas que yacen en el inconsciente del soñador.

Por eso introduje la siguiente terminología: llamo interpretación *en el plano del objeto* a toda interpretación en la que las expresiones del sueño valoran como idénticos a objetos reales. En oposición a esta interpretación se sitúa la que pone en contacto con la psicología del propio soñador cada elemento del sueño, por ejemplo, cada una de las personas activas que figuran en él. Este último procedimiento se llamará interpretación *en el plano del sujeto*. La interpretación en el plano del objeto es analítica, porque descompone el contenido del sueño en su compleja trama de reminiscencias, de recuerdos que son el eco de condiciones exteriores. La interpretación en el plano del sujeto, por el contrario, es *sintética* porque separa de las causas contingentes los complejos de reminiscencias y los da a comprender como tendencias o componentes del sujeto, al cual, al hacerlo, los integra de nuevo (en efecto, al vivir un acontecimiento cualquiera, yo no sólo hago la experiencia del objeto, sino también, y en primer lugar, la de mí mismo, si es que tomo conciencia del papel que representa mi yo en el acontecimiento vivido).

El procedimiento de interpretación sintética o constructiva se basa, pues, en la interpretación en el plano del sujeto.

La interpretación sintética o constructiva es la siguiente: la enferma no es consciente de que es en ella misma donde residen el obstáculo que hay que vencer y la frontera difícil de atravesar, que se oponen al progreso ulterior. Sin embargo, es posible atravesar este límite. Pero es justamente en el momento en que este paso decisivo se va a cumplir cuando aparece la amenaza de un peligro particular e inesperado: algo de «animal» (es decir, algo no humano o que sobrepasa lo humano), algo que anda hacia atrás y se hunde en la profundidad procura arrastrar allí la personalidad global de la soñadora.

Este peligro es como una enfermedad mortal que se desarrolla secretamente en un punto cualquiera, que es incurable, totalmente poderosa en su malignidad. La enferma se figura que es su amiga quien la traba, quien la arrastra a las profundidades. Mientras que tenga dicha convicción será preciso que actúe sobre su amiga, que trate de instruirla, de mejorarla, de educarla, será preciso que, en aras de un ideal, haga esfuerzos inútiles e insensatos para impedir que su amiga la arrastre a las profundidades. La amiga, naturalmente, hace esfuerzos similares, ya que se encuentra en el mismo caso que la paciente. Así, ambas se lanzan una contra otra como gallos de pelea y cada una procura estar por encima de la otra. Cuanto más alto suba una, más tratará la otra de sobrepasarla. ¿Por qué? Porque cada una se imagina que es la otra, el objeto, quien tiene la culpa. La puesta a punto en el plano del sujeto terminará con estas extravagancias y permitirá la salvación. *Porque el sueño muestra a la enferma que es ella quien porta en sí misma algo que le impide atravesar la frontera, es decir, que le impide pasar de una posición o de una actitud a otra.* Interpretar el cambio de lugar como signifiante, desde el punto de vista psicológico, de un cambio de actitud se refiere a modalidades del lenguaje en ciertos idiomas primitivos, donde, por ejemplo, la frase «me preparo para ir» se expresa así: «estoy en el camino de ir». Para comprender el lenguaje de los sueños debemos tomar amplios préstamos a la psicología de los primitivos y a la simbología histórica y dejarnos guiar por los paralelismos que encontramos entre estos datos objetivos y los materiales de nuestros pacientes. En efecto, los sueños provienen, por lo esencial, del inconsciente, rico en todas las posibilidades funcionales que sobreviven de épocas anteriores del desarrollo humano. Un ejemplo clásico nos lo ofrece «la travesía del Gran Mar» en los oráculos del IGing.

CARL GUSTAV JUNG

Jung, un joven y brillante psiquiatra que ejerce en Burghölzli, prestigioso hospital psiquiátrico de Zúrich, promueve las primeras articulaciones psicoanalíticas con la psicosis. Entre 1906 y 1912 se convierte en el interlocutor privilegiado de Freud, que lo considera el «heredero de la causa». Sin embargo, su entusiasmo por los conceptos freudianos estuvo marcado por una enorme resistencia frente a la teoría de la libido y a todo lo que concierne a la sexualidad infantil. Esta divergencia de opiniones dio lugar a la ruptura radical con el maestro vienés en el momento de la publicación de *Metamorfosis del alma y sus símbolos*. Sus cuestionamientos lo hacen partícipe en la elaboración de nociones tales como el narcisismo y en la evolución de la teoría pulsional. Este libro se ocupa esencialmente de dicha influencia.

Convertido en adversario del psicoanálisis freudiano, prosigue la elaboración de la «Psicología analítica», en la que el inconsciente colectivo y la espiritualidad ocupan un lugar primordial.

DANIELLE KASWIN-BONNEFOND es psicoanalista y miembro de la *Société Psychanalytique de Paris* y de la *Asociación Psicoanalítica Internacional*.



ISBN 84 - 9742 - 438 - 7

